

Ignacio Salvador Ayestarán
Ignacio García García
(coords.)

Vidas que cuentan

Literatura en familia
para Educación Secundaria

**“El tiempo es la imagen móvil
de la eternidad inmóvil”**

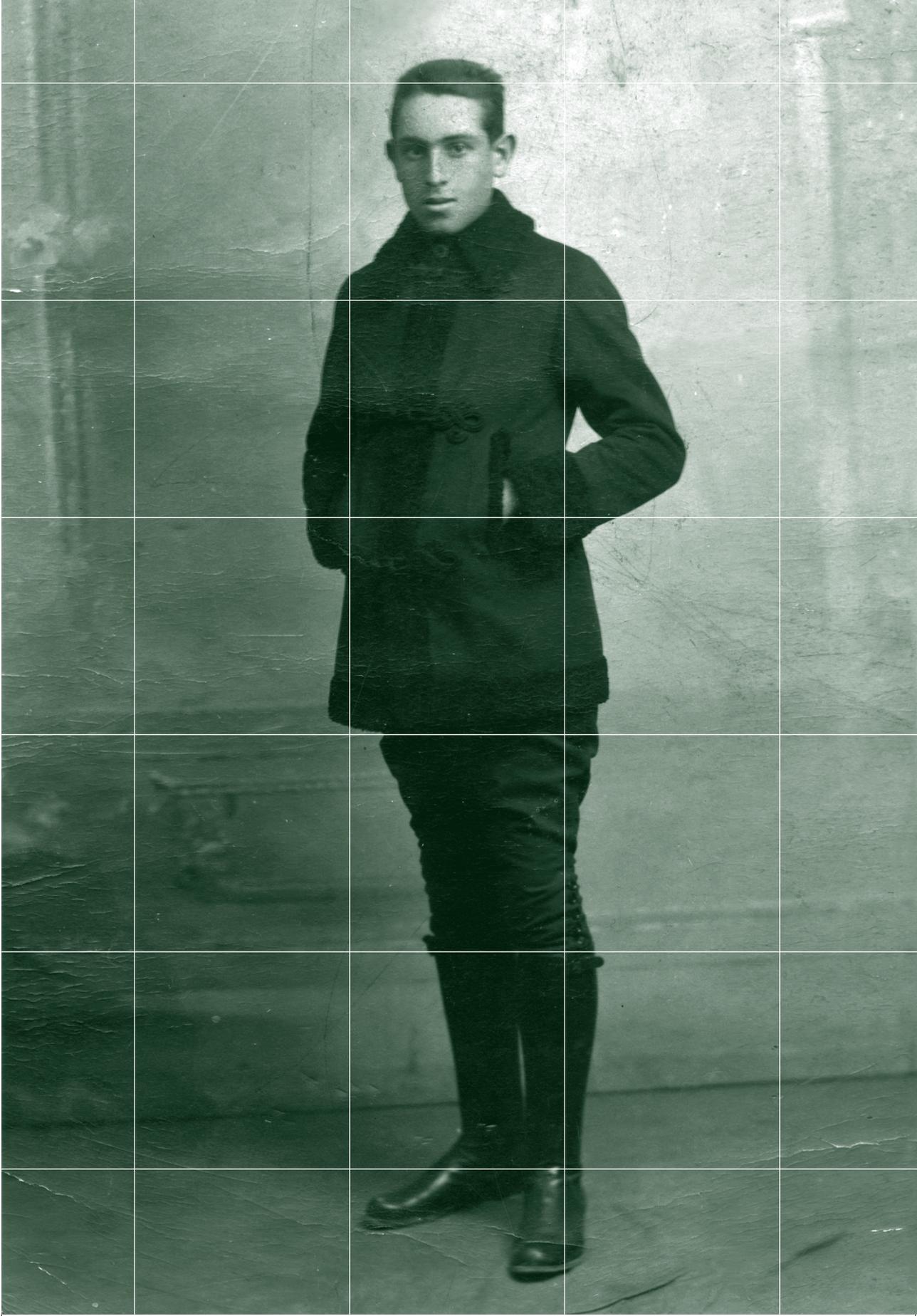
Platón

Vidas que cuentan

Literatura en familia
para Educación Secundaria

"...ese pasado no es intocable y se convierte de nuevo en presente cada vez que alguien coge en sus manos esa foto, posa su mirada sobre ella y rememora con afán el hecho o a las personas representadas..."

Ignacio García García



Ignacio Salvador Ayestarán
Ignacio García García
(coords.)

Vidas que cuentan

Literatura en familia
para Educación Secundaria

Julián Alarcón Moreno
Amparo Crespo Ortuño
J. Luis Gabaldón Nohales
Emilia Galera Navarro
Ana Isabel Jiménez Teruel
Joaquín López Ramón
Belén Martínez Cegarra
M^a Dolores Martínez Chumillas
Pedro Menchón Ortuño
Aurora Nicolás Murcia
Luisa Rosell Pérez
Teresa Sánchez Martínez
Ana Valera Guzmán



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo

Secretaría General

© Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística

www.educarm.es/publicaciones

© Ignacio Salvador Ayestarán / Ignacio García García
© *Fotografías*: Los propietarios

1ª Edición: Noviembre 2010
I.S.B.N.: 978-84-693-4954-0
Depósito Legal: MU-1.847-2010
Impreso en España - Printed in Spain

Diseño y maquetación: Pedro López Morales
Preimpresión: CompoRapid, S.L.
Retoque digital: José L. Buitrago Navarro
Impresión: Abonico Gráfico, S.L. / abonico@abonico.es

(...) Y los años no me han echado de las calles,
que siempre fueron mi pequeño reino, y la
escuela donde descubría poco a poco las
verdades de la vida.

González Ledesma, F., *Historia de mis calles*



"Vidas que cuentan."

Literatura en familia"

es un extraordinario proyecto que convierte a la Lengua y la Literatura en un puente que une la investigación y el conocimiento.

Estamos ante el fruto de un trabajo desarrollado a lo largo de cinco años y en el que se han involucrado plenamente los departamentos de **Lengua y Literatura y Dibujo del IES Francisco Salzillo, de Alcantari-Illa**, antiguos profesores y más de 700 escolares de enseñanza Secundaria y Bachillerato, con la ilusión de hacer del conocimiento y la investigación aplicados a la Lengua y a la Literatura una apasionante aventura.

A través de las historias que cuentan los alumnos nos acercamos a las experiencias vitales de sus abuelos y a un auténtico trabajo investigador que les han permitido reforzar sus conocimientos históricos, sociales y lingüísticos; mejorar su relación con las nuevas tecnologías como herramienta de trabajo y fuente de conocimiento, y fortalecer su formación en valores, aprendiendo a respetar y reconocer la experiencia vital y el sacrificio de sus mayores.

Creo sinceramente que esta obra es el resultado de un gran trabajo educativo que demuestra el valor de la vocación docente y la importancia de las nuevas ideas en el éxito escolar. Un trabajo que ha cosechado, entre otros, el reconocimiento de la Consejería de Educación, Formación y Empleo como **proyecto de Innovación Educativa** y que cuenta con todo nuestro respaldo.

Quiero felicitar a los alumnos por su gran trabajo y a todas las personas que lo han hecho posible, animarles a que sigan poniendo su conocimiento y su ilusión al servicio de la enseñanza porque con ello estarán ayudando a construir un futuro mejor para todos.

Constantino Sotoca Carrascosa

Consejero de Educación, Formación y Empleo

Aquella tarde

Fue un acto sencillo, a primera vista sin importancia, pero para un niño de 4 años era resolver un difícil problema: aprender a atarme las cordonerías de los zapatos. Sí, así era en aquellos años sesenta del pasado siglo. Y mi abuela Teresa, con mucha paciencia, me enseñó.

Interno en un colegio de Ávila, con unas monjas severas en la educación –quizás habría que decir, con el paso del tiempo, disciplinadas, que con lo que corre hoy en día es una virtud–, mi abuela me regaló una enciclopedia, en las vacaciones de Navidad de 1968, que me resolvió otro problema de aprendizaje. Un libro antiguo, con las ideas claras en gramática y matemáticas, me sirvió para superarme y adelantar puestos dentro de la clase. Porque en esos años sesenta, según las notas, te iban clasificando todos los meses en el aula, de adelante hacia atrás, como si del Tour de Francia se tratase.

Y es que mi abuela Teresa ha sido como otras tantas abuelas y abuelos que aparecen en este magnífico recopilatorio de historias verídicas de la vida misma, de emocionantes vidas que por derecho propio han pasado a merecer el honor de ser contadas. Ha sido una generación en que la privación material no fue obstáculo para inculcar unos valores humanos y morales que deberían ser el *leit motiv* de las familias del siglo XXI.

Aquella tarde que mi abuela, en su casa de la calle María Guerrero, en Murcia, me dijo que ella era "roja," me negué a reconocer una evidencia de la vida que a un niño de 7 años se le había usurpado. Pero no tenía rabo ni era una mujer intransigente. Eso sí, firme con sus ideas y respetuosa con las del vecino. Esa tolerancia que nos falta hoy en día. Ese crecer en lo personal y social porque ella me decía: "Hijo, tú, de mayor, has de ser Ministro o Ingeniero de Caminos Canales y Puertos". Esta sana ambición de superación en la vida movió a tantos de nuestros abuelos, porque supieron que el avanzar

en la vida personal y profesional no es incompatible con el hecho de ser persona de principios.

"Vidas que cuentan. Literatura en familia para Secundaria" refleja las historias de una generación, de unos abuelos que fueron jóvenes, que sufrieron y sintieron la vida, la familia y que por fin, con los años, disfrutaron de los nietos. Este recopilatorio de historias se completa con una colección de fotos antiguas, viradas en bitonos, donde la vida pasa en retazos y momentos que había que vivir, que los abuelos supieron exprimir a pesar de los tiempos.

Te pido a ti, lector, que antes de iniciar la lectura, ahora que nos encontramos en la era de la imagen, agarres el libro, cojas las hojas con el pulgar y las dejes pasar con cierta velocidad. Fijate en las fotos: es la vida, es el paraíso, es la felicidad, es el sufrimiento de una generación. Son momentos



sencillos pero de incalculable valor. Y repite la acción: párate en algunas instantáneas y al final comprenderás que es una vida plena. Eso no lo enseñan esas fotos de nuestros abuelos.

Vidas que cuentan es periodismo, literatura, historia, filosofía. Es humanidad. Es esa enciclopedia que mi abuela Teresa me regaló para salvarme los estudios y la vida. Un conjunto de alumnos de tercero y cuarto de E.S.O han sabido contar con maestría, con frescura –no me duelen los adjetivos– esas vidas ejemplares. Todo ello, bajo la batuta de los coordinadores Ignacio Salvador Ayestarán e Ignacio García García.

No quiero dejar pasar la ocasión de agradecer al maestro Ignacio Salvador Ayestarán, el honor de ofrecerme un hueco en este libro de periodismo vivo. Ahora que, maestro y amigo, Ignacio ha pasado a la jubilación –no creo que un Catedrático de Lengua y Literatura Española pierda el nombre de maestro, aunque no ejerza– sugiero a la Consejería de Educación, Formación y Empleo que aproveche a estos hombres y mujeres que se han dejado la piel durante muchos años en la enseñanza. Son ejemplo también de una vida y de un pasado. Son vidas que pueden seguir contando y mostrando unos valores tan necesarios para esta juventud del siglo XXI.

Conocí a Ignacio una tarde de otoño en un aula de la Facultad de Periodismo. Sentado en la esquina del segundo banco, con unos libros y su bandolera encima del pupitre... Esta es otra historia que también debería ser contada, como ejemplo de tantos profesores que han sabido ganarse el respeto gracias a sus firmes convicciones y a una labor impagable en la enseñanza. Salud y días, maestros ■

José López de Ochoa

Periodista



Vidas que cuentan

I. Las huellas del tiempo

¿Qué sabemos del pasado? ¿Y de nuestra familia? ¿Qué sabemos de los tiempos en que vivieron, de cómo vivían y de qué vida llevaban? ¿Cuáles eran sus pesares y cuáles sus ilusiones? Conocer nuestra historia personal es conocernos mejor a nosotros mismos.

Conocer nuestro pasado nos permite comprender y mejorar nuestro presente. Y si es nuestro pasado familiar, posiblemente podamos comprender mejor los aciertos y errores de aquellos padres, o de los padres de aquellos padres, y las alegrías y tristezas de estos hijos, o de los hijos de estos hijos.

Conocer historias. Y mejor, mucho mejor, conocerlas hablando, transmitiendo la memoria de lo que fue, de aquello que no está recogido en los libros, que casi siempre se ocupan de la historia con mayúsculas.

Conocer historias de vida, investigar todo y a todos los que tuvieron que ver con cada historia, contar esas vidas para hacer vivir de nuevo un pasado oscuro y doloroso, alegre y confiado, pero siempre esforzado y esperanzado en un mañana mejor, ha sido nuestro propósito. A ello se dedicaron varias generaciones de alumnos y, con ellos, sus familias, compartiendo esfuerzos y recuerdos conjuntamente durante varios años. Investigaron, hablaron y luego nos lo han contado.

Conocer la historia de una familia es conocer historias de vida, experiencias de esfuerzo, de lucha, de sufrimiento, de superación y de ambición por mejorar aquello que parece que el destino nos tiene reservado, como si ante ello los hombres y mujeres que continúan una saga familiar no debieran sino conformarse con volver a vivir lo que sus antepasados vivieron.

Es muy cierto que los factores de clase social, de poder económico, determinan de forma muy directa las posibilidades de vivir, obligando en

ocasiones a repetir experiencias vitales, tradiciones familiares, laborales, profesionales o simplemente existenciales. Pero los seres humanos no son por esencia conformistas y luchan, se esfuerzan, sufren y superan sus limitaciones históricas y familiares, intentando siempre alcanzar un futuro mejor para sí y para los suyos.

La experiencia vital, familiar, se condensa y se resume siempre en los mayores, en la generación o generaciones que anteceden a la de nuestros padres. Y es en ellos, en los abuelos y bisabuelos, en los hombres y mujeres que con sus vidas fueron escribiendo, día a día, año a año, la historia del progreso familiar, de la superación del destino de sus antepasados, en los que las generaciones más jóvenes deben mirarse. Y conociendo esas vidas que, sumadas una a una, conforman un barrio, un pueblo, una ciudad, un territorio, una nación, aprenderán, mejor que en cualquier clase, que en cualquier libro, todo aquello que no se puede enseñar; aprenderán a vivir y encontrarán en las vidas de sus antepasados ejemplos que ni la mejor pedagogía sería capaz de encontrar para enseñar los valores humanos que mueven el mundo y explican el progreso del hombre.

II. El tiempo en tus manos

Estas historias de vida que ahora tienes en tus manos, lector o lectora, son historias de hombres y mujeres muy próximos a ti, a tus vecinos, a tus padres, a tus abuelos. Conociéndolas sabrás del amor y del odio, del dolor y la alegría, de la lucha y la recompensa, del trabajo y el descanso, de profesiones y aficiones, de las costumbres y los ritos, de los cambios culturales y el progreso social, de la guerra, de la vida y de la muerte. Mejor que cualquier explicación científica de un manual de Historia, te harán entender por qué tu vida es cómo es o, mejor todavía, cómo y por qué ha llegado a ser tal como es.

Tienes en tus manos la historia de tus calles, de lugares, de otros tiempos, de costumbres que hoy se repiten y no sabemos por qué, de tus barrios,



de trabajos y profesiones, de hechos y sucesos que influyeron, marcaron o determinaron las vidas de los tuyos, que fueron poco a poco, con sus cambios y transformaciones, conformando una cultura social, un desarrollo económico, una colectividad, un pueblo, un territorio, una ciudad como ésta en la que hoy vives.

Estas historias que vas a leer han sido escritas por chicos y chicas adolescentes, nuestros alumnos, que han puesto lo mejor de ellos mismos para llevar a sus páginas los testimonios, emocionados y emocionantes, de sus abuelos y abuelas. Nacen, por tanto, de las historias orales de sus protagonistas, a las que ellos, con conocimientos técnicos y con elaborado estilo literario, han dado forma escrita, a partir de la transcripción de diversas entrevistas y de la investigación y documentación histórica de todo aquello que más les interesó de cuanto, de su pasado, sus abuelos les contaron.

Los resultados del proyecto educativo "Los abuelos también cuentan. Literatura en familia" que hoy salen a la luz pública transformados en libro, son sólo un puñado, una muestra –sobresaliente y admirable, sin duda alguna– de los cientos de historias que nuestros alumnos, chicos y chicas de Alcantarilla y su área metropolitana limítrofe –Javalí, La Ñora, La Puebla de Soto...– han sabido investigar, documentar, escribir y contar a lo largo de los cinco años en que el mismo ha ido creciendo, desarrollándose, perfeccionándose con el trabajo y el esfuerzo de muchas promociones de nuestros alumnos.

Debo mencionar ahora también, y lo hago con gran placer y enorme satisfacción personal, la dedicación, la ilusión y el importante trabajo didáctico y de investigación que un equipo –y esta palabra puede reflejar perfectamente el orgullo de todos nosotros, que lo hemos formado– de profesores ilusionados y dedicados de forma completa al desarrollo de este proyecto, en diversos grados y tiempos, durante todos estos años; unos en activo actualmente en nuestro centro, otros alejados ya de las obligaciones y devociones profesionales y disfrutando del descanso de una jubilación merecida, o bien ejerciendo profesionalmente en otros centros educativos.



La emocionante intensidad de lo que en estas historias se cuenta no es más que el relato real y vivido de un tiempo y una época en que nada era como hoy. La escasez y la uniformidad frente a la abundancia y la variedad; las enormes diferencias sociales y económicas –ricos frente a pobres, patrones frente a obreros, propietarios frente a asalariados– frente a una mayor justicia social y económica para el desarrollo y el progreso de la sociedad en que vivimos; el uso frente al consumo; la intransigencia, los principios absolutos frente a la flexibilidad y el acuerdo.

Y, sin embargo, a pesar de todo, a pesar de la injusticia histórica del tiempo que les tocó vivir, aquellos hombres y mujeres supieron hacer frente a la historia, con decisión personal inquebrantable, con dignidad inalterable, invencible, forjando para los suyos, para todos nosotros, un futuro mejor, más humano y justo.

Sigamos sus historias con atención expectante, dejemos que nuestras emociones y sentimientos afloren libremente. No pongamos límites a la alegría, a la pena, al dolor, al asombro, a la envidia, a la admiración.

No valoremos el pasado frente al presente. Aprovechemos aquello, la experiencia de otros –los nuestros, nuestra familia– para mejorar y comprender los errores que ellos pudieron cometer. Pero sobre todo, valoremos sus aciertos, sus testimonios de superación personal, de ambición y progreso individual, pues ellos son, indudablemente, la causa de que nuestras vidas, nuestro presente, sean hoy mejores que las suyas.

Y, lo que es más importante, luchemos y esforcémonos, como ellos lo hicieron, para que lo sean también las de aquéllos de los nuestros que seguirán mañana nuestros pasos ■

Ignacio Salvador Ayestarán

Murcia, 2010





Los abuelos también cuentan. Literatura en familia

**Una experiencia educativa integral de investigación histórica,
documentación informativa y creación literaria**

(...) Y piensas que todos los días mueren testigos del mundo que tú has visto, y que ese mundo que tú has visto desaparecerá para siempre con ellos. Nadie lo va a recuperar. La gente que tú amaste o en la cual creíste, las mujeres a las que has visto sufrir, los héroes de los que ya nadie habla, los fantasmas que han dado sentido a tu ciudad y los amigos inocentes de las calles (incluidos los pájaros y los perros), será como si no hubiesen existido nunca.

González Ledesma, F., *Historia de mis calles*



Proyecto "Los abuelos también cuentan. Literatura en familia" Equipo didáctico

Profesores	Situación profesional
Alarcón Moreno, Julián	Profesor jubilado
Crespo Ortuño, Amparo	En activo (Departamento de Lengua y Literatura. I.E.S. Francisco Salzillo. Alcantarilla)
Gabaldón Nohales, J. Luis	Profesor jubilado
Galera Navarro, Emilia	Profesora jubilada
García García, Ignacio	En activo (Departamento de Dibujo. I.E.S. Francisco Salzillo. Alcantarilla)
Jiménez Teruel, Ana Isabel	En activo (Departamento de Lengua y Literatura. I.E.S. Felipe de Borbón. Ceuti)
López Ramón, Joaquín	En activo (Departamento de Dibujo. I.E.S. Francisco Salzillo. Alcantarilla)
Martínez Cegarra, Belén	En activo (Departamento de Lengua y Literatura. I.E.S. Sabina Mora. Roldán)
Martínez Chumillas, M ^a Dolores	En activo (Departamento de Lengua. I.E.S. Francisco Salzillo. Alcantarilla)
Menchón Ortuño, Pedro	Fallecido (Departamento de Lengua y Literatura. I.E.S. Francisco Salzillo. Alcantarilla)
Nicolás Murcia, Aurora	En activo (Departamento de Lengua y Literatura. I.E.S. Ribera de los Molinos. Mula)
Rosell Pérez, Luisa	En activo (Departamento de Lengua y Literatura. I.E.S. Francisco Salzillo. Alcantarilla)
Salvador Ayestarán, Ignacio	Director y Coordinador del Proyecto. Profesor jubilado
Sánchez Martínez, Teresa	En activo (Departamento de Lengua y Literatura. I.E.S. Alcántara. Alcantarilla)
Valera Guzmán, Ana	En activo (Departamento de Lengua y Literatura. I.E.S. Francisco Salzillo. Alcantarilla)

1 ¿En qué consiste el proyecto?

El proyecto "Los abuelos también cuentan. Literatura en familia", de forma resumida consiste en:

1. Recoger técnicamente la información oral proporcionada por los abuelos de los alumnos sobre la historia de su vida.
2. Documentar los temas necesarios para obtener información sobre aquellos aspectos de interés relacionados con la vida y experiencias del abuelo.
3. Reunir y clasificar los testimonios documentales obtenidos, fuentes orales complementarias, documentos escritos, fotografías, cartas, objetos, etc.
4. Con todos los materiales obtenidos, realizar una narración biográfica de la historia de vida del abuelo protagonista. Se contará una historia que será una especie de "memorias" del anciano.

2 Nuestra Historia

"Los abuelos también cuentan. Literatura en familia" es el resultado de una experiencia histórica de cuatro años de trabajo docente, en los que el proyecto ha ido creciendo, desarrollándose y configurándose hasta alcanzar su forma definitiva en la edición del pasado curso, 2007-08.

Este proyecto tiene una génesis evolutiva que puede resumirse en cuatro momentos sucesivos:

- 1) Génesis (Curso 2004/05).
- 2) Evolución y desarrollo experimental: Proyecto Piloto (Curso 2005/06).

- 3) Evolución y desarrollo experimental: Proyecto de Innovación Educativa (Curso 2006/07).
- 4) Evolución y desarrollo experimental: Proyecto didáctico de Acción Social y Cultural, amparado por la Fundación "Viure i conviure" de Caixa Catalunya (Curso 2007/08).

1) Génesis (Curso 2004/05)

Un buen día del curso 2004/05 en que estábamos practicando en clase de Lengua la creación de textos narrativos, surgió una idea feliz: enlazar la práctica de la escritura con el fomento de las relaciones familiares. En un instante estuvimos hablando de lo poco que conocemos la historia pasada de nuestra familia y de cómo el rastro más antiguo se pierde dos o tres generaciones hacia atrás. Más allá de los bisabuelos, poco sabemos de nuestros antepasados familiares.

Con un poco de habilidad técnica y un puñado de recursos lingüísticos sencillos, con unas cuantas ideas sobre la investigación documental y el uso de fuentes personales para reconstruir hechos del pasado familiar, prendió enseguida el gusanillo de buscar y encontrar historias que contar, de convertir personas –familiares– en personajes literarios de acontecimientos ignorados, pero fuertemente humanos y vivenciados en la familia.

De este pasado próximo, de esta sencilla experiencia literaria de creación de textos narrativos surgió una actividad práctica de aula –Mis "animales familiares" favoritos, la llamamos– que pretendía practicar la escritura, con el uso de tipologías textuales literarias (narración y descripción) y que se desarrolló durante una semana, con resultados magníficos.

2) Evolución y desarrollo experimental: Proyecto Piloto (curso 2005/06)

En el curso 2005/06, con un enfoque de mayor ambición y con un diseño metodológico más detallado y completo, se desarrolló la segunda fase de este proyecto didáctico.

Con el título "Cuento lo que sé. Literatura en familia", diseñado como proyecto experimental de curso e integrado en la programación didáctica del Departamento de Lengua y Literatura de nuestro centro, el I.E.S. "Francisco Salzillo" de Alcantarilla, se llevó a cabo durante dicho curso académico, como Proyecto Piloto, con dos grupos de alumnos de E.S.O., uno de 3º y otro de 4º, por dos profesores del Departamento. Los resultados fueron francamente positivos y valiosos, por lo que el proyecto siguió creciendo.

3) Evolución y desarrollo experimental: Proyecto de Innovación e Investigación Educativa (Curso 2006/07)

El proyecto "Cuento lo que sé. Literatura en familia", reformado con la retroalimentación obtenida del Piloto del Curso 2005/06, es seleccionado, en convocatoria pública, por la Consejería de Educación de la Comunidad Autónoma y se convierte en Proyecto de Innovación Educativa desarrollado por un equipo de 11 profesores de los Departamentos de Lengua y Literatura y Dibujo del centro.

Se diseñaron y elaboraron todos los materiales didácticos necesarios para soporte y guía del proyecto en su implantación en el aula y el proyecto se desarrolló con la totalidad de los grupos de 3º y 4º cursos de Secundaria y con un grupo de 1º de Bachillerato.

4) Evolución y desarrollo experimental: Proyecto didáctico de Acción Social y Cultural, Fundació VIURE I CONVIURE de Caixa Catalunya (Curso 2007/08).

Nuevamente reformado, con el título Los abuelos también cuentan. Literatura en familia y readaptado hacia objetivos de acción social y cultural, es seleccionado en convocatoria nacional y financiado por la Fundació Viure i Conviure de Caixa Catalunya.

Se desarrolló durante dicho curso académico, con participación de 15 profesores: la totalidad del Departamento de Lengua y Literatura (12 profesores), un profesor del Departamento de Dibujo y la colaboración externa de dos antiguos profesores del centro.

Se realizó con todos los cursos de Enseñanza Secundaria del centro (1º/2º/3º y 4º), y con 1º de Bachillerato: un total de 29 grupos y más de 650 alumnos. Los cursos primero y segundo de Secundaria realizaron una iniciación a la metodología básica del proyecto. El resto de cursos desarrolló el proyecto con su diseño metodológico completo. El nivel de desarrollo metodológico se readaptó en sus exigencias a las aptitudes del alumnado de los primeros cursos de Secundaria, puesto que el proyecto se diseñó para los cursos 3º y 4º de dicho nivel educativo.

3 Qué hacemos, qué enseñamos

Nuestro proyecto se plantea como una herramienta didáctica para el aprendizaje de contenidos curriculares del Área de Lengua y Literatura, basado en un enfoque metodológico de trabajo por proyectos y con una didáctica orientada a competencias-clave. Y se justifica porque:

Fomenta el uso de contenidos multimedia –lenguaje, imagen simbólica y texto– y el aprendizaje interactivo.

Instruye y potencia el uso de herramientas tecnológicas-TIC: aplicaciones informáticas, Internet (búsquedas Web, soporte de correo electrónico, documentación electrónica, etc.

Usa técnicas didácticas actualizadas –aprendizaje colaborativo, auto-evaluación, etc.–, que potencian en los alumnos las capacidades de desarrollo personal –planificación y autogestión de proyectos personales, resolución de conflictos, interrelación con otros, cooperación y trabajo en equipo en grupos heterogéneos, etc.

Potencia el desarrollo de la socialización familiar mediante el conocimiento del pasado histórico de la genealogía familiar del alumno, incorporando educación en valores al currículo de la etapa.

Fomenta el valor de la familia como elemento de primerísima importancia en el desarrollo psicológico y evolutivo del alumno.

Desarrolla competencias técnicas y contenidos conceptuales que integran el conocimiento del pasado histórico (geográfico, económico, social, etc.) de dos configuraciones histórico-políticas integradas: 1) el pasado histórico de España; 2) el pasado histórico de la Comunidad Autónoma de Murcia –en la que el alumno está integrado como ciudadano– y sus contextos micro-históricos (historia regional o local) e intrahistórico (historia familiar y personal). En este sentido, adapta algunos contenidos del currículo a la Región de Murcia.

Contempla un diseño curricular interdisciplinario en un único proyecto integrador: el proyecto combina tres dominios temáticos de conocimientos: a) Historia (investigación histórica); b) Documentación (documentación informativa preliteraria); c) Lengua y Literatura (técnicas de creación literaria, manejo de tipologías textuales, y expresión/compreensión oral/escrita).

La oportunidad del proyecto se fundamenta en el fomento y desarrollo, en el momento actual, de enfoques didácticos que potencien el conocimiento del medio entorno –físico, político, etc.– en el que se produce el desarrollo psicológico-evolutivo y la socialización del alumno. Además, por sus contenidos investigativos, proporciona un constructo de conocimientos que tienen como núcleo fundamental la adaptación del currículo a la Región de Murcia, que potencia y desarrolla valores para la socialización familiar. Asimismo, esa adaptación se persigue con el propósito de integrar ese conocimiento en las actividades didácticas de E-A en el aula, en el currículo de la etapa.

Y por último, el proyecto proporciona una educación en valores que fomenta y potencia las relaciones intergeneracionales de los jóvenes con sus mayores y de la familia como actor sociocultural de principal importancia para la socialización cultural de los mayores, abuelos y bisabuelos.

De este modo se fortalecen paralelamente las relaciones sociales interpersonales de las familias con los agentes educativos –padres, profesores y alumnos– cerrándose así un proceso educativo de ida y vuelta: se sale del centro hacia las familias a través del aprendizaje de los alumnos, y se vuelve de las familias al centro, al integrar a éstas en el centro con su participación en el proceso de aprendizaje de sus hijos.

4 Qué queremos conseguir, en general

Pretendemos conseguir objetivos didácticos en dos ámbitos de contenido:

- Área científica de Lengua y Literatura.
- Educación en valores humanos, sociales y culturales.

1. Área científica de Lengua y Literatura:

> *Principalmente:*

El ejercicio de la práctica de la escritura literaria y de la lectura para crear una historia narrativa (biográfica o autobiográfica) que cuente la historia de vida del antepasado (abuelo o abuela) o, caso de no ser posible, de un familiar sénior o persona que se encuentre dentro del rango cronológico denominado "tercera edad" (más de 60 años).

> *Secundariamente:*

El conocimiento de sencillas técnicas de investigación con fuentes de historia oral y documentación informativa para realizar finalmente un Informe del proceso de investigación y documentación que hayan desarrollado.

> *Complementariamente:*

De modo paralelo, los alumnos deberán también conseguir el aprendizaje o mejora del manejo de programas informáticos: aplicaciones de procesamiento de textos, diseño gráfico, retoque fotográfico, digitalización de contenidos y herramientas de búsqueda en Internet.

2. Educación en valores sociales y culturales:

> *Principalmente:*

Fomentar el conocimiento histórico del pasado familiar y fortalecer las relaciones intergeneracionales de los jóvenes con sus mayores y de la familia como actor sociocultural de principal importancia para la socialización cultural de la tercera generación –abuelos y bisabuelos– y de sus descendientes.

Potenciar el desarrollo y el mantenimiento de actividades culturales en los mayores, para lograr una buena calidad de vida intelectual que influya en su bienestar personal y, secundariamente, en el de sus familiares.

> *Secundariamente:*

Fomentar y desarrollar la integración sociocultural de los mayores en el contexto educativo y en el medio social en el que viven, fortaleciendo de ese modo las relaciones sociales interpersonales de las familias con los agentes educativos, padres, profesores y alumnos, y potenciando la importancia de las formas de cultura popular en la educación de los jóvenes.

5 Qué queremos conseguir, específicamente

Los objetivos didácticos específicos los planteamos en los tres dominios temáticos fundamentales de la experiencia:

- A) Lengua y Literatura.
- B) Documentación informativa.
- C) Investigación histórica.

A) Lengua y Literatura:

- Ejercitar la creación literaria mediante la práctica de la escritura narrativa biográfica.
- Integrar realidad histórica y estilo narrativo literario mediante estrategias sencillas en las que se combinen hechos, espacios y tiempos alrededor de un protagonista real: el abuelo o abuela que contará las memorias de su vida.
- Elaborar historias biográficas con estilo literario narrativo, procurando conseguir y desarrollar una estructura temporal sencilla, inicio,

desarrollo y final, en la que se integrarán a voluntad los diferentes elementos narrativos (paisajes, ambientes, objetos, personas, ideas, etc.) que formen parte de la historia de vida del abuelo protagonista.

B) Documentación informativa:

- Conocer las fuentes documentales y su valor histórico y/o literario.
- Conocer los diferentes tipos de documentos que atestiguan o prueban hechos del pasado histórico.
- Obtener fuentes documentales para fundamentar las necesidades narrativas de las historias biográficas que van a ser contadas.
- Diferenciar entre documentos o fuentes primarias y secundarias y usar racionalmente ambos, según las necesidades planteadas.
- Aprender a valorar las fuentes documentales según criterios de importancia.
- Aprender a buscar fuentes documentales electrónicas en Internet y valorarlas con diversos criterios (contenido, tipo documental, actualidad, responsabilidad de autor, etc.)

C) Investigación histórica:

- Conocer el pasado histórico generacional de los abuelos o familiares sénior.
- Conocer la cronología como elemento fundamental de la investigación.
- Conocer y usar procedimientos técnicos para investigar con fuentes históricas orales.

- Conocer la historia contemporánea de la Comunidad Autónoma de Murcia, desde diversas perspectivas históricas: social, geográfica, cultural, económica, etc.
- Conocer la historia contemporánea de la localidad y del entorno en que el alumno y la familia residen.
- Manejar la cronología para datar documentos, hechos o acontecimientos históricos.
- Realizar un informe descriptivo de investigación histórica.

6 **Cómo trabajamos**

En el desarrollo del proyecto se distinguen tres fases, que se realizan a lo largo del curso académico, correspondiendo, de forma general, una fase a cada trimestre:

- A) Fase de Investigación histórica.
- B) Fase documental.
- C) Fase creativa.

A) Fase de Investigación Histórica:

En ella se realiza el desarrollo y aprendizaje de los contenidos necesarios para la bucear en el pasado histórico del abuelo protagonista y la búsqueda y recolección de fuentes documentales –familiares y de otro tipo– para el desarrollo del proyecto.

B) Fase documental

En ella se realiza la documentación de aquellos aspectos temáticos (históricos, sociales, económicos, familiares, etc.) que cada alumno considere conveniente para contar la historia de vida de su abuelo/a protagonista.

C) Fase creativa:

Se realiza básicamente fuera del espacio del aula, aunque hay supervisión periódica en clase del avance de trabajo. En ella los alumnos aplicarán todos los conocimientos adquiridos, a la creación de la historia de vida:

1. Selección de temas a desarrollar en la historia biográfica.
2. Ordenación en secuencia cronológica de los hechos.
3. Elección de aspectos de la biografía para documentar los hechos.
4. Desarrollo organizativo de la información que se ha documentado, distribuyéndola a lo largo de la historia biográfica.
5. Integración de la información obtenida de fuentes orales en las diferentes partes de la estructura de la historia biográfica.

A lo largo del desarrollo del proyecto, hay tutoría virtual mediante soporte de correo electrónico en Internet, con una doble función: solucionar cualquier duda o problema de los alumnos y asesorar o aclarar cualquier consulta o pregunta de los padres o familiares. Todo el material didáctico del proyecto se difunde a través de mail y los alumnos están comunicados entre sí a través de Grupos de Contacto.

7 Con qué materiales

Recursos materiales

Los recursos materiales –herramientas TIC, soportes informáticos, archivos, bibliotecas, etc.– que hemos usado para el desarrollo del proyecto han sido básicamente:

- Comunicación por correo electrónico soportada en Internet: para el envío de material didáctico, tutoría virtual y asesoramiento y consulta de padres.

- Ordenadores, escáneres y aplicaciones informáticas de Procesamiento de Textos, Diseño de Gráficos, Digitalización de contenidos y Tratamiento de imagen fotográfica, Diseño de Genealogías, etc.
- Cámaras fotográficas digitales.
- Soportes informáticos de copia y almacenamiento de contenidos: CD, DVD, Memorias USB, Disco Duro externo, etc.
- Bibliotecas: del centro, del Departamento, de Alcantarilla (Red Municipal), Regional (Red Pública) y Bibliotecas Digitales (en Internet).
- Archivos públicos y privados (familiares esencialmente).
- Encuadernaciones de proyectos finales.

Materiales didácticos

Los materiales didácticos que hemos usado en el proyecto han sido elaborados íntegramente por el equipo de profesores. Sirven para guiar de forma completa todo el proceso de desarrollo del mismo: Investigación histórica, Documentación y Creación Literaria.

Algunos de los materiales complementarios son muy especializados. A lo largo del desarrollo del proyecto constatamos una serie de núcleos temáticos recurrentes en una gran mayoría de historias (los oficios, las profesiones y la emigración), ya que muchos de los abuelos de las familias de los alumnos, por su procedencia social, tuvieron que ejercer diversos oficios y emigrar al extranjero en diversas épocas, en busca de un futuro mejor para los suyos. Por ello, decidimos documentar ampliamente los mismos, con una variada selección de fuentes documentales (libros, revistas, estadísticas, etc.) y de investigación original por los miembros del equipo, que integramos en documentos hipertextuales monográficos.

Elaboramos también un CD de Documentación con una gran cantidad de recursos (Bibliográficos, Documentales, Fotográficos, Genealógicos, etc.) entre los que se cuentan los documentos hipertextuales mencionados anteriormente. Así mismo, el CD contiene una selección de artículos digitalizados de 27 números de la colección completa de la revista de etnografía "Cangilón", editada por la Asociación del Museo de la Huerta de Alcantarilla, de enorme interés para el conocimiento detallado de la historia geográfica, cultural, social y económica de la ciudad, su área metropolitana anexa y la propia Comunidad Autónoma de Murcia.

El conjunto de recursos documentales de este CD no son documentos textuales o de imagen de uso "obligatorio" por el alumno. Se trata de una colección de recursos que cada alumno puede usar, según sus necesidades, para documentar aquel o aquellos aspectos de su historia literaria que le parezca conveniente: época, sucesos, escenarios, costumbres, oficios o profesiones, lugares geográficos (paisajes, calles, pueblos, etc.), personajes, etc.

En cada carpeta se adjunta un texto llamado "Descripción de Materiales" (es un fichero de texto en Word) que contiene un texto descriptivo del contenido de la misma y del uso o finalidad para el que es apropiado. Así, los alumnos pueden hacerse una idea de qué tipo de materiales se trata y para qué pueden ser útiles.

Proyecto "Los abuelos también cuentan. Literatura en familia"

Materiales didácticos

MATERIALES BÁSICOS	MATERIALES COMPLEMENTARIOS
<p>Esquema de contenidos:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Guía "Localiza fuentes primarias". 2. Guía "Guía usa fuentes primarias". 3. Guía "Cómo documentar tu historia". 4. Guía "Contar memorias I" (El truco del almendruco para escribir una buena historia de vida). 5. Guía "Contar memorias II" (Modelos de escritura literaria). 6. Guía "Elabora un Informe de Investigación". 7. Guía "Cómo se hace Historia oral". 	<ol style="list-style-type: none"> 8. Pautas para uso de fuentes primarias (Tabla I). 9. Pautas para uso de fuentes primarias (Tabla I I). 10. CD de Documentación con cinco carpetas: <ol style="list-style-type: none"> a. Guías didácticas. b. Recursos bibliográficos. c. Recursos documentales. d. Recursos fotográficos. e. Recursos de Genealogía. <p>Contiene una gran cantidad de material de documentación y de investigación y creación original para usar discrecionalmente por los alumnos. Todos los materiales tienen descripción de su uso y contenido.</p>

8 Qué valoramos y cómo

Al ser un proyecto de curso académico, creemos que la evaluación parcial de progreso no es muy relevante. Crearía excesivas tensiones acumulativas al proceso de evaluaciones académicas normales y tal vez provocaría disociación de tiempo de trabajo en los períodos preparativos de las pruebas de evaluación trimestral que dispersaría esfuerzos intelectuales,

lo cual podría incidir negativamente en el teórico rendimiento del control académico periódico.

Por ello, consideramos que la evaluación debe ser única y coincidir con el final de curso.

Criterios de Evaluación:

Se consideran

Criterios principales:

1. Realización técnica (requisitos creativos) de la historia de vida del abuelo protagonista.
2. Transcripción en soporte escrito de la/s entrevista/s realizadas con los abuelos protagonistas.
3. Cantidad y calidad de la información obtenida con técnicas de investigación en historia oral.
4. Capacidad creativa para construir la historia con una estructura narrativa temporal lineal: principio, desarrollo y final.
5. Calidad y cantidad de las fuentes primarias usadas para la documentación.
6. Calidad de la edición definitiva de la historia biográfica del abuelo protagonista:
 - a. Formato técnico del texto narrativo (sangrado de párrafos, márgenes, títulos de apartados, etc.)
 - b. Maquetación de los contenidos en la página: distribución proporcionada y equilibrada de texto, fotografías e imágenes.
 - c. Corrección ortográfica del texto: puntuación, acentuación, uso de mayúsculas, comillas, realces del texto (letra cursiva, negrita, etc.)

7. Corrección lingüística: propiedad léxica, uso selecto del vocabulario y corrección gramatical.
8. Realización normalizada (conforme a Guía) del Informe Final de Investigación.

Criterios secundarios:

1. Formato electrónico normalizado de los documentos finales: 1) historia narrativa biográfica con Anexo de transcripción de entrevistas y 2) informe de investigación.
2. Entrega de CD con copia de todos los materiales usados en la realización del proyecto.
3. Creatividad en la titulación de la historia biográfica.
4. Coherencia de contenidos entre la narración de las memorias del abuelo y la información de las transcripciones de las entrevistas, respecto a la narración de la historia de vida del abuelo protagonista.
5. Capacidad de análisis y valoración de las fuentes.

Criterios de calificación:

Los documentos resultantes del proyecto, 1) Informe final de investigación, 2) Historia narrativa biográfica y 3) Anexo documental con Transcripción de las entrevistas orales se valoran sobre **3** puntos, correspondiendo: **1,5** puntos a la historia biográfica del abuelo, **1** punto al Anexo documental con la transcripción escrita de las entrevistas, y **0,5** puntos al Informe Final de Investigación.

A la nota obtenida en la evaluación de los documentos se podrá deducir hasta **0,25 puntos** en aplicación de los Criterios secundarios de evaluación. Con las notas parciales resultantes se hará la nota final del proyecto.

Dicha nota se incorpora como componente de evaluación a la nota final de Lengua, pudiendo sumarse hasta 3 puntos a dicha nota final, con el requisito de que la misma sea como mínimo de 3 puntos.

De esta forma, el alumno sabe que el desarrollo del proyecto no es garantía para el aprobado de la materia, pero sí es un plus importante para potenciar el esfuerzo académico realizado en el curso y reconocer el trabajo realizado para la elaboración del mismo □

Ignacio Salvador Ayestarán

Director y Coordinador del Equipo Didáctico



"De toda la memoria sólo
vale el don preclaro de
evocar los sueños"

Antonio Machado



Vidas que cuentan



M^a Carmen Florenciano García / José M. Riquelme de Haro / M^a Dolores Gálvez Martínez / Sara Molina Laveda / Virginia Puche Noguera / Mayte Maldonado Muñoz Juan Cortés Vicente / J. Domingo González Teruel / Julio J. Jiménez Romero / Adrián Cascales Martínez / Alfonso Hellín Peñalver / Nuria Martínez Ortuño / Inmaculada Pérez Hernández / Francisco J. Martínez Navarro / Francisco J. Camps Cabellos de Oropesa / Raquel Morales Dato / Éric Pérez Torá / Fabiola García Albarracín

Historia de una vida

M^a Carmen Florenciano García

4^o ESO



M^a Carmen Florenciano García | 4º de ESO

Historia de una vida

Los años pasan rapidísimo, lo que es bastante frustrante, ya que muchas veces ni siquiera te da tiempo a disfrutar un poquito de lo bueno que te viene.

Yo, más que nadie, puedo decir que lo sé. Mi vida no ha sido nada interesante; he tenido momentos buenísimos y otros no tanto, en los que he sufrido mucho pero, pese a todo, siempre he sabido sonreír cuando ha hecho falta.

Desde pequeña he sabido aguantar las cosas tal y como han venido, aunque no niego que muchas veces ha sido más duro de lo que me esperaba.

Cuando era una niña todo era más fácil y más simple. Jugaba como todos los niños. Cuando mi hermana Carmen murió, vi cómo mi madre se consumía de tristeza y pensé que yo nunca iba a tener que pasar por un momento como ese en el que un hijo se muera. Luego nació mi hermano Antonio y mi madre estuvo más contenta, al igual que mi padre. Tiempo después vino a vivir con nosotros mi prima Pilar, porque su madre había muerto y su padre no la quería, por lo que mi padre la adoptó como hija suya. Años después nos fuimos a vivir a Alcantarilla y allí me crié y viví los momentos más importantes de mi vida.

Siempre fui la niña de los ojos de mi padre. Tenía pasión por mí y no sabía negarme nada y yo, que lo sabía, me aprovechaba al máximo, aunque a mi madre no le hacía mucha gracia, ya que siempre decía, incluso cuando

era ya mayor, que me malcriaba. Yo no sé si me malcrió, pero sí sé que los recuerdos que me quedaron de mi padre fueron muy buenos, de ratos sentados delante de la radio escuchando los programas que en ese momento ponían y a los que los dos éramos muy aficionados, de juegos de mesa en los que yo siempre ganaba y él se dejaba ganar para que yo no llorase, de muchas chiquilladas que le tapaba a mi madre para que no me castigase; porque, eso sí, mi madre era la que llevaba la batuta y a la que no le temblaba el pulso para reñirme o incluso darme algún azote.

Seguía siendo una niña. Y seguía jugando; eran juegos muy divertidos, como el monique, las fundas o el marro; juegos en los que no dejábamos nunca participar a los niños porque eran unos bestias y siempre que los dejábamos salíamos alguna de nosotras descalabrada. También nos escapábamos a la huerta a comer naranjas, albaricoques y, bueno, cualquier cosa que hubiera en ese momento, porque a mí me encantaba comer fruta. Tam-



bién recuerdo las habas que eran otra de mis debilidades; recién cogidas no podía dejar de comer; eran para mí como las pipas. Cuando llovía salíamos todas a coger caracoles que luego cocinábamos para comerlos todos juntos en la calle, en una gran mesa que sacábamos a la puerta y donde cabía todo el mundo. A mí me gustaban mucho en salsa, pero también me los comía con tomate.

Como no teníamos agua en las casas, nos bañábamos en la boquera, mientras nuestras madres vigilaban que no hubiera por ahí ningún mirón, ya que eran muchos los que intentaban pillar algo.

Nosotras también lavábamos la ropa en esa boquera, porque el agua era muy limpia y fresca y no como vosotros la habéis conocido. Era un momento que a todas las mocitas nos gustaba sobremanera, porque nuestras madres nos mandaban a lavar la ropa y los platos y allí nos juntábamos un montón de niñas hablando de nuestras cosas, sin adultos que nos recriminaran por decir esto o aquello; esos momentos eran muy queridos por nosotras. Yo casi siempre iba con María, la que luego sería mi cuñada. Fueron años muy importantes en mi vida. Incluso yo diría que fueron unos de los más felices que he vivido ya que, gracias a todos esos momentos, conocí a amigas que me duraron toda la vida, como Joaquina y muchas más.

En mi juventud mi vida seguía siendo parecida. Conocí a nuevas amigas y también viví momentos inolvidables. Íbamos a pasear a la calle Mayor y al cine. La calle Mayor era un continuo ir y venir de personas: Nosotras nos vestíamos con nuestras mejores galas y nos poníamos a ver a los chicos que nos gustaban y a dejarnos rondar. Aunque teníamos el problema de que, si a tus padres no les gustaba el chico que te rondaba, ya no podías verlo más y eso era lo peor, sobre todo cuando eres una joven enamoradiza y tus padres no te dejan porque no les gusta el muchacho, aunque no era por él mismo, claro. Había que saber de qué familia era, si había mala gente en ella, si eran conflictivos, etc.

María y mi hermano se ennoviaron muy jóvenes. Yo siempre iba con ellos de escopeta, porque era lo que se acostumbraba y a mí me gustaba estar con ellos porque me llevaba muy bien con los dos. También empecé a trabajar para poder aportar dinero para mi ajuar, que en esa época era algo muy importante y muy caro, ya que entonces había muy poco dinero. Yo tuve mucha suerte porque María era bordadora y de las mejores de nuestra época; tenía muchos encargos y ella me bordó muchas cosas y me enseñó a hacerlo, para que pudiese bordarme yo algunas otras prendas.

Para que te hagas una idea de cómo se vivía, los zapatos eran un lujo. Todo el mundo llevaba alpargatas de esas de esparto y los zapatos se los compraban como un lujo los que se los podían permitir; yo los tenía, pero me los compraban uno o dos números más grandes y, si eran blancos en verano, en invierno eran negros porque los tintábamos. Por otra parte, si te hacías una camisa de manga larga, cuando llegaba el verano le cortabas las mangas y así tenías una camisa de manga corta.

Yo nunca pasé falta de nada necesario como mucha gente de mi época, porque mi padre trabajaba como representante y en mi casa no faltaba nunca de nada. Bueno, después trabajé con Joaquina en la fábrica de Cascales, como cualquier hija de vecino de mi época y cuando salía de la fábrica me ponía a coser, a bordar y todas esas cosas que hacíamos las zagalas de mi generación. Esto lo hacíamos en verano en la calle, tomando el fresco y hablando de nuestras cosas. En invierno cosíamos en mi casa, que siempre estaba muy concurrida porque mi madre era una mujer muy respetada por su arte con la aguja de ganchillo y que hacía primores con el hilo de coser. A mí me hizo vueltas de sábana de ganchillo y cubiertas para mi ajuar.

En mi casa salíamos de vacaciones cada verano. Mi padre, que por su trabajo pasaba mucho por la zona de Mula, cada año alquilaba una casa en los baños y allí nos íbamos la familia completa, mis padres, mi hermano, mi prima y yo. Pronto se nos unió mi cuñada y amiga María. Y qué contar de

esos días...; pues que eran maravillosos para mí, que aprendí a amar el campo y los paseos que por allí nos dábamos todos juntos. Como mi padre conocía a tanta gente por su trabajo, principalmente gente de la hostelería del momento, los días allí eran muy movidos. Cuando no había una visita había otra y así conocí a mucha gente de la que guardo muy buenos recuerdos.

Bueno, así transcurrió parte de mi niñez y adolescencia, que fue una buena época de la que conservo muy buena memoria y que ahora a veces añoro, a sabiendas de lo que luego sería mi vida.

Me costó mucho decidirme por una persona que me acompañara el resto de vida porque, como me hacía mayor, cada vez era más exigente, pero mis padres siempre lo fueron más que yo. Bueno, después de un tiempo tratando con muchos chicos, llegó el día en el que conocí a Juan, del cual me enamoré y luché por él contra los deseos de mi padre principalmente, porque a él, que tanto me quería y me idolatraba, no parecía gustarle Juan. A pesar de todo, éste empezó a rondarme, como se hacía antes, pasaba por mi calle, y todo eso.

Era un buen hombre que me quería y que tenía un futuro muy prometedor, tanto que, después de tres años de noviazgo –poco tiempo para la época–, decidimos casarnos. Mis años de noviazgo fueron muy felices, aunque para ver a Juan tuviera que levantarme a las seis de la mañana y salir a la calle para rociar la puerta y así poder saludarnos antes de que él se fuera a trabajar; y aunque, por la noche, cuando venía a verme, tuviéramos que estar sentados al lado de mi madre, que no se separaba ni un momento de nosotros. Bien, pues me enamoré de él, ni que decir tiene, porque a mis ojos sólo tenía virtudes que luego se convertirían en defectos; pero yo no lo sabía y siempre lo quise con locura, aunque la razón me dijera que no lo tenía que hacer.

Él era un chico más alto que yo, delgadito y muy guapo. Siempre llevaba las gafas de sol puestas, porque de pequeño tuvo una enfermedad

que le afectó al ojo izquierdo y a consecuencia de ella lo perdió. Nunca me importó; yo lo quería por como era por dentro y no por su exterior; además, con sus gafas nadie diría que le faltaba el ojo, porque era muy guapo y casi un dandy de la época. Muchas chicas intentaron quedarse con él, pero al final me lo llevé yo.

Bueno, no he contado lo bien que nos lo pasábamos en las fiestas de San Roque y en la subida al monte, a donde nos íbamos la noche antes en la carreta de mi padre y que eran días muy entrañables para mí, porque yo soy muy devota de la Virgen de la Fuensanta, nuestra Patrona. Son días que he recordado con gran añoranza por la felicidad del momento. Sí, fueron buenos momentos; al principio iba sola con mi familia y luego, cuando en ella se instaló Juan, con el que luego sería el padre de mis cinco hijos.

El día 7 de septiembre de 1963 me casé con él. En esa época no se llevaba lo del viaje de novios. Después de casarnos y de la celebración, que fue sólo con la familia más cercana, cogimos un taxi y fui a ver mi primera y única obra de teatro en el Romea de Murcia; recuerdo que fue una obra cómica y que no paré de reírme en la hora y media que duró. Así comenzó una nueva etapa de mi vida, en la que me despedí de mi trabajo.

Al año de casada nació mi primer hijo. Le pusimos por nombre Juan, como mi suegro, porque era lo que se hacía entonces. En ese tiempo teníamos a nuestros hijos en casa con ayuda de la comadrona; a mí me asistió en todos los partos Carmita, que era prima de mi cuñada María. El niño nació de siete meses y era tan pequeñito que el médico dijo que no podría sobrevivir, porque entonces no existían las incubadoras. Como mi hijo nació de siete meses, tuvimos que crear nuestra propia incubadora; lo hicimos cogiendo una caja de zapatos y poniendo dentro, al lado del bebé, una botella de cristal de casera llena de agua caliente y rodeada de algodón, para que el bebé mantuviese el calor y pudiese seguir creciendo. Cuando mi hijo tenía cuatro días lo bautizamos para que no muriese morito, es decir, para que

no se quedara en el limbo y llegase al cielo como los ángeles. Pero, gracias a Dios y a mis desvelos, mi hijo no murió. En febrero del 66, casi dos años después de haber tenido a Juan, nació mi segunda hija a la que pusimos por nombre Encarna, como mi suegra. Esta niña nació a los nueve meses y en muy buen estado de salud pero, cuando tenía cuatro meses, en Alcantarilla hubo una epidemia de polio. Mi hija fue una de las afectadas, porque en ese momento no había vacuna. Murió tres semanas después de haber contraído la enfermedad, como muchos otros bebés en aquellos tiempos. Para mí fue un golpe muy duro; era mi niña y no había tenido tiempo de tenerla en mis brazos y poder disfrutarla, Puedo decir que, hasta el último día de mi vida, tuve un gran recuerdo de ella. Pensaba que podía haberla tenido cerca de mí toda la vida y que habría sido una gran hermana para la hija que luego tuve. En aquel momento sentí lo mismo que tuvo que sentir mi madre cuando mi hermana Carmen falleció, siendo todavía un bebé.

En agosto del 67 tuve a mi tercer hijo, un varón al que llamamos Antonio, como mi padre. Fue un niño que pesó 5 kilos -es de lo que más me acuerdo. Era un bebé rollizo, rubio y con el pelo rizado, que parecía un Niño Jesús en el pesebre, de esos que se ven en Navidad.

En agosto del 69, di a luz a mi cuarto retoño, una niña, mi hija Carmen. Estuve a punto de abortar, pero al final mi embarazo llegó a buen término. Es mi única hija viva, ya que Encarna falleció. Nació muy pequeñita y fue muy llorona. Siempre dio problemas a la hora de comer.

En agosto del 71 nació mi quinto y último hijo, otro niño al que llamamos Pedro, porque ya no quedaban abuelos a los que nombrar, así que le pusimos el nombre de mi padrino. También nació pequeñito como su hermana pero, al contrario que ella que era muy rubia y blanca, tenía el pelo negro de su padre y unos grandes ojos azules.

Mi marido tuvo un accidente y nuestra vida empezó a pasar grandes calamidades, hasta el punto de intentar separarme de él cuando mi hijo

pequeño tenía sólo tres añitos; pero, en aquel momento, estaban muy mal vistos los hijos de una mujer separada, y yo seguía queriendo a mi marido. Y, aunque intenté dejarlo y de hecho lo dejé, no fui capaz de seguir más allá.

Siempre vivimos de alquiler, moviéndonos en el mismo barrio, mi barrio, el barrio de San Roque, hasta el día en que falleció mi padre y fuimos a vivir con mi madre, que en ese momento estaba ciega por su diabetes. Me costó muchas lágrimas empinar a mis hijos, intentando que tuviesen lo necesario, aunque muchas noches los tuve que acostar dándoles sopas de café de malta porque, al no tener trabajo mi marido, yo intentaba trabajar y trabajé, pero tenía que llevar a mis hijos conmigo cuando no estaban en el colegio. Cuando mis hijos crecieron, gracias a Dios, el mayor, Juan, salió del colegio con trabajo, con sólo catorce años. Así me ayudó a levantar a los tres que quedaban por detrás. Y qué decir de Antonio que, en cuanto pudo, dejando sus estudios a medias, empezó a trabajar como hacía su hermano mayor. Así, el benjamín de la casa pudo tener una oportunidad.

Mi hija, por mi forma de pensar, no estudió; con sólo diez años cuidaba a niños cuando sus padres salían de noche; terminó sus estudios de Primaria al mismo tiempo que trabajaba, al principio en una panadería –sobre todo en Navidad haciendo dulces–, y en una peluquería, de la que salió a los quince años para ir a trabajar a una casa, cuidando a un bebé de dos meses. Pedro también aportó su granito de arena trabajando en un lavacoches, al que iba los fines de semana.

Todos mis hijos siempre me entregaron todo lo que podían aportar a casa, y confiaron en mi buen juicio para sacar adelante a toda la familia. Se hicieron mayores y el primero en casarse fue Antonio, que lo hizo con Toñi, a la que quiero tanto como a mi propia hija. Las dos son grandes amigas y comparten muchas cosas; ambas tienen sólo hermanos y yo me siento muy feliz por verlas juntas contándose sus cosas. Antonio y Toñi tuvieron dos

hijas, Victoria, mi primera y querida nieta, y Elena, a la que conocí muy poco tiempo, pero seguro que es estupenda como su hermana.

La segunda en casarse fue mi hija Carmen, con Antonio. Ellos tuvieron primero a mi nieta M^a Carmen, que fue mi segunda nieta. Por el trabajo de su padre pude disfrutar de primera mano de esta nieta porque mi hija, cuando su marido no estaba, pasaba largas temporadas cuidándome y a ella la acompañaba esa chiquilla que era un terremoto y que tanto se parecía a su madre a la hora de intentar darle de comer. Era una gran odisea a la que todos intentábamos aportar nuestro grano de arena. Como estuve cerca de ella, puedo decir que a los siete meses empezó a andar, aunque el médico recomendaba que la obligáramos a estar sentada, pero es que era imposible que se sentase. A los nueve meses me cantaba la canción de moda de ese momento, que era la Macarena; era capaz de cantarla sin equivocarse y entendiéndosele todo. Yo, enfadando a su madre, le enseñé a decir una palabrota, pero en medio de dos bonitas: divina, bombón y capullo. Yo le preguntaba que cómo era y ella me contestaba eso. Y cuando su madre renegaba por enseñarle esas palabras, yo me defendía explicándole que no era un capullo de palabrota, sino un capullo de rosa.

Después, mi Carmen y Antonio tuvieron a su segundo hijo, José Antonio. Fui muy feliz con su nacimiento, porque sólo tenía nietas y éste fue el primer varón de mi familia; lo disfruté poquito, aunque estuvo todo su primer año de vida muy pegado a mí.

El tercero en casarse fue mi hijo Juan, el mayor de mis hijos y lo hizo con Loli, una persona muy especial. Los dos están muy enamorados y unidos. Ellos han tenido dos preciosas hijas; Irene, la mayor, nació casi al mismo tiempo que Elena y que José Antonio, que nació al año siguiente. Mi nieta Irene fue un regalo para mí, como todos mis nietos. Hablo de Paula, la pequeñita de mi familia, a la que no llegué a conocer, pero estoy segura de que sus padres siempre le han hablado de mí.

Mi hijo Pedro es el que siempre me acompañó hasta el final; no se ha casado y siempre ha estado muy pendiente de mí. No sé qué habría hecho si él no me hubiese dado ese amor incondicional, ese buen hacer y esas maneras tan tiernas de cuidarme y quererme.

Ahora sólo puedo decir que me fui de aquí, de este mundo, un domingo. No quieren que diga el día, porque ya había cumplido con todos mis sueños y, sobre todo, el de ver a mis hijos felices con las vidas a las que tenían que enfrentarse junto a personas que los quieren y a las que ellos quieren, con unos nietos que yo sé que me van a recordar como una persona que los quiso y que los querrá siempre, esté donde esté. Todo fueron lágrimas ese día y los que vinieron después, pero yo sé que ellos tienen que seguir adelante pensando en lo mucho que los quiero.

Y, por último, me gustaría mencionar que aquí, junto a mi cuerpo, descansan unos dibujitos que mi nieta M^a Carmen dibujó para que estuvieran cerca de mí. A sus cuatro años pensaba que yo me iba a curar mirando estos bonitos dibujos, porque a mí me encantaba verla dibujar. Y aquí siguen conmigo... ■

El abrazo del tiempo

José Miguel Riquelme de Haro

4º ESO



José Miguel Riquelme de Haro | 4º de ESO

El abrazo del tiempo

Todos duermen en el pueblo cuando, de madrugada, empieza a haber movimiento en el número 35 de la calle Concepción. De la casa ha salido Maravillas, la parturienta. Ha de ser ella quien vaya a buscar ayuda pues Ginés, el padre de la criatura, está de viaje por La Mancha. Días antes de salir con el camión, los dos jóvenes hablaban de la posibilidad de que el niño naciera antes de que el padre volviera y por eso lo prepararon todo, incluso el nombre para el recién nacido; se llamaría Miguel si era niño. Maravillas regresa pronto acompañada por Carmen, una vecina que, por su habilidad, suele ayudar en los partos. Las mujeres saben cómo actuar en estos casos; preparan agua caliente y toallas limpias. Todo transcurre sin dificultades y pronto se escucha el llanto del pequeño Miguel. Mientras la madre lo abraza feliz, en la calle se escucha el murmullo de la gente que acaba de salir de la misa primera de ese domingo. Nada más regresar el padre, se celebra el bautizo en la Iglesia Parroquial de Javalí Nuevo, el pueblo que lo vio nacer a él, a sus padres y a los padres de sus padres.

Es un niño afortunado. Nace en una familia que lo cuida y lo mimaba. Josefa es una madre dulce y responsable, volcada en el cuidado de los suyos; ella misma se encarga de coser la ropa de sus hijos y de tejer sus jerséis; a menudo les cuenta cuentos y les lee libros. Cada cierto tiempo les lleva a la consulta de don Ignacio López, médico de Alcantarilla, para asegurarse de que crecen sanos. Ginés es un padre trabajador que lucha día a día para proporcionar a su familia todo lo necesario; es cariñoso y a veces complace

a Miguel llevándolo con él en el camión. El pequeño siente admiración por él y disfruta con su compañía. Cuando está de viaje, la madre no está sola en la tarea del cuidado de la casa y de los hijos. En casa viven también su madre, Francisca de las Maravillas y dos hermanas solteras de ésta, María de los Ángeles y Salvadora, las cuales poseen las tierras, lo que les permite disfrutar de cierto desahogo económico. Son ellas las que colmarán de mimos a los niños de la casa.

A pesar del clima de agitación, transcurren unos meses de felicidad para el joven matrimonio y sus dos hijos. Pero en julio de ese mismo año, la mayoría del ejército se subleva contra el Gobierno de la República y, antes



de que el pequeño Miguel cumpla los siete meses de vida, da comienzo la Guerra Civil que azotará a la población con sus horrores durante casi tres años, a los que seguirá una larga posguerra en la que se sufrirán las terribles consecuencias de aquélla.

Miguel pasa estos duros años en la misma casa en la que nació. Una hermosa casa en la que también había nacido su madre; la fachada principal da a la calle Concepción y, tras la puerta de entrada, se distribuyen varias estancias amuebladas según la costumbre. Al fondo hay un hermoso patio lleno de vegetación donde Miguel pasa largos ratos de juego. La otra fachada de la casa da a la calle Puente y en ella se encuentran dos enormes puertas que dan acceso a las cuadras y el almacén en el que se guardan herramientas y aperos de labranza que hablan de la gran actividad agraria que antaño ejercía la familia de Maravillas, abuela de Miguel. Ella será quien le acerque a ese mundo; pronto se convertirá en su fiel compañero y de su mano aprenderá a gestionar las tierras familiares.

En casa de Miguel se hace notar la escasez de la posguerra pero, afortunadamente, no se sufre el hambre de esos años. Nunca llegó el día en que les faltara que comer. El padre, por su actividad de transportista, se mueve por todo el territorio; inteligente y decidido, llevará a casa alimentos tan escasos como el aceite, el azúcar, los garbanzos, el tocino o el queso.

Las tierras también producen trigo, cuya producción está controlada por el Servicio Nacional del Trigo, pero la familia obtiene una parte que garantiza sus necesidades. Cultivan habichuelas, patatas y otros productos que no llegan a agotarse de una cosecha a otra. La mayor parte de la población vive en la miseria y depende de los escasos alimentos que les proporcionan las cartillas de racionamiento para sobrevivir. La madre de Miguel suele repartir las raciones de la cartilla y otros alimentos como pan, aceite y patatas. En todas las familias hay niños o ancianos; en algunas el padre ha muerto en la guerra o está la cárcel por motivos políticos. Son muchas

las personas a las que socorrer. Ella inculcará con su ejemplo valores de solidaridad a sus hijos.

A los seis años empieza a ir a la escuela que está situada en la calle San José; siente un gran respeto por su maestro, don José López Palazón. Es una escuela de niños hasta los once años. Va a la escuela equipado con los libros indicados para cada curso: las cartillas para aprender a leer primero, después libros como *Ingenuidades*, *Catón* o las enciclopedias escolares. Durante este tiempo todos los días, de lunes a sábado, empieza la actividad escolar con un *Ave María Purísima* pronunciado por todos los niños de diferentes edades que asisten a las clases. Después tiene que permanecer atento a las explicaciones del maestro y a las pizarras donde pone las tareas: copiado de muestras para los más pequeños, cuentas, problemas y reglas de ortografía para los mayores. A diario hace lecturas individuales y en grupo; memoriza textos que aparecen en los manuales escolares. Cada sábado el maestro les examina de lo aprendido a lo largo de la semana. Cuando se acaban las clases corre calle abajo en dirección a su casa; pronto se hace la hora de comer y la familia se sienta a la mesa, que ofrece platos de cocina tradicional elaborados por su madre o por la tía María.

Por la tarde hay que volver a la escuela, salvo los jueves que no hay clase. Al salir hay tiempo para jugar con los amigos en las calles del barrio y para ir ayudando en casa. Pasa muchas tardes con su abuela; juntos van a la huerta y él aprenderá muy pronto cómo trabajar la tierra. En algunas ocasiones la acompaña a los almacenes donde se compra el abono o todo lo necesario para sembrar la cosecha; también cuando hay que contratar jornaleros.

Cuando nace el menor de sus hermanos, Miguel tiene diez años y es un niño responsable para ayudar a su madre en el cuidado del pequeño. Al cumplir los once años deja la escuela. La abuela Maravillas se hace mayor y necesita ayuda para ocuparse de las tierras; Jesús, el hermano mayor,

acompaña al padre en el camión y a él le gusta la agricultura, de manera que poco a poco se dedica al trabajo de la huerta hasta que llega el momento del servicio militar.

En el año 1955 un suceso marca la vida de la familia: Ginés, su padre, tiene un grave accidente de circulación en Sisantes, provincia de Cuenca. Le trasladan al Sanatorio de San Francisco de Albacete, donde los médicos se plantean amputarle el brazo derecho que quedó destrozado, pero él se niega rotundamente. Al llegar la noticia, Miguel coge en la estación de Alcantarilla el tren que le llevará hasta Albacete. Allí permanecerá con su padre hasta que, al mes y medio, éste es trasladado al Hospital de San Juan de Dios, donde sufre varias operaciones para injertarle hueso de su pierna derecha en el brazo herido; una tras otra todas fracasan. Afortunadamente, en una arriesgada intervención, los médicos le implantan una prótesis metálica y salvan su brazo. Quedan por delante dos años y medio de idas y venidas al hospital. Este accidente es un duro golpe para toda la familia. El padre ya no volverá a conducir y entre todos se organizan para salir adelante. El hermano mayor, Jesús, se hará cargo del camión y Miguel se hace responsable de la explotación de las tierras. Ginés, el menor de los hermanos, apenas tiene nueve años.

Cuando llega el momento de cumplir el servicio militar obligatorio, la presencia de Miguel es muy necesaria para toda la familia y por este motivo solicita hacerlo como soldado voluntario. En el mes de junio de 1956 acude a Valencia para pasar el reconocimiento médico. Tras resultar apto ingresa en la Base Aérea de Alcantarilla el 1 de Septiembre de 1956. El periodo de instrucción dura un mes y medio, tras el cual presta juramento de fidelidad a la bandera el 28 de Octubre de 1956. Después es destinado al Servicio Químico contra Incendios, lo que le permite salir prácticamente a diario y estar en casa a la hora de la comida, tras la que empezará una nueva jornada de trabajo en la agricultura. Se encarga de sembrar, regar y abonar los

productos cultivados a lo largo del año: patatas, cítricos y frutales de hueso. Al vender las diferentes cosechas se obtienen ingresos muy necesarios para la familia.

Después de las jornadas de trabajo se divierte como cualquier otro joven de su edad. Maravillas ha comprado un estupendo aparato de radio y el muchacho se reúne en casa con otros jóvenes para escuchar varios programas, sobre todo los musicales. También hay tiempo para salir con los amigos. Con las bicicletas salen de Javalí; les gusta ir a las verbenas que se organizan en las fiestas patronales de los pueblos vecinos. De esta forma llega a conocer a Ana María, la joven que se convertirá en su esposa y madre de sus dos hijos. Esa tarde van a Rincón de Seca, donde se celebran las fiestas en honor a San Joaquín y Santa Ana, después de la recolección del melocotón. Él está con unos amigos en un bar y, mientras la procesión va pasando, una joven despierta su atención. Es morena, con unos preciosos ojos verdes, va vestida toda de negro y lleva una niña de unos cuatro años de la mano, mientras alumbrá con una vela en la fila. Miguel siente algo especial al verla y, al acabar la procesión, se acerca y pueden hablar. Así conoce su nombre y dónde vive; en la cercana Era Alta.

Al despedirse, Miguel tiene muy claro que volverá a verla. Al día siguiente, al terminar su trabajo, coge la bici y va en su busca. No sabe el lugar exacto, pero preguntando consigue llegar hasta la puerta de su casa. A pesar de todo, no consigue verla esa tarde. Pero lo vuelve a intentar al día siguiente y ese día sí que logra hablar con Anita; los dos se gustan y pronto se hacen novios. Esta es casi la única ilusión en la vida de la joven, que ha perdido a Carmen, su madre, recientemente y ahora cuida de su padre Francisco. Los momentos de alegría son escasos y, al poco tiempo, fallece también Francisco. Anita pasará todo el noviazgo vestida de luto. La ilusión de estar junto a Miguel hace que pueda sobrellevar tanta pena. Juntos esperan poder casarse y formar una familia.

Se casan el 11 de Diciembre de 1965; la novia entra vestida de blanco, tras mucho tiempo, en la iglesia del pueblo. Los padrinos son Jesús y Antonia, hermanos de Miguel. En los ojos de la novia se hace notar la enorme tristeza de no poder compartir uno de los días más importantes de su vida con sus padres, ausentes para siempre desde hace poco. Sale de la iglesia aferrada al brazo de su marido, con el que abrirá una nueva etapa de su vida con la esperanza de encontrar la alegría y felicidad que la abandonaron al mismo tiempo que sus padres. No importa que no haya banquete ni viaje de novios; están juntos y eso es lo que verdaderamente importa. Quieren ser padres muy pronto y, al año y una semana de haberse casado, el día 19 de diciembre de 1966, nace su primera hija, una preciosa niña a la que llaman Josefa, siguiendo la tradición de poner a la recién nacida el nombre de la abuela paterna.

La familia va cambiando; catorce días antes del nacimiento de la niña muere Salvadora, tía abuela de Miguel, que había deseado poder cuidar y mimar a la pequeña de la misma manera que lo hizo con él y sus hermanos. Años antes han fallecido Maravillas, su abuela, y María, hermana de ésta.

Tras una delicada cesárea sufrida por la madre, han de esperar un tiempo para volver a ser padres. El 19 de noviembre de 1970 nace su segundo hijo, al que llaman Ginés, como el abuelo paterno. Una segunda cesárea hace que los médicos aconsejen al matrimonio no tener más hijos, para no poner en peligro la vida de la madre.

La existencia de Miguel y Anita gira en torno a sus dos hijos. Él empieza a trabajar como contratado en la Diputación de Murcia, en tareas de mantenimiento y conservación de carreteras y, por la tarde, sigue encargándose de los trabajos agrícolas. Ella se queda en casa administrando los ingresos y cuidando con esmero a los dos niños. Acude con regularidad a hablar con los maestros. Ambos padres se encargan de ayudar a sus hijos en las tareas escolares, vigilan celosamente su salud, les inculcan hábitos de interés,

esfuerzo y valoración hacia los estudios. Las largas jornadas de trabajo no impiden que cada noche, tras hacer los deberes, Miguel cuente un cuento a sus hijos. Después les da un beso de buenas noches. Cuando la madre los despierte por la mañana, él ya estará trabajando. Volverá a verlos al día siguiente por la tarde. Entre el padre y la madre proporcionan una infancia feliz a los dos niños.

En 1977, una ley de la Función Pública favorece que Miguel pase a ser personal funcionario. Se presenta a las pruebas selectivas y obtiene una plaza en propiedad como peón en el Equipo de Bacheo de la Diputación Provincial. El sueldo no es muy alto, pero supone unos ingresos fijos que el matrimonio administra cuidadosamente; incluso pueden ahorrar una cantidad cada mes.

Pasan los años y la Diputación Provincial se convierte en Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Las condiciones de trabajo mejoran, también el sueldo y las posibilidades de promoción profesional. Los hijos crecen y el matrimonio formado por Miguel y Anita se desvive para dar a sus hijos las mejores oportunidades y les animan para que sigan los estudios elegidos por cada uno de ellos. Su objetivo principal como padres es ayudarles a hacerse adultos capaces de vivir por sí mismos de la forma más feliz posible. En ese momento de su vida, Miguel cuida al mismo tiempo de sus hijos y de sus padres. En 1990, tras cuarenta días de enfermedad, pierde a su madre a la edad de ochenta años; siempre estuvieron muy unidos; el parecido entre ellos no sólo era físico, sino también de carácter. A partir de ese momento se vuelca en su padre y en su hermano mayor, que vivían juntos; son ellos quienes sufren especialmente esta pérdida.

Los hijos se independizan, forman sus propias familias, empieza una nueva etapa llena de nuevas ilusiones. El nacimiento en 1992 del primer nieto, José Miguel, hace renacer la ilusión que sintieron con el nacimiento de sus propios hijos. Son abuelos relativamente jóvenes y, tras su jubilación

en 1998, Miguel ayuda a Anita en el cuidado del nieto. Juntos compartirán tiempo de juegos, paseos, de ida y vuelta al colegio y cuentos. Ejercer de abuelo le mantiene ocupado. También dedica bastante tiempo a Ginés, su padre, que mantiene una lucidez mental extraordinaria hasta el momento de su muerte, en marzo de 2001; juntos han pasado muchas tardes recordando circunstancias y acontecimientos pasados, muchas de ellas en presencia de José Miguel, su nieto mayor. Después nacerán tres nietas más: María en 1999, Lorena en 2001 y Lucía en 2006. La relación con los hijos y los nietos es muy buena, favorecida por la proximidad de sus domicilios; todos viven en la misma calle, de modo que pueden verse a diario.

Hoy, a sus 72 años, los achaques propios de la edad, que comienzan a ser numerosos, no impiden que cada mañana Miguel llegue junto a su esposa a casa de su hija, donde comienzan el día con un desayuno en familia, movidos por el afán de ver a sus nietos cada mañana; y así un día tras otro.

Con ilusión esperan ver crecer a sus nietos. Eso y sólo eso es lo que piden a la vida ■

Esos ojos tan verdes y profundos

M^a Dolores Gálvez Martínez

3º ESO



M^a Dolores Gálvez Martínez | 3^o de ESO

Esos ojos tan verdes y profundos

Ella no se acuerda de su nombre. Tampoco del mío. No se acuerda de su familia. Tampoco de mí. No sabe cuál es su papel en esta historia. Pero yo sí lo sé, porque es de ella de quien escribo, porque son para ella estas palabras. Y porque la quiero más que a todo y a todos, le dedico su propia vida para que, en lo más profundo de su corazón, la guarde y tenga un regalo de mi parte, aunque no sepa quién soy, aunque no se acuerde ni de mi cara ni de mi nombre. Porque es por ella y para ella... Porque es por ti y para ti, abuela...

Se sentó en su mecedora, como todos los días, aunque no lo supiese ni lo recordase siempre. Miró la armonía de colores que se proyectaba sobre el televisor, pero no sabía qué veía. Pero tampoco le importaba, pues no le prestaba atención.

El tiempo y los años le habían jugado una mala pasada y, sin embargo, no alcanzaba a comprender esa gran verdad.

Y seguía mirando la televisión, como haría ese día, y el siguiente y el siguiente mientras, en el fondo de su corazón, sabía que aquello que hacía no era lo normal. Pero le importaba aún menos porque estaba recordando, como pocas veces conseguía hacer a lo largo de aquella vida monótona.

Sí. Comenzaba a recordar poco a poco su vida y su cabeza empezó a iluminarse de aquel pasado lejano que volvía a hacerse presente en su memoria...

Nació en una pequeña y mísera casa, cerca del Puente del Río, en la Puebla de Soto. Pero no se sabe a ciencia cierta, porque su padre trabajaba todo el año transportando piedra desde Murcia a Madrid. Fuera como fuese y donde fuese, vino al mundo un 21 de diciembre del año 1921, pero ésa nunca fue su fecha de nacimiento legal. Sencillamente, para la humanidad no había nacido, no existía, porque no la inscribieron en el Registro Civil. Eso se hacía mayormente con los hombres y resulta que ella nació mujer.

La llamaron Carmen, Carmen Teruel Teruel. Era la segunda hija de Francisco Teruel y de su prima lejana y esposa Carmen Teruel. Su hermana Mercedes era la mayor. Pero no fueron las únicas, pues les siguieron, en pocos




MINISTERIO DE TRABAJO
INSTITUTO NACIONAL DE PREVISION
 DIRECCION DE SUBSIDIOS Y SEGUROS UNIFICADOS
 Delegación provincial de

DOCUMENTO DE IDENTIDAD para la concesión de prestaciones de maternidad, con cargo a la CAJA NACIONAL DE SUBSIDIOS FAMILIARES, a la beneficiaria de la Ley de 18 de Junio de 1942, D.^a Carmen Teruel Teruel, expediente número 604, apartado a), el que se extiende y entrega a la interesada por estar debidamente reconocido su derecho, a 26 de enero de 1952.

N.º S.º
 El Director Provincial, El Jefe de Expediente,

Tocólogo asignado D. Franco Sanchez Garcia Teléf.
 Domicilio
 Comadrona asignada D.^a Victoria Rubio Teléf.
 Domicilio
 Tocólogo suplente D. Teléf.
 Domicilio
 Comadrona suplente D.^a Teléf.
 Domicilio Teléf.

Sanguera Sca

años, dos hermanos, Francisco y M^a Dolores. Creció y se crió cuidando de sus hermanos, trabajando en la huerta con sus padres y atendiendo las tareas del hogar. Aprendió a leer y a escribir gracias al cine, pues las películas, que no eran habladas, llevaban subtítulos y, a base de ir muchos días, aprendió a hacerlo. Nunca fue a la escuela, pero sabía bastantes cosas y era culta, lo máximo que podía llegar a ser.

Poseía gran belleza y desparpajo, astucia, ingenio y un carácter fuerte y desgarrado. Iba pisando fuerte por la vida. Su sinceridad alarmaba y su educación de hierro la llevaba por buen sendero. Sin embargo, las habladoras de la gente la asustaban y temía quedar mal delante de sus vecinos y que chismorrearan de ella. Aun así, ganó más amigos que enemigos, o eso creía al principio.

En su juventud los muchachos la admiraban y tuvo más de un desacuerdo con alguno de ellos. Dos alemanes, dos soldados que aterrizaron por estas latitudes durante las dos Guerras, la Civil y la Segunda Mundial, quisieron lo mismo que muchos de la vecindad. Pero tampoco lo consiguieron, pues tanto ella como su madre eran de armas tomar: su progenitora la había encerrado en una especie de refugio junto a su hermano –al que debían cuidar y proteger con entusiasmo porque era quien perpetuaría el apellido familiar– y a la vajilla buena. Por ello, lo que habían planeado los alemanes respecto a ella se desvaneció.

Pero tampoco fue la única anécdota protagonizada por ella, su hermano, su madre y la honra familiar por aquellos tiempos. Mientras lavaba en el río, un día cualquiera, cuidaba del pequeño. Entonces empezó a oírse cómo todos corrían y gritaban porque había amenazas de bomba. Su madre, que eso de la honra lo tenía bien aprendido, corrió despavorida hacia el río, cogió a su hijo y la dejó a ella lavando, a pesar de que tendría 15 ó 16 años. Carmen echó a correr detrás de ellos y llegó a su casa exhausta, con ganas de llorar por el abandono de su madre en esa situación, pero no se quejó... No debía quejarse...

Recordaba aquel día como si hubiera sido hacía dos segundos, y la garganta le tembló cuando pronunció tenuemente los nombres de su madre y de su hermano. Creía que estaban allí, cerca de ella y que le responderían tarde o temprano...

Y entre tanto, la vida seguía y ella creció mucho antes de lo esperado. Ahora, con 20 años, culta, sabiendo leer y escribir, aunque pobre, estaba dispuesta a formar su propia familia. Y lo consiguió con un buen muchacho, albañil de profesión, que tenía unos ojos verdes inquietantes y soñadores que miraban curiosos al mundo que los rodeaba, buscando conocer más y saber más...

Y esos ojos casi ninguno de sus descendientes los ha heredado. Tan verdes, tan profundos. Sólo sabía que alguien sí los tenía, alguien muy parecido a su querido y difunto esposo, pero no le vino nada a la memoria. Sin embargo, estaban muy cerca de ella, mirándola desde un oscuro rincón del salón...

Y se casó. Se casó con aquellos ojos que eran de Bartolomé Martínez, tan joven y hermoso como ella. Y luego llegaron los hijos, todos seguidos: a Catalina, la mayor, le pusieron ese nombre por la abuela paterna; Carmen, más conocida como Carmina, llamada como ella; Francisco, como el abuelo materno; Luis, como el abuelo paterno; Ángeles era desenfadada y loca; Bartolomé –Bartolín para la familia–, al que llamaron como su padre; Encarnación, demasiado moderna para su época; Ascensión, la modosa y pudorosa de la familia; Andrés, que murió muy pequeño; y, por último, M^a Dolores, llamada como su bisabuela materna. La tradición de poner a los hijos los nombres de sus predecesores prosiguió una vez más en una nueva generación. Y se fueron a vivir a Sangonera la Seca.

Nada perdura, y la felicidad muchísimo menos. Por eso, cuando Bartolomé murió de un infarto al corazón, toda la vida de la familia se hundió. Desde aquel momento Carmen se convirtió en madre y padre a la vez, en

abuela y abuelo, en la cabeza de la familia. Se buscó la manera más práctica y sensata de sacar a su gente adelante. Al final lo consiguió. Sólo cuando murieron sus padres se trastornó un poco. Pero no le afectó tanto como creía. Había aprendido, con el paso del tiempo, a odiar a su madre...

La odiaba y la quería al mismo tiempo. Mientras sus hijos pasaban hambre, su madre no movió un dedo por ellos. No llegó a sorprenderle, pero sí a dolerle en el fondo de su ser. Cada día el respeto que sentía hacia su madre se volvía amargo. Pero era su madre, a fin de cuentas... La vida era tranquila y serena. La mayoría de sus hijos estaban casados y ya tenían algunos chiquillos revoltosos que la podían llamar abuela con alegría y dicha, cosa que sus hijos no habían podido experimentar. A menudo se sentía abandonada por sus hermanos y su familia política. Era así, pero no lo podía creer. ¿Cómo una mujer que gozaba de grandes amistades y popularidad estaba en esa situación? No lo supo nunca.

El barrio había cambiado. Las vecinas, al llegar la tarde, sacaban a los niños a la calle mientras ellas se apoltronaban en las sillas que acomodaban frente a sus portales, a la espera de entablar conversación con la de enfrente o la de al lado, para hablar sobre los acontecimientos ocurridos en el día. Para cotillear, básicamente. Y, aunque Carmen criticaba ese comportamiento, era ducha en el arte del chismorreo y, a veces, se reunía con las vecinas para tal ocupación. Se conocían todos y cada movimiento que se hacía en el pueblo era vigilado por los vecinos. Era como no tener intimidad propia y, de hecho, no se tenía. Lo que asustaba era eso, que todo el mundo se enterase de tus líos familiares.

Carmen trabajaba como una esclava para su familia. En Francia, de cocinera en el colegio... Daba igual. Lo importante es que tuvieran algo que llevarse a la boca. Después de los años que pasaron sin pena ni gloria, la marcha fúnebre que anunciaba los entierros comenzó a oírse cada vez más frecuentemente en el pueblo y la casa familiar era un velatorio

sin final. Porque murieron varios de golpe: el esposo de su hija Carmina y su querido hijo Francisco. La gente ya hablaba de la maldición de los Martinillos...

A menudo se decía que los Martinillos, como les llamaban en el pueblo, tenían algo malo por naturaleza. Cánceres, infartos y suicidios eran las palabras que no debían decirse cerca de ellos, porque en las últimas décadas no había habido muertes naturales entre sus integrantes.

También estaba la creencia de que todo hombre Martinillo o que se casara con una Martinilla, estaba condenado a dejar viuda a la esposa.

Y aunque no lo supiera, Carmen estaba enterrando a toda su familia...

El número de nietos y bisnietos crecía considerablemente con los años. Cuando su hija pequeña se casó, Carmen vendió la casa que su Bartolo había construido con sus propias manos y se fue a vivir a un piso en Alcantarilla. Pero su soledad no duró mucho, porque su hija fue a vivir con ella, trayendo consigo a una pequeña llamada M^a Dolores. Con aquellas bellas muchachas y con su yerno empezaba una nueva vida.

Se jubiló y empezó a explorar el mundo junto a sus compañeros del IMSERSO, pero pronto comenzaron los despistes de la edad, o eso se creía. Llegaron más nietos a la casa: Sara y Francisco. Era una nueva etapa de felicidad potenciada por sus anteriores desgracias. Pero...

Ya no se acordaba de más. Se asustó durante un segundo y miró hacia el rincón. Allí estaban los ojos verdes que tanto le gustaban. Y siguió mirando a la figura nítida que también la observaba inquieta.

La miré. Miré la figura frágil de mi abuela, pero yo la recordaba como antes. Desde mi posición en el sillón del fondo del comedor, intentaba visualizarla antes de que todo pasara. Porque si ella no se acordaba, yo sí... Tengo bastante memoria. Me parezco mucho en eso a mi abuelo Bartolo. En eso y en los ojos...

Tenía Alzheimer. Empezaba a ponerse agresiva y eso asustaba a sus nietos, en especial a Loles y a la pequeña M^a Dolores. Y volvió a empezar la ola de desgracias. Aunque ella no se haya dado cuenta, en estos ocho años han muerto dos de sus hijos, un nieto y sus hermanas. Todo lo que ella entendía por familia se ha ido desvaneciendo poco a poco. La familia entera está desvaneciéndose.

A medida que van pasando los días, comienzas a ver las cosas de otra manera, pues convivir ocho años con esta enfermedad resulta agotador. Lo peor es que ella ni se inmuta. La entereza con la que su hija pequeña y la familia de ésta –sus hijos y marido– afrontaron esa situación hizo que cambiaran muchas cosas en la vida de Carmen.

Si ella no se entera, los que la rodeamos sí, porque la queremos y sufrimos por ella. Porque vive en un sinvivir, en un mundo de recuerdos lejanos y no puede disfrutar de lo que le rodea ahora. Y, sin embargo, sé que se acuerda de nosotros y que, desde el corazón, nos habla y nos dice cómo se encuentra, aunque no hagamos nada por escucharla.

Ahora vive feliz, o eso parece, con su hija, sus cuatro nietos, su yerno y el perro que a cada minuto la acompañan y cuidan. Y ahora, con 86 años, podría afirmar que su vida no ha sido un camino de rosas ni de facilidades. Lo haría si pudiera.

Ahí está, con sus dos fechas de nacimiento, la legal y la verdadera; con sus manos y facciones arrugadas y marcadas; con sus palabras sin sentido dichas espontáneamente en el silencio; con sus alucinaciones y delirios diarios; con su malhumor y todo lo que le rodea... Ahora es cuando Carmen comienza una nueva etapa de su vida, sin olvidar el pasado pero sí el presente y esperando el futuro para olvidarlo también pronto...

Entonces Carmen la miró y pronunció el nombre que llevaba toda la tarde en su cabeza: mi M^a Dolores...

Dejé de mirarla y, casi llorando, cerré mi libro de notas. Esperaba que me dijera algo, aunque me llamara con otro nombre, como siempre hacía, pero en ese instante me llamó por el mío. Corrí hacia ella y le di un beso en la mejilla. Creo que se dio cuenta de que era yo, pero sólo mostró una sonrisa fugaz y volvió a hablar consigo misma, como hacía siempre.

Daba igual. Feliz, llegué a mi habitación, donde el ordenador se mostraba impaciente porque yo escribiera la biografía de mi abuela.

Tomé una decisión drástica esa misma tarde, mientras escribía: si mi abuela no se acordaba ni de ella ni de mí, yo se lo recordaría cada día, aunque muriera antes que ella...

Y comencé a relatar su historia, que se respiraba todavía en el ambiente de la casa.

Porque esta historia es por ella y para ella... ■

Un amor de ultramarinos

Sara Molina Laveda

1º Bach.



Sara Molina Laveda | 1º de Bachillerato

Un amor de ultramarinos

Recordar toda mi vida..., difícil tarea si tengo en cuenta las primaveras que ya cuento, en concreto setenta y nueve. Pero hay recuerdos que no se olvidan, por muchos años que intenten enterrarlos...

Ni yo tengo claro qué día nací, no por memoria, sino por las varias versiones ya que, por una parte, mis tías y mi madre afirmaban que mi vida empezó el día 10 de octubre y mi identidad que el día trece. En ambos casos el año 1929. No tiene mayor importancia, porque esto no cambiará mi historia...

–¡Mamá, mamá! –gritaba con entusiasmo una mañana de mayo, cuando la primavera se acercaba, el sol salía y el mundo parecía estar vivo–. ¿Podemos ir a la plaza a pasear María y yo? preguntaba ingenuamente, ya que había olvidado mis labores en casa.

–Carmen, no saldréis hasta que hayáis hecho todas vuestras obligaciones– contestó mi madre.

Mi hermana y yo, como cada día, ayudamos a mi madre en las tareas de casa. Pero ésta no es una casa normal, es especial; nuevos inquilinos nos visitan cada día, personas con su propia historia, gentes de distintos lugares, siempre diferentes. Lo equivalente a un hotel actual. Pensar en eso me fascinaba. Hicimos nuestro deber y mi madre nos dio su permiso para ir a la plaza, donde estaríamos sentadas en el banco que hay junto al quiosco y donde nos encontraríamos con Juana y Pepita.

Juana soñaba con ser mayor, poder salir del pueblo, ver mundo y compararlo con lo que ella conocía; pero yo no pensaba así. A mí me gusta donde vivo, todos nos conocemos, cuando hablamos de alguien lo identificamos como "el hijo de", "la prima de"... Todos somos una gran familia.

Habíamos dado una vuelta las cuatro amigas, cuando se nos acercaron Pedro y Juan, a los que gritamos que se fueran y nos dejaran solas. Yo ya tenía la vista puesta en un muchacho, en Alfredo, el primo de Pepita. Pero por aquel entonces no eran tan fáciles las historias amorosas y estaba mal visto que una muchacha se acercara a un muchacho. Él se tenía que fijar en mí;



si no, yo no podía ni acercarme. Charlamos un rato. María y yo volvíamos a casa. Ayudamos a hacer la comida y seguimos con nuestras historias. Lo normal en unas niñas de dieciséis años. Pasaban las horas como avanza el río. Todo sucedía rápidamente. Sin darme cuenta, ya tenía dieciocho años. Era casi una mujer.

Mi tío Benedicto era de los familiares más estrechamente ligados a nuestra familia. Era como un segundo padre para mí. Insistió en pagarme los estudios, y de hecho lo intentó, aunque no con muy buen final. A mí me gustaba estudiar y me consideraba afortunada por poder hacerlo. Me gustaba la geografía y la ortografía, pero mi mayor pasión eran los números.

Asistí al colegio de monjas de La Milagrosa durante dos escasos meses, ya que mi tío desistió de la promesa de financiarme la carrera. No obstante, me dio la oportunidad de trabajar en su tienda, donde conocí a mucha gente, porque era una de las pocas tiendas del pueblo. La llamaban tienda de ultramarinos, pero yo no considero que la lejía sea un ultramarino. Ahí se encontraba todo lo "encontrable", era una tienda con confianza, con clientes fijos, con los clientes de toda la vida. De hecho, en esta tienda fue cuando empecé a conocer de alguna manera a Alfredo, el muchacho que desde la primera mirada me conquistó, por el que yo vivía, cosa que yo guardaba en secreto. Era uno de nuestros clientes fijos. Todos los días venía a comprar dos barras de pan. Yo le cobraba. Él nunca se fijaba en mí.

Pasaron dos años y dejé de trabajar en la tienda del tío Benedicto, para dedicarme por completo a mi casa y a la de los huéspedes, que así me gustaba llamarla. Llegaba el verano y con él las fiestas del pueblo, en las que las amigas íbamos a la verbena a bailar. Juana, que decía que nunca se iba a enamorar y que soñaba con vivir sola, sin lugar fijo y sin tiempo, sin problemas ni remordimientos, se enamoró esa primera noche de fiestas. Un ciezano la cortejó y, después de unos días, ya no era la misma.

No entendí nunca por qué nuestra relación se debilitó, pero yo fui feliz pensando que ella también lo era, y que estaría con Pedro, el muchacho del que estaba totalmente enamorada. Mi amiga Pepita insistía en que me acercara a Alfredo, su primo, y me contaba cosas acerca de él. Pero a mí me daba vergüenza; una muchacha no podía hacer eso. No estaba bien. Ella quería que me acercara a él, pero no tenía ni idea de que yo ya me había fijado en otro que era mi amor secreto.

Una mañana de agosto fuimos a la orilla del río María, Pepita y yo, y allí se encontraba Alfredo, tan bien como siempre. Me decepcioné cuando, ese día, el mejor amigo de mi amado se me declaró hasta tal punto que, arrodillado, me pidió que lo quisiera, pero yo no podía aceptar, mi corazón ya estaba ocupado. A Alfredo pareció no importarle que su amigo se me declarara. Siempre con esa actitud indiferente. Pensé que él y yo nunca podríamos estar juntos y decidí olvidarlo. Mis amigas se dieron cuenta de que mi humor y mi alegría habían decaído, que yo no era la de antes, que algo había cambiado. Fue cuando decidí contarles lo que mi alma sentía. Decidieron animarme, sacarme a pasear, al cine y, más tarde, a bailar. Parecía que todo mejoraba.

Pasé el invierno felizmente con mis amigas, con mi familia, ayudando en la casa de huéspedes, pasándome alguna vez por la tienda del tío Benedicto, hasta que el año 1950 llegaba a su fin. Mis amigas y yo salimos, no muy lejos y tampoco muy tarde, a celebrar la entrada de un nuevo año, pero la sorpresa más grande e inesperada sería para mí...

Pepita ya sabía algo, me dijo que la esperara en el banco de la iglesia, porque hacía frío y quería coger una chaqueta. Esperé duramente unos diez minutos, hasta que mi preocupación me hizo ir a buscarla a su casa. Pero aquella noche yo no llegaría a ella. Alfredo vino corriendo detrás de mí, intentando que no me fuera, excusándose con que mi amiga sólo había ido a por una chaqueta. Yo estaba extrañada y no pensaba que esto iba a suce-

der, pero nos sentamos en el banco y él se declaró. Dijo que se había fijado en mí desde hacía mucho tiempo, años, y que nunca había tenido el valor suficiente para confesarlo. Él se ofrecía voluntario en su casa para comprar el pan y así poder verme, él era quien decía a sus amigos que fueran al río para encontrarse conmigo, iba a la verbena para poder mirarme. Yo estaba sorprendida, estaba flotando...

Se lo conté a mis amigas a la mañana siguiente y a éstas les pareció bien, así que estuve hablando con Alfredo, conociéndonos hasta marzo cuando, definitivamente, empezamos a salir juntos; también entonces, por fin, me besó por primera vez, dándome aquel beso que yo había soñado tantas noches. Era el hombre de mi vida, lo supe desde el primer momento en que lo vi. Nos casamos el día 3 de mayo, a mis veinticinco años, en un maravilloso día. Yo lucía mi vestido negro de boda, que había confeccionado y cosido mi hermana María; tenía una mantilla de tres puntas y un escote de pico. Sólo la gente adinerada del momento se atrevía a vestir de blanco el día de su boda. A las siete de la mañana, Alfredo vino a recogerme a casa de mis padres. Recuerdo lo primero que dijo, que no se caracterizó por su romanticismo precisamente. Él nunca había sido muy romántico, pero sí fue el mejor marido.

—¿Todavía no te has peinado?— Fue lo primero que pasó por la cabeza de Alfredo y lo primero que salió de su boca. Preferí tomármelo a broma. Me reí y nos fuimos hacia la iglesia. Ya éramos marido y mujer, esposo y esposa, para siempre estaríamos juntos. Seguimos nuestro viaje hacia la felicidad con otro viaje hacia Alicante, donde Alfredo, hombre de negocios ante todo, decidió que hiciéramos una parada para visitar a un socio de una tienda de alfombras. No me importó. Yo estaba junto a él. Cuando volvimos a Blanca todo me parecía diferente. Todo lo veía desde un punto de vista que no era el de antes. Pronto nació mi primera hija, Lola; más tarde la segunda, María Cruz; después Alfredo y, por último, Antonio.

Dicen que el tiempo pasa rápido cuando eres feliz y estás a gusto con tu vida y tu situación. Yo lo puedo corroborar ya que, para mí, estos años fueron fugaces. Siguieron pasando los años y ya, además de madre, fui abuela. Puedo decir que estoy conforme con mi vida, con mis recuerdos, con todo. Si aquella Nochevieja Alfredo no hubiera dado el primer paso, no sé qué hubiera pasado y dónde estaría yo hoy en día.

Finalmente, puedo decir que mi cuento de hadas tuvo un principio, pero yo creo y espero que nunca tenga un final... ■

En aquel entonces...

Virginia Puche Noguera

1º Bach.



Virginia Puche Noguera | 1º de Bachillerato

En aquel entonces...

Llegaba la primavera del año 1928 con el mes de abril, justamente el día 13, en el que mi bisabuela, María Ortigas García, siendo ya madre de una niña llamada Anita, que sólo tenía veinticuatro meses, dio a luz en Alcantarilla, municipio perteneciente a Murcia, a Antonio Noguera Ortigas, mi abuelo. Dos años más tarde, la familia Noguera aumentaría el número de componentes en uno más, porque les nació una nueva hermana a mi abuelo y a su hermana Anita; la niña se llamó María.

Por aquel entonces las condiciones de vida para esta familia no eran muy satisfactorias, al igual que para cualquier otra familia humilde de la época, ya que en aquellos tiempos el trabajo no abundaba, lo que motivaba que cada día se hiciese más cuesta arriba poder mantener a una familia, sobre todo cuando ésta era numerosa.

Pasó el tiempo y, con la llegada del año 1936, mi abuelo Antonio, junto con los suyos, tuvieron que marchar en busca de trabajo a Librilla, un pequeño municipio de Murcia en el que mi bisabuelo Antonio, padre de mi abuelo, había encontrado un empleo como carpintero. Pero lo que esta familia no podía imaginar era la llegada de un hecho triste que marcaría sus vidas: la Guerra Civil.

Este triste evento inesperado, como ya he dicho anteriormente, condicionó las vidas de todos, pero sobre todo las de mi abuelo y mi bisabuelo porque, por un lado, mi bisabuelo Antonio tuvo que marchar a la guerra, concreta-

mente al frente de Madrid y, por otro, mi abuelo fue desde aquel momento, con tan sólo ocho años, el encargado de sacar adelante al grupo familiar.

Desde la partida de mi bisabuelo a la guerra, mi abuelo tuvo que comenzar a trabajar para poder mantener a su madre y hermanas. Su primer trabajo con esta edad fue como hilador en una fábrica de hacer esparteñas; su faena consistía en coser diariamente unos doce pares de esparteñas para conseguir 15 pesetas de salario. Cada día era más difícil poder llevar una vida sin muchas dificultades, porque el tiempo histórico en el que nos encontrábamos no lo permitía y, además, a todo esto había que añadir el sinvivir de todos por saber cuál sería el estado de mi bisabuelo en la guerra. Pasaron los años y esto traería consigo el que mi bisabuelo, en el frente de Madrid, se convirtiese en la persona de más edad que estaba participando en la guerra; al mismo tiempo, mi abuelo fue ascendido a encargado de la fábrica.



El año 1939 trajo un gran alivio para todos los Noguera y fue el regreso de mi bisabuelo de la guerra, coincidiendo con su final. Toda la vida de la familia fue transcurriendo con normalidad hasta la llegada del trágico año 1941, en el cual ocurrieron dos sucesos que marcarían el destino de todos: por un lado mi abuelo, debido al cierre de la fábrica en la que llevaba trabajando ya cinco años, se vio sin fuente de ingresos durante una temporada, lo que resultó muy algo negativo para la familia, ya que supuso una fuerte disminución de los ingresos. Por otro lado, en el mes de febrero de este mismo año se produjo la muerte por causas desconocidas de Anita, la hermana mayor de mi abuelo. Por todo ello, la familia se vio hundida y sin saber qué hacer. Con el paso del tiempo se fueron recuperando del gran hueco que había dejado en sus vidas la muerte de Anita y, además, mi abuelo Antonio encontró trabajo como pastor, lo que supuso una mejora económica para los Noguera.

En las fiestas de Librilla, durante la Semana Santa, mientras que mi abuelo veía con sus amigos las procesiones, conoció a una joven de Alcantarilla llamada Ana María, con la cual comenzaría a salir pocas semanas después de su primer encuentro. Todas las tardes Antonio bajaba en bicicleta de Librilla a Alcantarilla para visitar a su novia, pero una de las veces en que iba para Alcantarilla y no tenía la bicicleta en condiciones para utilizarla tuvo que bajar a pie; su sorpresa fue grande cuando, al ir andando por la carretera, un camión pasó por su lado a muy poca velocidad y decidió montarse detrás junto a la mercancía que portaba; cuando el camión llegó a Alcantarilla, mi abuelo saltó de él y puso rumbo hacia la casa de la que luego sería mi abuela. Cuando mi abuela lo vio llegar comenzó a reír y mi abuelo le preguntó de que se reía, a lo que ella contestó que era porque iba todo pintado de color amarillo; mi abuelo no se lo podía creer, pero recapacitó sobre por dónde había pasado para acabar de ese color y recordó que el camión en el que se había montado llevaba una carga de azafrán.

Antonio y Ana María continuaron de novios hasta la llegada del año 1953, en el que se produjo su enlace matrimonial y tras el que se trasladaron a vivir a Alcantarilla. En 1954 se dio el nacimiento de su primer hijo, mi tío Antonio; también por aquel año el trabajo comenzó a escasear en España, lo que supuso un gran aumento de la emigración de los españoles a otros países como Francia y Alemania en busca de trabajo para ganar un jornal. Esta crisis también perjudicó a mi abuelo que perdió su empleo en la fábrica de la pólvora de Alcantarilla. Hubo una inesperada reducción de personal que motivó su despido. Pasado un tiempo, Antonio y sus antiguos compañeros de trabajo, cansados de ir de oficio en oficio sin obtener resultado alguno, tuvieron que tomar una decisión radical y emigraron a Francia, donde les habían propuesto contratarlos en una empresa denominada L'Avenir.

En marzo de 1958 partió mi abuelo desde la estación de trenes de Murcia hacia Francia, con la expectativa de haber encontrado un trabajo estable con el que poder mantener a su familia. Lo que más duro resultó fue dejar a sus familiares y marchar lejos de su tierra por un largo periodo de tiempo; en cada momento del viaje mi abuelo recordaba momentos de su vida que nunca podría olvidar aunque estuviese lejos de los suyos. Resultó ser un viaje muy duro, pero pronto todo cambió porque la mañana del 23 de abril, mientras el sol lucía con todo su esplendor, Antonio y sus amigos alcanzaron la tierra prometida.

Al llegar a Lyon (Francia) se les presentó el primer problema: la empresa les proporcionaba las viviendas, pero la sorpresa fue mayúscula cuando les dijeron que dichas viviendas corrían por su cuenta. Todo se solucionó cuando, al cabo de pocos días, alquilaron una casa en la ciudad misma y pudieron comenzar así su nuevo trabajo como albañiles. Cada día que pasaba se les planteaban nuevas complicaciones y a todo esto se añadía además la dificultad del idioma. Así pasó un año y, aunque lentamente, todo comenzaba a funcionar; mi abuelo ya se había comprado una casa

en Francia para poder vivir solo y así reunir el dinero suficiente para traer consigo a su familia; a todo esto se sumaba que fue ascendido al puesto de encargado y, más importante todavía, que llegaba el periodo de vacaciones en el que mi abuelo iba a tener la oportunidad de ver a los suyos, a los que no había visto desde hacía más de un año.

El 15 de agosto de 1959, mi abuelo Antonio Noguera llegaba a su tierra para poder encontrarse con su familia y darle una gran noticia: ¡había conseguido reunir el dinero necesario para llevarlos a todos a Francia! Este acontecimiento fue acogido con gran expectación y entusiasmo por todos sus familiares; hacía apenas poco más de un año que no se veían, pero parecía que había transcurrido un siglo. Antonio se había pasado noches enteras en vela pensando en ese día en el que lograría volver a encontrarse con los suyos. Pasado el periodo de vacaciones en España mi abuelo, mi abuela Ana María Pérez y su hijo viajaron juntos a Francia. Al llegar allí todo fue nuevo para mi tío y mi abuela: los horarios, las costumbres, el idioma y el modo de vida. Con el tiempo empezaron a conocer gente y a salir con amigos franceses, por lo que pronto se habituaron al estilo de vida del país vecino.

En noviembre de 1959 mi abuela tuvo su segundo hijo, Diego Noguera. Este niño llegó en un periodo de alegría para la familia, ya que la economía comenzaba a ser buena en la casa gracias al gran esfuerzo realizado por mi abuelo. A finales de ese mismo mes, el hijo pequeño de mis abuelos, Antonio Noguera, comenzó a ir al colegio. Fue algo completamente nuevo para él encontrarse con niños de su misma edad que hablaban, según él contaba, "de una manera muy extraña". Cada día los Noguera contactaban por teléfono y a veces por correo con su familia de España, pero lo más preocupante fue la llegada de una carta procedente de España en la que les decían que el padre de mi abuela Ana María, que trabajaba de acomodador en el cine Iniesta de Alcantarilla, había perdido su trabajo. Mis abuelos, de inmediato, contactaron por teléfono con su familia de España y, por suerte,

todo quedó en un pequeño susto. De haber sido cierto, hubiese sido motivo de gran preocupación, pues el padre de mi abuela tenía a su cargo una familia de cinco miembros.

En junio de 1961 nació el tercero de los hijos de mi abuela, José Noguera; en esas fechas mis abuelos estaban a punto de marchar a España con motivo de las vacaciones. Al mes siguiente mis abuelos y tíos pusieron rumbo a España con motivo del periodo vacacional que le habían concedido a Antonio Noguera. Al llegar a la patria ocurrió un hecho muy triste para ellos, pues la abuela de mi abuela Ana María, es decir mi tatarabuela Antonia Pastor, había fallecido. Después de la temporada de descanso regresaron al otro lado de los Pirineos con mal sabor de boca por no haber podido estar con la familia en esos momentos tan difíciles, por encontrarse tan lejos de Murcia.

Con la llegada a Francia comienzan de nuevo los problemas, pues la empresa quiere empezar a reducir plantilla y eso incluye también a los encargados. A la mañana siguiente de haberse enterado de la noticia, se convocó a todos los trabajadores para comunicarles las personas que serían despedidas y explicar los motivos de todo. Lamentablemente, mi abuelo estaba entre esos elegidos y lo peor no era eso, sino que él tenía que seguir alimentando a su familia. Pocas semanas después mi abuelo recibió una carta procedente de la empresa L'Avenir, comunicándole que todo había sido un error, que él no se encontraba entre los despedidos y que, para compensar los daños causados, se le adjuntaba una cierta cantidad de dinero.

A la mañana siguiente todo siguió con normalidad, mi abuelo tenía trabajo, mi abuela llevaba a sus hijos al colegio, etc. Se acercaba el periodo de Navidad y mis tíos estaban muy ilusionados por una noticia que le habían dado a mi abuelo en el trabajo: la empresa iba a dar regalos a todos los niños de los trabajadores en una cena de Navidad. Y así fue, pues la noche del 25 de diciembre, en una gran fiesta organizada por la empresa, cada niño hijo de obrero tuvo un regalo muy especial.

El día 1 de enero llegó con gran entusiasmo para todos, ya que se sabía que pronto mis tíos iban a tener un nuevo hermano con el que poder jugar y al que poder cuidar. Esta vez mis abuelos deseaban que su nuevo bebé fuera una niña. Y así fue, porque una buena mañana de julio de 1962 llegó a este mundo el cuarto retoño de mis abuelos y esta vez sería una preciosa niña a la que llamaron María Ana Noguera. Lo triste era que este nacimiento no lo podían celebrar con los familiares que estaban en España, ya que este año mi abuelo no pudo tener las tan esperadas vacaciones. Fue un duro golpe para ellos. Pero a los pocos días del nacimiento de su hija María Ana comenzaron a llegarles noticias esperanzadoras de su país.

Pasaron los años; ya estaban en 1974 y cada día era mayor la nostalgia de la familia Noguera a causa de los familiares que aún quedaban en España. Los niños habían crecido y lo único que deseaban era volver a ver a la que era su familia verdadera. A mis abuelos sólo les preocupaba una cosa: ¿cuándo llegaría el día en que podrían regresar a España de nuevo? Ésta era la pregunta que día tras día se hacían, porque mi abuelo Antonio llevaba sin vacaciones desde aquel entonces, ya que estaban pasando una época de mucha demanda constructora en Lyon.

A los pocos meses, de nuevo se volvió a repetir la historia; mi abuela se quedó otra vez en estado de buena esperanza y éste fue su quinto hijo. Al día siguiente de enterarse de la buena noticia, mis abuelos pasaron la noche en vela pensando en cómo harían para volver a España y quedarse allí para siempre. Al final tuvieron que tomar una decisión drástica, volver a su tierra y buscar trabajo allí para establecerse como en los viejos tiempos. A la semana siguiente recibieron una carta de la hermana de mi abuela, Antonia, contándoles que su marido había conseguido trabajo para mi abuelo Antonio, con la única condición de que tenía que empezar en una semana. Todo fue muy rápido pues, en cinco días, el país que había acogido a mi abuelo durante mucho tiempo quedaba atrás con todos los buenos y los malos

recuerdos; regresaban a España para poder estar de nuevo con los suyos y, debido a ello, el que sería el nuevo hijo de mis abuelos nació en suelo patrio.

El 6 de mayo de 1974 fue el día más alegre en las vidas de los componentes de la familia Noguera; todo se había cumplido, habían vuelto a España y habían recuperado a la familia, con la que sólo habían mantenido relación por teléfono o por carta. En cuanto al trabajo de mi abuelo Antonio no existió ningún problema, ya que pocos días después del regreso se incorporó como agricultor en el campo de Librilla para plantar patatas y otras variedades de hortalizas. Pero la mejor noticia llegó el 20 de diciembre de 1974 con el nacimiento de Juan Pedro, el que sería quinto y último hijo de mis abuelos.

Durante los años siguientes se dieron muchos cambios; mi abuelo dejó el empleo de agricultor para montar unos criaderos de pollos en el mismo campo de Librilla. Poco a poco los fue sacando adelante con su trabajo y su esfuerzo diario, hasta que mis tíos tuvieron unos años más y pudieron incorporarse todos al negocio familiar aportando su ayuda. Por otra parte, todos los hijos de mi abuelo comenzaron a casarse con sus respectivas parejas; Antonio se casó con Paqui en 1981; después Diego se comprometió con su novia Ginesa; más tarde sería mi madre, María Ana, la que se desposó con mi padre, José; poco después vino el matrimonio de mi tío Rogelio con Josefa y por último Pedro, que lo hizo con María del Carmen.

La familia fue aumentando con la llegada de todos los nietos que tanto mis padres como mis tíos iban proporcionando año tras año a mis abuelos, cosa que era motivo de gran alegría para ellos. En 1985 nació su primer nieto, Antonio David y, con posterioridad, mi abuelo llegó a tener seis nietos más, llamados Natalia, José, Laura, Daniel, Eduardo y yo.

Ya en 1999, mi abuelo se jubiló y dejó el negocio de criador de pollos a todos sus hijos. Hoy en día mis tíos ya no trabajan en aquellos criaderos, sino que cada uno ha ido buscando un oficio diferente al que había desempeñado durante años. Mi abuelo, por su parte, continúa viviendo feliz junto a mi abuela Ana María en su pueblo, Librilla ■

Lucha, trabajo y final feliz

Mayte Maldonado Muñoz

4º ESO



Mayte Maldonado Muñoz | 4º de ESO

Lucha, trabajo y final feliz

1. Una infancia muy movida

Rodrigo Muñoz Pérez, hijo de Rodrigo Muñoz y Dolores Pérez, nació el año 1939, el 23 de julio, justo al término de la Guerra Civil española, con la victoria de Franco que se proclamaba Caudillo de España.

Aquí, en Murcia, la guerra había terminado el 29 de abril del mismo año. Su padre no pudo participar en ella, ya que lo declararon no apto para el servicio por tener una enfermedad que se lo impedía. Al nacer no tenía ningún hermano más, él iba a ser el mayor. Nació en casa de sus padres, que se encontraba en la calle Tropel, número 34, en Alcantarilla.

Su padre era pastor y se dedicaba a guardar el ganado durante todo el día, siempre que hubiera trabajo; si no era así, debía esperar a que alguien le ofreciera alguno. Su madre se dedicaba a sus labores de ama de casa.

Como es lógico, el trabajo –y además intermitente– de una sola persona, su padre, no daba mucho dinero para vivir. La casa que habitaban tenía una sola habitación y un patio. La cocina y el comedor eran todo uno y había una única cama para dormir los tres juntos. No había luz ni agua corriente. La comida la hacían con leña y el agua se calentaba del mismo modo para poder ducharse, cosa que hacían en el patio, incluso en invierno. La comida tampoco era fácil conseguirla; el poco dinero que ganaban no era suficiente y menos mal que el Ayuntamiento regalaba

unos vales con los que podías recoger una ración para comer, aunque tampoco daba para mucho.

Debido al trabajo de su padre y a la falta de dinero, se vieron obligados a mudarse a un pueblo de Lérida. Rodrigo sólo tenía seis meses. Uno de los jefes de su padre, el que le había encontrado ese trabajo, les dejó una casa donde poder vivir allí. Era más grande que la de Alcantarilla y tenía agua corriente. El padre se iba temprano por la mañana a trabajar, yendo al matadero a matar corderos y, además, se dedicaba a pastorear un rebaño, en el que llevaba más de dos mil cabezas, con dos perros como ayuda. Mientras



tanto su madre se quedaba en casa y el niño se iba con dos chicas que vivían cerca de allí. Las muchachas eran mayores que él; una tenía quince años y la otra nueve. La casa de esas chicas era una auténtica mansión comparada con la suya.

Después de tres años decidieron volver a Alcantarilla durante un corto periodo, para que su madre pudiera dar a luz en su casa a su segundo hijo, Pepe, que nació el 12 de febrero de 1942. Después del nacimiento regresaron a Lérida a seguir con su vida normal. Pero un día, estando en la calle, Rodrigo se perdió; todo el mundo lo buscaba y entonces su padre cogió a su perra y le dio a oler un baby de Rodrigo; la perra echó a correr siguiendo el rastro. Al cabo de un rato el pueblo vio aparecer al animal con Rodrigo enganchado por la camiseta; al llegar, todos aplaudieron contentos.

Dos años después, cuando Rodrigo tenía cinco años, sus padres decidieron volver para que fuera al colegio en Alcantarilla. Habían pasado cuatro años y medio en Lérida. Seguían viviendo en la misma casa. El niño fue a varios colegios, todos de paga y mixtos; a don Francisco Egea, a don Claudio y a don José Orenes. Por aquel entonces no había E.G.B.

La primera vez que fue al colegio, el profesor le dijo a su padre que no volvieran a llevarlo hasta que no aprendiera a hablar castellano. Cosa normal, pues el niño había estado conviviendo con dos muchachas catalanas y gente de un pueblo que sólo hablaba catalán y, cuando vino, el castellano no lo dominaba precisamente.

Posteriormente, el día 14 de agosto de 1945 nació su segundo hermano, Paco, también en su misma casa. Cuando Rodrigo tenía siete años le diagnosticaron una enfermedad conocida como albúmina, a consecuencia de la que la sangre se vuelve agua. En ese tiempo este mal se contraía por comer gran cantidad de limones, al no haber otra cosa. Era una enfermedad que afectaba principalmente al riñón y el médico le aconsejó que comiera cosas sin sal, como acelgas cocidas y otras cosas por el estilo.

Cuando Rodrigo tenía siete años recibió su primera comunión, después de cuatro o seis meses de catequesis. Fue vestido con un pantalón corto azul marino y una camisa blanca de seda. Ese mismo año lo sacaron de la escuela para que fuera a guardar ganado igual que su padre y así aportar dinero a la familia. Por este motivo iba al colegio por las noches. Era un trabajo y una forma de vida muy cansada para un niño, tanto que un día se quedó durmiendo y el ganado se volvió solo al establo.

No tenía tiempo ni para jugar. Las fiestas tampoco eran grandes celebraciones; no podían hacerlas, ya que no había ni siquiera comida que llevarse a la boca; la fiesta se tenía cada vez que conseguías algo bueno para tener que comer. Normalmente, todas las comidas se basaban en arroz, patatas cocidas, hervidos y cosas así. Las únicas fiestas que podían disfrutar un poco eran las de Semana Santa, ya que salían unos pocos pasos y pasaban justo por delante de su calle, cosa que aún siguen haciendo.

Se solían juntar con su familia cuando podían. Rodrigo no llegó a conocer a dos de sus abuelos y los otros murieron cuando tenía uno y tres años respectivamente. Al cumplir nueve años se mudaron al campo, enfrente de aviación y después, ya con diez, empezó a trabajar en la fábrica de Galindo, aunque anteriormente ya había estado trabajando en otra, haciendo envases para las frutas y verduras. La industria del pueblo se basaba toda en eso: fábricas de conservas y fábricas de madera y esparto.

Los horarios de trabajo se hacían por turnos de mañana y de noche, de siete de la mañana a siete de la tarde y de siete de la tarde a siete de la mañana de nuevo. Tenían entre medias una hora para comer. Algunas veces descansaban los domingos, aunque otras debían trabajar incluso en festivo. Sus hermanos también empezaron a trabajar desde muy jóvenes, aunque la edad legal para poder hacerlo era los dieciséis años, como ayudantes. Los tres hermanos se llevaban bien y no tenían que castigarlos, aunque tampoco había tiempo para hacerlo.

2. Una juventud con trabajo y amor

Durante su juventud, Rodrigo pudo librarse de la mili por tener los pies planos; entonces te pagaban por hacerla 50 céntimos al día, lo que no era mucho. Al empezar a trabajar ganaba sólo 3 pesetas diarias. Después, en la fábrica, empezó ganando 65 pesetas y después 125 trabajando a destajo; cuanto más hacías, más te pagaban. Cumplidos los veinte años, el día 23 de abril tuvo que sufrir una operación de hernia, mal que arrastraba desde los seis días después nacer. Tuvo que dejar de trabajar y su padre debió afrontar los gastos él solo.

Por esa misma época empezó a salir con la que luego fue su mujer, Teresa Guirao Guirao. Los dos vivían en el mismo barrio, el barrio de Vistabella. Se veían desde que tenían 14 y 8 años, pero no tenían ninguna amistad. Ella estaba trabajando en una fábrica de conservas, la de Cobarro y, cuando no trabajaba, cosía. A los padres de Teresa les parecía que el chico era demasiado mayor y, en cuanto a los padres de él, simplemente no decían nada.

Estuvieron de novios 6 años, aunque con un periodo de seis meses de tiempo muerto por una discusión. Durante el noviazgo, él le hacía pequeños regalos con lo que podía, un paraguas, una mantelería, medias y cosillas así. Después de esos seis años de noviazgo se casaron. Rodrigo tuvo que trabajar mañana y tarde, de un sitio a otro, para poder pagar la boda.

Al llegar el día de la boda, el 1 de septiembre, todo el mundo, como es normal, se arregló; la novia se vistió, se peinó y se maquilló para la ocasión y, mientras tanto, la modista tuvo que salir a la calle a decirle a Rodrigo que se metiera a vestirse y dejara de jugar al fútbol, porque la novia ya estaba arreglada. La boda fue a las siete de la tarde, en la iglesia de Campoamor. Después se fueron a celebrar el convite a un bajo y, al terminar la celebración, no se les ocurrió otra cosa a los recién casados que cambiarse de ropa y ponerse a saltar a la comba en mitad de la calle.

Como todos los recién casados, se fueron de viaje de novios. El periplo duró 22 días. Fueron a Barcelona, Lérida y Madrid. El viaje hasta Barcelona lo hicieron en tren y duró 19 horas. En Barcelona se quedaron once días en casa de unos tíos de Teresa. En Lérida fueron huéspedes de una tía de Rodrigo, su tía Antonia, durante tres días. Por último, en Madrid estuvieron ocho días en casa de su tío Francisco.

Al volver del viaje de novios se fueron a vivir a casa de los padres de Rodrigo; bueno, en realidad, vivían más bien aquí y allá. Durante el día comían y cenaban en casa de los padres de Teresa, Bartolo y María y, por la noche, dormían en casa de los padres de Rodrigo. Los suegros de Rodrigo les ayudaron mucho, ya que vivían en su casa sin pagar luz ni agua. Pocos meses después Rodrigo empezó a construir su casa, el 16 de febrero de 1966, de la que ya nunca se mudaron. Le ayudaron su hermano Paco y su padre, en la medida que podían los dos. La casa tardó en hacerse ocho meses, trabajando tan sólo los fines de semana y los festivos.

3. Llegan los hijos y una nueva vida

Ese mismo año, en 1966, el día 27 de mayo, nació el primer hijo de Rodrigo y Teresa; le pusieron Rodrigo como su padre y su abuelo. Al nacer el niño, Teresa dejó de trabajar en la fábrica de conserva. Rodrigo, por su parte, seguía trabajando en la fábrica de Galindo, en la que siguió hasta los 28 años, cuando lo despidieron debido a una reducción de plantilla.

Por fin terminaron la casa y se mudaron a ella, pero su hijo Rodrigo siguió viviendo con sus abuelos maternos, ya que no quería irse a la casa nueva. Un año después, en 1967, Rodrigo empezó a estudiar en la Escuela de San Jerónimo para ser electricista. Iba por la mañana a trabajar y por la tarde a estudiar. Después de ocho meses salió con el título de electricista. Se puso a trabajar en este oficio, y en él estuvo trece años y medio trabajando en la fábrica de Anjora.

Cuando su hijo tenía 3 años, Rodrigo tuvo un accidente de moto, al chocar de frente con otra cuando venía de trabajar; era una moto de 49 c.c. Estuvo ingresado en el hospital 8 ó 10 días y le dieron unos cuantos puntos alrededor del ojo. Dos años después, en 1970, el 3 de octubre, nace su segunda hija, Dolores, nombre que le pusieron por su abuela paterna. Fue muy emocionante para su padre, ya que él no tenía ninguna hermana. Nació ya en la nueva casa que su padre había construido. Él seguía trabajando como electricista. Además, al nacer su hija, Rodrigo realizó un curso de socorrismo y, un día, estando en la playa con su familia, sacó del agua a un hombre que se estaba ahogando y lo salvó.

Dos años después compró su primer coche; era el año 1972. Teresa estaba embarazada de su tercer hijo y los otros dos tenían cinco y un año, respectivamente. El coche era de segunda mano, un Seat 850 rojo. Gracias a él ya podían ir más a menudo de viaje; iban a Barcelona, Madrid y los fines de semana se acercaban al Valle de la Fuensanta, a Calasparra, a la Santa de Totana y en verano a la playa. Por esas fechas, en agosto, nació su tercer hijo, Bartolomé, nombre que le pusieron por su abuelo materno. Rodrigo le regaló a su mujer, por el nacimiento de su hijo, una pulsera de oro.

4. Los niños se hacen grandes

Pasaron tres años y, en 1973, hizo la comunión el hijo mayor del matrimonio, Rodrigo. Iba vestido con un pantalón blanco y una chaqueta azul marino con unos zapatos blancos. Después de la comunión, la celebración fue en el patio de la casa de sus abuelos maternos, donde había vivido toda su vida. Ya estando en 1975, ocurre un hecho que marcará un antes y un después en la historia de España: Franco murió el 20 de noviembre. Este hecho no cambió mucho la vida de las familias de Alcantarilla, o al menos la de Rodrigo porque, como dice él, el trabajador trabaja igual mande quien mande.

Pasados dos años comulga su segunda hija, Loli, en 1977, en la iglesia de Campoamor. Llevaba un vestido beige y la celebración se hizo en el bajo de unos amigos. Posteriormente, en 1978, hace la comunión su hijo pequeño, Bartolo. Comulgó en la misma iglesia en que lo habían hecho sus hermanos y se habían casado sus padres. Pero un año después, en 1979, la familia se llevó un gran golpe. El 25 de septiembre murió el abuelo Rodrigo con 73 años, a causa de un cáncer de laringe.

En 1980, Rodrigo seguía trabajando de electricista; de vez en cuando, cuando le salía alguna chapucilla en una casa, sus hijos se iban con él y le ayudaban. Rodrigo les daba una paga de 20 duros que, aunque parezca poco, daba para mucho. Se podían comprar una entrada para el cine, unas palomitas e incluso un pastel de carne.

La familia pasó dos años tranquilos, hasta que, en 1982, Rodrigo tuvo que irse a Mazarrón como pescador, ya que cerraron la empresa de Anjora donde había estado trabajando hasta entonces. Vivía de lunes a viernes en el barco, en el que dormía, comía y pasaba toda la jornada. Dentro de sus funciones en el mar estaba el pescar, cómo no, pero además hacía de timonel y, otra cosa muy importante para toda la gente del barco, de cocinero. Al volver a tierra vendían lo que habían sacado y, según fuera más o menos, así les pagaban.

Un día se enteraron de un accidente que hubo, en el que se ahogó un hombre conocido suyo porque el mar, como cualquier otro oficio, también tiene sus peligros. Siempre estaba fuera; incluso llegó a estar todo un mes pescando en Garrucha, mientras su familia seguía en Alcantarilla e iba en autobús a verlo los fines de semana; otras veces era él el que viajaba.

Pero en 1984, para tranquilidad de todos, la abuela Dolores murió con 73 años, el 24 de agosto, a consecuencia de la edad, no por ningún tipo de enfermedad. Años después Rodrigo volvió de Mazarrón y se dedicó a la venta de pescado. Al poco tiempo lo volvieron a llamar para trabajar como

técnico en la empresa de electricidad Brocal. Allí estuvo hasta que tuvo que irse al paro, ya que en esa empresa estaba con contrato temporal.

5. Cada oveja con su pareja

En 1989 la familia se llevó una gran alegría, pues el hijo mayor, Rodrigo, se casó. Un año después lo haría su segunda hija, Loli. Rodrigo, su padre, la llevó orgullosamente hasta el altar. Corriendo el año 1992, Rodrigo se fue a trabajar de conserje a Murcia; por ese entonces tenía ya 53 años y no le apetecía buscar otro empleo como electricista. Tuvo que esperar hasta el año 2000 para que, por fin, se casara su tercer y último hijo.

6. Después de mucho, mucho trabajo, llega la calma

En 2001 detectaron a Rodrigo líquido en la rodilla; se lo extrajeron pero, desde entonces, esa rodilla le ha venido acarreando problemas. Aun así, estuvo trabajando durante mucho tiempo y muy a gusto como conserje hasta que en 2004 se jubiló. Fue una fecha muy importante para él y para toda su familia. Después de toda una vida trabajando y desviviéndose por su familia, por fin podría descansar y disfrutar. Celebraron una gran comida y le regalaron un reloj de bolsillo de oro grabado, como el que tenía su padre, y un teléfono móvil.

Desde entonces él y su mujer no paran, salen por las noches, se van de viaje; en fin, que se lo pasan muy bien. Ahora Rodrigo vive para eso, para disfrutar aunque, aparte de ello, debe seguir trabajando al servicio de todos y cada uno de sus nietos que lo quieren y adoran con locura... ■

Mi abuelo, un gran ejemplo

Juan Cortés Vicente

3º ESO



Juan Cortés Vicente | 3º de ESO

Mi abuelo, un gran ejemplo

Antonio Vicente Muñoz, mi abuelo materno, nació el 22 de junio de 1934, en una casa en pleno centro de la huerta, en la pedanía murciana de La Arboleja. Era hijo de Ángeles y Fernando que tenían otro hijo mayor, que se llamaba también Fernando. Su padre falleció a los pocos meses de nacer mi abuelo.

La infancia de Fernando fue algo difícil, porque coincidió con la guerra civil española y, por aquel entonces, se pasaban muchas calamidades. A pesar de todo eso, desde pequeño fue a un colegio que había cerca de su casa, en medio del Paseo del Malecón. Más tarde fue trasladado a otro colegio, en el barrio de San Antolín, en Murcia.

A los quince años tuvo que dejar los estudios para ponerse a trabajar como aprendiz de sastre, que era el oficio de su madre, para ayudar económicamente a su familia. Volvió a retomar sus estudios, por la noche, en la Plaza de Romea. Era muy buen estudiante, pero su madre no tenía dinero para pagarle una carrera por lo cual, años más tarde, empezó a trabajar en un taller de sastrería.

En 1953, cuando tenía 18 años, conoció a una chica muy "maja" de Beniaján, que se llamaba Josefa y se enamoró perdidamente de ella. Josefa tenía un hermano y una hermana mayores que ella y los tres eran huérfanos de padre de madre. Cuando eran novios, Fernando iba a visitarla en bicicleta, porque en aquellos años no había otra cosa. Pocos meses después

de conocer a Josefa, se marchó a hacer el servicio militar, la "mili", que era obligatorio. Pasó el campamento en Valencia y luego lo trasladaron a Cartagena. Allí hizo muchos amigos y aún conserva muy buenos recuerdos de aquella época.

Su oficio de sastre le sirvió para arreglar los trajes a los altos mandos y beneficiarse de algún que otro permiso extra. Sus regresos a casa eran una auténtica odisea, ya que iba en bicicleta con otros compañeros, de Cartagena a Murcia. Para subir lo que hoy es el Puerto de la Cadena, que antes era una pobre carretera, algunas veces tenían la suerte de que un amigo suyo tenía un camioncillo y en la parte trasera enganchaban las bicicletas para subir la montaña más rápido y, cuando llegaban a lo más alto, se soltaban y bajaban solos.

Cuando mi abuelo llegaba a lo que ahora es el Plano de San Francisco, al lado del Malecón, su perro, que se llamaba Cantinflas, olía su llegada y corría por todo el paseo, un kilómetro y medio de distancia, para recibirle.



Terminada la "mili", se puso a trabajar de nuevo en el taller de sastrería, en el que ganaba menos de doscientas pesetas al mes.

En noviembre de 1957 se casó con su novia Josefa. La boda fue de lo más sencilla, porque no había dinero ni para sacar una foto de aquel feliz día. Como no tenían casa propia se quedaron a vivir con la madre de mi abuelo.

Un año más tarde tuvieron a su primer hijo, que se llamó Antonio y en 1961 nació su hija (mi madre), a la que llamaron M^a Ángeles. Por aquel entonces alquilaron un piso en la Plaza de Romea, donde vivirían y trabajarían en su propio taller de sastrería. Fueron años muy difíciles, porque lo que ganaban no les llegaba para pagar el alquiler y comer. Pasaron muchas penurias y entonces tuvieron que tomar una decisión: o emigrar o pasar hambre.

En el año 1962, le hicieron un contrato de trabajo y se marchó él solo a Pommeroeul (Bélgica), a trabajar en unas minas de carbón. Fue un cambio radical ya que, de tener una aguja en la mano, pasó a tener un pico. En ese contrato iba incluida la vivienda y, cuando mi abuelo empapeló las paredes y compró algunos muebles, mi abuela y sus dos hijos pequeños se reunieron con él.

Fernando iba a trabajar en bicicleta. En invierno, muchas veces con nieve, bajaba en un ascensor a casi mil metros de profundidad en pocos minutos y allí recorría unos túneles, por los que, a veces, tenía que pasar arrodillado. Perdió mucho peso porque el trabajo era duro. Más tarde se quedó un puesto vacante para empujar las vagonetas llenas de carbón y él lo ocupó.

Después hizo un cursillo de electricista, allí mismo, lo que le sirvió para dejar las vagonetas y trabajar de mantenimiento, puesto que también era peligroso porque se tenía que recorrer todas las galerías. Mi abuelo vivió dos derrumbes y salió herido de ambos. En uno se rompió la pierna y en el otro le tuvieron que amputar la mitad del dedo gordo del pie. Los accidentes eran algo muy habitual; en ellos murieron varios de sus amigos.

A pesar de ganar algo más de dinero que en España, la vida en Bélgica también era difícil para ellos. Tuvieron que aprender como pudieron el idioma. Los vecinos eran también extranjeros: había italianos, turcos y griegos. Mi abuelo se llevaba muy bien con todos sus vecinos. Cuando pudo, se compró una moto Honda para no ir más a trabajar en bicicleta.

Para entonces cambiaron de domicilio, quedándose en el mismo pueblo pero en otra zona, donde nacieron sus tres últimos hijos, que se llamarían Fernando, Juan José e Isabel. Con motivo del nacimiento de los dos últimos hijos, y para ayudar a mi abuela, la madre de mi abuelo viajó hasta Bélgica y, unos años más tarde, fue mi abuelo el que viajó a España, dejando a mi abuela y a sus hijos solos en Bélgica, porque su madre murió tras una larga enfermedad.

Después, mi abuelo se sacó el permiso de conducir y se compró un coche, con el que viajaron todos a España de vacaciones. Mi abuelo recuerda esas vacaciones con cariño, ya que se volvió a encontrar con sus amigos, con los que jugaba partidas de dominó y de caliche en el Paseo del Malecón.

Llevaba a sus hijos a la playa de La Puntica, en el Mar Menor, ya que ellos nunca habían visto el mar. Ese mismo plan se repitió durante varios años. Después de esas primeras vacaciones se fueron a vivir a otro pueblo que se llamaba Hensies, en el que residieron durante cinco o seis años.

En 1972, la empresa donde trabajaba cerró proponiendo que el obrero que llevase diez años trabajando y tuviera alguna enfermedad se podía jubilar y, como mi abuelo tenía una otitis y una úlcera duodenal, le concedieron el retiro. Pasaron tres años más, hasta 1975, antes de que decidieran regresar a su tierra. Estuvieron en Bélgica 13 años, desde 1962 hasta 1975. En España vivían en la casa que le dejó su madre al morir y, aunque se vino con una buena jubilación, teniendo cinco hijos en edad escolar se podían hacer pocos milagros. Pasaron los años y sus cinco hijos se casaron.

Todo transcurría felizmente hasta que, en 1993, le diagnosticaron un linfoma y tuvieron que aplicarle radioterapia y quimioterapia. Ya superado ese bache, a consecuencia de la radioterapia tuvieron que ponerle una prótesis en la cadera izquierda. Después de esa operación, siguieron tres más por el mismo problema y otra de prótesis de rodilla.

A pesar de todos esos momentos difíciles, mi abuelo se encuentra bien; puede conducir y le gusta salir a bailar con mi abuela. Tiene nueve nietos; le hubiera gustado poder regresar de vacaciones a Bélgica, pero sus operaciones se lo han impedido, aunque mantiene contacto con amigos que viven allí.

El 4 de noviembre de 2007, celebraron sus Bodas de Oro rodeados de su familia. Aunque esta boda no se celebró por la Iglesia, ¡de ésta sí tienen foto! ■

Una vida en los campos

Juan Domingo González Teruel

3º ESO



Juan Domingo González Teruel | 3º de ESO

Una vida en los campos

Todo comenzó el día 17 de enero de 1938, cuando aún no existía la televisión ni los teléfonos móviles, cuando las calles todavía eran de tierra y resultaba raro ver un vehículo motorizado circulando por ellas, cuando el hambre acechaba sin descuido al pueblo y las enfermedades rondaban sigilosamente por la zona, dejando tras de sí numerosas víctimas, cuando el río aún traía agua. En plena guerra civil y en una humilde casa situada en la calle Concepción de Javalí Nuevo, un pueblo perdido en medio de la provincia de Murcia, nació el protagonista de nuestra historia; su nombre, Juan González Almagro. Tenía los ojos marrones y el pelo negro como el carbón. Era el primer hijo de Juan y Josefa, que vivían tiempos amargos por la situación en la que se encontraba el país.

Tiempos jóvenes

El muchacho pasaba las horas muertas en las eras y en la huerta, jugando con sus amigos a las canicas, a las peonzas y al "capitán", entre otros juegos. El capitán era como el escondite actual, todos se esconden y uno los busca. De vez en cuando también iba al cine, en el que se cobraba por altura.

Juan comenzó a ir a la escuela a los seis años. Su asistencia al colegio era irregular, ya que muchos días tenía que ayudar a su madre en las tareas de la casa. Pero Juan ya sabía que su futuro no dependía de los estudios y, poco tiempo después, comenzó a hacer lo que siempre ha hecho, sigue haciendo y lo único que le ha dado de comer en esta vida: trabajar. Empezó

escardando cebolla y limpiando bancales. Después comenzó a colocarse en las fábricas, donde no le hacían contrato porque era menor de edad y donde le pagaban dos duros. Allí, cuando ya no hacía falta, lo echaban. Estuvo en fábricas de losa y de madera y, cuando lo despidieron, comenzó a dedicarse a las tareas de la huerta cosechando patatas. Después lo contrataron para recoger albaricoques en Mula, donde tenía que llevar un tutor porque era menor de edad. Después de Mula le ofrecieron que se fuese a Zaragoza a seguir cogiendo albaricoques pero, debido a su corta edad, su padre no lo permitió.



Mientras Juan trabajaba y trabajaba duramente para ayudar a su familia, fueron naciendo sus hermanos. Primero llegó Antonio, después José y después Josefa, que murió a los seis años de edad a consecuencia de una pleuresía. Ese fue un duro golpe para su madre que, en un intento desesperado por traer otra niña, tuvo a su cuarto y último hijo, Diego. Juan tenía que alternar el trabajo con el cuidado de sus hermanos, aunque también le quedaba tiempo para jugar con sus amigos.

La adolescencia

A los catorce años, Juan se echó su primera y única novia, Josefa, procedente de una familia pobre cuyo padre era tuerto y tenía un carro y un burro para vender cebollas y cuya madre apenas se podía mover, atacada como estaba por las jaquecas. La conoció mientras paseaba con sus amigos por el pueblo. Decidieron acercarse a un grupo de chicas que andaba por la zona y así surgió todo. Demostraba todo su amor hacia ella dándole todo lo que tenía. Todo el dinero que conseguía se lo daba a ella.

Los padres de Juan se enteraron pronto de la relación porque su padre se tomaba las copas junto al padre de Josefa en la taberna. En un pueblo tan pequeño, las noticias llegan de una punta a otra en cuestión de horas e incluso minutos. La madre de Juan estaba a favor de la relación, sin embargo su padre estaba en contra, porque decía que ella procedía de una familia muy pobre pero, a pesar de la contraposición de su padre, Juan continuó con su noviazgo. Aún recuerda como si fuera ayer aquellas noches en las que tenía que pedir permiso al padre de su novia para entrar en su casa y sentarse al lado de ella, mientras la madre los vigilaba con la mirada para ver lo que hacían.

A los diecisiete años comenzó a trabajar en un horno de pan, en el que le pagaban veintiún duros todas las semanas y le daban un pan cada día. Entraba a trabajar a las diez de la noche y, cuando salía por la mañana, se

iba a Alcantarilla a traer leña o a Murcia a traer harina. Cuando llegaba a su casa a las dos de la tarde, comía y se acostaba hasta el día siguiente, en que tenía que volver a trabajar.

El servicio militar

Tres años más tarde llegó la hora de irse al servicio militar. Marchó el 20 de septiembre de 1958 a la estación militar de San Javier. Los primeros cuatro meses estuvo haciendo bombas de yeso para las prácticas de los aviones. Tras esos cuatro meses lo destinaron a los paracaídas, en los que estuvo los dieciocho restantes. Juan cuenta orgullosamente que conoció al Rey, al que colocaba el paracaídas todos los días, aparte de al resto de alumnos que también iban a aprender a volar. Al Rey lo enseñó a volar el comandante Prieto, su profesor particular. Juan estuvo sólo una vez en el calabozo y fue por una equivocación: cada mes tenían que hacer un trueque entre los paracaídas que tenía la Base y el cargamento de paracaídas que venía desde Albacete y, en uno de estos trueques faltó un paracaídas, así que el teniente lo puso a buscarlo por todos los barracones y avionetas. Al final, el paracaídas apareció en una bolsa equivocada y el teniente, sin pensárselo, hizo pasar a Juan y a cuatro más la noche en el calabozo. Al día siguiente se enteró el jefe del cuartel y esa decisión provocó una discusión entre él y el impetuoso teniente.

A la vuelta del servicio militar, la única preocupación de Juan, después de más de dos años fuera, era que su novia se hubiera ido con otro hombre; y la verdad es que quisieron liarla con alguien, pero ella siguió siendo fiel.

El matrimonio

El tiempo fue pasando hasta que, a los veintiséis años de edad, Juan decidió casarse con la única mujer de su vida; una mujer que posteriormente sería capaz de movilizar al pueblo para parar al tren, reivindicando que

construyeran unas pasarelas sobre la vía y de cortar la carretera en varias ocasiones tras el atropello de dos chicas. El motivo principal de la boda fue que Josefa trabajaba demasiado y en su familia vivían muy mal; de hecho, Josefa llegó a la boda en ayunas. Juan lo único que quería era que su novia tuviera una buena vida y que estuviera junto a él. El día de la boda estaba lloviendo y las calles, que eran de tierra, estaban embarradas. Juan estrenaba su primer traje y sus segundos zapatos; los primeros los estrenó en su comunión. La comida, a la que acudieron sólo los familiares más cercanos, se hizo en un bar del pueblo. Juan y Josefa se trasladaron a vivir a una casa que habían construido en el solar que el padre de Juan compró para él y para sus hermanos.

La paternidad

Poco tiempo después llegó su primer hijo, Antonio. Cuatro años más tarde nació Bartolomé y un año después José Juan, de manera involuntaria. Juan vivió en directo el nacimiento de su primer hijo. Cuando nacieron los otros dos, él estaba trabajando; fijaos que ni el nacimiento de sus propios hijos le hacía incumplir su deber.

Mientras sus hijos crecían, Juan trabajaba duro para poder asegurarles un futuro mejor.

Compró una nave para criadero de cerdos para conseguir dinero extra pero, cuando tenía veintisiete cerdas en producción, vino una epidemia y arrasó con todo. Vendió la nave y compró, junto con su jefe, unas tierras en Librilla. Antonio ayudaba a su padre a trabajar las tierras pero, cuatro años después de comprarlas, decidió venderlas porque vio que su jefe se estaba aprovechando de él. Tras la venta de los terrenos de Librilla, Juan compró una finca con casa y piscina en La Pilica, por la zona de las Torres de Cotillas y dos solares de 900 metros cuadrados cada uno en Javalí Nuevo. Por último, en una desafortunada decisión, decidió vender todos los

solares y la finca para comprar una casa a su hijo José Juan y un coche a su hijo Bartolomé.

Juan cuenta con tristeza que eso es lo único que le pesa en esta vida: que ahora podría tener un montón de solares y de dinero para sus hijos y sus nietos. Pero, por otra parte, mira hacia atrás y ve el trabajo de toda una vida que ha visto recompensado con la familia que ha conseguido formar.

La vejez

En la actualidad, Juan se dedica a realizar trabajos en la huerta y a su hobby principal, la colombicultura. Junto a su hermano Antonio y su hijo Bartolomé tienen cientos de palomos y palomas con los que participan en diversos concursos de la región. Esta afición la tenía ya desde pequeño porque, cuando nació, su tío ya tenía palomas. Más tarde comenzó a tener las suyas propias.

Realiza numerosos viajes al año junto a su mujer y a muchos ancianos de su edad por toda España, organizados por la Asociación de Auroros del pueblo. Con esos viajes se ha recorrido media España y ha conseguido ver cosas nuevas y aumentar sus vivencias personales.

La herencia de Juan ha aumentado. Ya van cinco nietos. Dos por parte de su hijo Antonio, uno por parte de Bartolomé y dos de José Juan, de los cuales uno es una niña. Sigue viviendo en la misma casa a la que se mudó tras casarse, aunque la ha reformado recientemente. Encima vive su hijo Bartolomé. Estas dos casas se comunican con las casas de dos de los hermanos de Juan: Antonio y José. Diego heredó la vivienda de su madre. Todos los hermanos de Juan consiguieron formar una familia, pero ésa ya es otra historia... ■

Pasión, entrega y amor

Julio José Jiménez Romero

1º Bach.



Julio José Jiménez Romero | 1º de Bachillerato

Pasión, entrega y amor

Encarna nació el 27 de mayo de 1934 en un humilde y modesto pueblo de la provincia de Granada llamado Huéscar, situado junto a la Puebla de Don Fadrique.

Segunda de las hijas de Lorenzo y Manuela, se crió en dicho pueblo granadino junto a su hermana mayor, Ángeles, y a sus dos hermanos pequeños, Domingo y Lorenzo.

En el año 1936 estalló la Guerra Civil Española, durante la que Granada fue frontera entre las tropas nacionalistas y la zona republicana. Lorenzo, padre de Encarna, era pertiguero de profesión. Tenía un camión, pero en el conflicto bélico se lo robaron los militantes del bando republicano, quedándose así sin su herramienta de trabajo más valiosa. Eran tiempos difíciles los de la posguerra para la familia de Encarna; Lorenzo se quedó sin trabajo y su mujer, Manuela, tuvo que ponerse a trabajar bordando y cosiendo para poder salir adelante. En esos años, el dinero perdió en España todo su valor y los cinco millones que el cabeza de familia había ahorrado durante toda su vida de repente no valían nada. Fue entonces cuando la hermana de Manuela, Tomasa, residente en Alcantarilla, buscó allí casa a la familia de Encarna. En el año 1939, se trasladaron a vivir a la villa de la provincia murciana, donde Lorenzo se puso inmediatamente a trabajar transportando sacos de trigo, arroz,... para sacar a sus hijos y a su mujer adelante.

La familia se instaló en una planta baja, de dimensiones no muy corrientes, que constaba de tres dormitorios, baño, cocina, comedor y un pequeño porche. Por supuesto, la vivienda era de arrendamiento, como era usual entre la gran mayoría de los hogares que componían el pueblo murciano. La casa se encontraba ubicada en el Camino de los Romanos, en el barrio de Campoamor, que por aquel entonces era todo de tierra.

Manuela, mientras tanto, se encargaba de trabajar cosiendo, junto con la difícil tarea de criar y educar a sus cuatro hijos, que pronto serían seis, con los nacimientos de Rosario y, más tarde, de Isabel. La convivencia entre todo el grupo de hermanos era muy agradable, aunque de vez en cuando tuvieran, sobre todo las chicas, discusiones por la ropa que vestían.



Ángeles pronto aprendió el oficio de su madre y empezó a ayudarla en esa tarea. Mientras, Encarna ingresó en el colegio de Alcantarilla a los seis años de edad. El colegio constaba de un patio y un piso; en la planta inferior se encontraban los chicos, mientras que el piso superior era para las chicas. La maestra de Encarna se llamaba doña Josefina y era la encargada de impartirles clases; los jueves, por ejemplo, aprendían a bordar y coser y otro de los días de la semana lo dedicaban sólo a la Religión, aunque cotidianamente rezaban. La maestra era exigente, sobre todo a la hora de realizar dictados y, cuando los alumnos tenían demasiadas faltas ortográficas, los hacía ponerse de rodillas como castigo; eran otros tiempos y otras formas de contemplar situaciones...

La niñez de Encarna fue como la de cualquier chica de aquella época, en la que los juegos como el parchís, el escondite y el fútbol eran los más utilizados para la diversión, junto a sus mejores amigos y amigas, como por ejemplo Pepe, Pedro, Agustín, Carmen, María, Conchita, y un largo etcétera de vecinos y vecinas. Ella y sus amigos celebraban con júbilo las fiestas de San Roque, que por aquel entonces hacían el papel que hoy hacen las fiestas de la Virgen de la Salud. Otra de las fiestas populares que se comenzaron a celebrar fueron las de San Pancracio, a partir de la construcción de la nueva iglesia de Nuestra Señora de la Asunción en el barrio de Campoamor.

La infancia de Encarna acabó pronto, concretamente a los doce años de edad cuando, tras comprobar que no servía para emprender estudios superiores, se incorporó a trabajar a una fábrica de hojalata con su amiga María. El trabajo consistía básicamente en dejar nuevos los botes viejos que el jefe compraba. El sueldo que la joven percibía era entregado inmediatamente a sus padres, que se encargaban de administrarlo por y para el bien familiar ya que, aunque poco a poco el país se fuera restableciendo tras la guerra, las dificultades económicas seguían siendo notables; tanto así que se duchaban cada ocho días en un barreño de agua caliente con un cazo. La

familia se reunía todos los días a la hora de la comida, sobre las dos de la tarde, siendo las comidas más típicas el arroz y habichuelas, la olla gitana, las lentejas... Y los domingos habitualmente se hacía arroz y conejo.

Encarna y sus amistades básicamente se dedicaban a pasear por el centro de Alcantarilla, concretamente por la Calle Mayor. En invierno, debía recogerse al atardecer, mientras que en verano podía demorarse como mucho hasta las diez de la noche ya que, si lo hacía a horas más tardías, su padre cerraba la puerta de casa para que no entrara ni ella ni sus hermanas. Sus padres no eran demasiado severos con ellas, todo se basaba en el respeto y la educación para llevar una magnífica relación entre padres e hijos. Un día Ángeles, la mayor de las hermanas, contestó de mala manera a Lorenzo, su padre, que le respondió con un bofetón en la cara. Por la fuerza del impacto Encarna, que se encontraba al lado de su hermana, cayó al suelo también. Ésta es la única vez que Lorenzo tuvo que levantar la mano a alguna de sus hijas.

Los cumpleaños en su familia no se celebraban como hoy día, aunque los santos sí. Recuerda Encarna que, cuando era el santo de algún amigo o amiga, se regalaban una tarjeta de felicitación y una pastilla de jabón. En casa, los santos se celebraban reuniéndose en casa con sus amigas y comiendo galletas que preparaban Encarna y su madre. Cuando era el santo de Lorenzo, éste traía un melón a casa y Manuela hacía de comer arroz y conejo.

Poco a poco la muchacha crecía, mientras seguía trabajando en la fábrica de chatarra. La madurez adquirida en su infancia le hizo no notar casi las responsabilidades que con los años tuvo que ir asumiendo. A la hora de salir con las amigas en la juventud, sus padres eran más estrictos con la hora de recogida, ya que empezaban a pretenderla los chicos del pueblo y eso para los padres era una preocupación, porque Encarna seguía siendo muy joven.

A la edad de dieciséis años, la fábrica donde trabajaba se trasladó a otro pueblo y la joven tuvo que buscar rápidamente faena en otro lugar. Fue en

la empresa de tapones de cerveza El Águila donde encontró su segundo y último empleo antes de casarse. Por las noches, Encarna también se dedicaba a bordar juegos de sábanas para que su madre los vendiera. El trato de sus padres hacia sus hermanos y hermanas era el mismo. Los domingos, todos se levantaban a las seis de la mañana para recorrer las calles del barrio rezando el rosario y más tarde se acercaban a la iglesia a oír misa.

En los temas políticos, Encarna y el resto de sus hermanos y hermanas estaban muy al margen, ya que casi ni sabían qué era eso de la política. En su primera casa de Alcantarilla, en la que vivía con sus padres y hermanos, había en el despacho de su padre dos retratos: uno de Francisco Franco y otro de José Antonio Primo de Rivera, por lo que se supone que su padre era partidario del régimen franquista. Las vacaciones de la familia eran en invierno, ya que su padre las cogía en esa estación. El destino de esas vacaciones era una semana en los baños de Mula, donde alquilaban una casa rural.

Era la primavera de 1961, Encarna y sus compañeras de trabajo recorrían todos los días las calles de Alcantarilla para ir a la fábrica de la cerveza El Águila, pero por el camino se detenían a comprar un cartucho de pipas o torraos en el puesto que un joven llamado Julio tenía en la zona de Entrevías. Fue allí donde la chica conoció al que meses después sería su novio y, más tarde, futuro marido. A Julio le gustó desde un principio la joven y, para acercarse a ella, se hizo amigo de su hermano Lorenzo. Fue así como, poco a poco, se fueron conociendo, hasta que en Semana Santa Julio se acercó a pedirle a Encarna su traje de nazareno; así comenzó su noviazgo.

Cuando eran novios tenían que salir acompañados de más gente, ya que no estaba bien visto que los novios salieran solos a la calle. El primer beso que se dieron fue a los seis meses de conocerse; sucedió justamente el día en que Julio entró a la casa de su amada y fue presentado a sus padres. Más tarde, sería Encarna quien conocería a sus suegros; a la madre de Julio, en un principio, no le agradó la novia de su hijo ya que, a su entender, pare-

cía muy poco trabajadora por el físico tan bonito que tenía pero, al cabo del tiempo, Marcelina, la madre de Julio, se dio cuenta de que no llevaba razón.

En verano casi ni se veían, ya que Julio estaba trabajando en el puesto de helados en Entrevías y no tenía demasiado tiempo libre, aunque los domingos por la tarde siempre buscaba un hueco para ir a casa de Encarna a visitarla. En temporada de invierno, la pareja solía encontrarse en casa de ella, sobre todo al atardecer; y por las noches Julio que, como siempre, quería tener a su novia contenta, la invitaba a cenar en el Bar Rialto, acompañados de Rosario, hermana de Encarna y su novio Perico.

Poco a poco la pareja se iba consolidando. Ambos estaban muy enamorados y Julio, un año después de establecer la relación, decidió empezar a construir la casa donde más tarde comenzarían su vida como casados. El enlace matrimonial se produjo el 1 de abril de 1963, a las seis de la tarde, en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. La suegra de Encarna le regaló la tela para el vestido de novia, junto con 3.000 pesetas, con las que ella se compró el ajuar. El evento no tuvo convite posterior, aunque sí una pequeña cena familiar.

El viaje de novios fue a Barcelona, lugar elegido por el matrimonio ya que Tomasa, tía de Encarna, había ofrecido su casa para que los recién casados se hospedasen. El viaje duró ocho días; ocho días en los que la pareja lo pasó muy bien.

Cuando regresaron se instalaron en su nueva casa, la que Julio había construido para cuando dieran el feliz paso de contraer matrimonio. Al año y poco tiempo de estar instalados, decidieron poner el negocio familiar, la heladería, en el bajo que había justo debajo de la vivienda.

El 7 de enero de 1964 les nació el primer hijo, al que pusieron por nombre también Julio, como su padre. De pequeño era muy revoltoso, descuidado y siempre quería hacer lo que le apetecía pero, entrado en la juventud, sentó la cabeza y se convirtió en un eficaz estudiante. Llegó a sacarse la

carrera de Magisterio y pronto empezaría a dar clases de religión en institutos y colegios; pero ésa no era la verdadera vocación de Julio, ya que él había sentido la llamada de Dios y, por lo tanto, quería servirle durante el resto de su vida. Ingresó en el seminario para llegar a ordenarse sacerdote. Julio recibió todo el apoyo de sus padres en la decisión que había tomado y esto produjo un extra de autoconfianza en el joven.

El 20 de septiembre de 1966, Encarna dio a luz, en la clínica de las monjas de Alcantarilla, a la hija del matrimonio, a la que le pusieron por nombre Lina que era, como su hermano mayor, una niña muy revoltosa que en todo momento quería estar cerca de su madre. Estudió hasta los 14 años para sacarse el graduado escolar, a la vez que ayudaba a la familia en el negocio de la heladería. Cuando tenía quince años de edad, Lina conoció a José, hombre con el que en 1989 se casaría y con el que tendría tres hijos. El primero de ellos llevaría por nombre Julio José y nació en 1991.

Julio y Encarna habían deseado con mucha ilusión tener un nieto; por eso lo disfrutaban todo lo que podían, pero en el año 1995, un cáncer de riñón apartaría a Julio de su mujer, de sus hijos, y del hasta entonces único nieto. La noche del 28 de abril del 95, Julio moría en la Clínica de San José de Alcantarilla; horas después, su hija Lina daba a luz a su segundo hijo, Javier, que no llegó a conocer a su abuelo materno.

La pérdida del abuelo de la familia fue un durísimo golpe para Encarna, sus hijos y su nieto que, aunque sólo tenía cuatro años, notaba la ausencia de su abuelo. Esta pérdida supuso el cierre inmediato del negocio familiar; pero, en el verano de 1996, el hijo mayor de Encarna, Julio, decidió abrir la heladería de nuevo con la ayuda de su hermana, Lina, el marido de ella y unos cuantos amigos. Pero, tras ese verano, la cerraron definitivamente.

En el año 2003, Lina tuvo a su tercer hijo, que en este caso fue una niña y que se llamó Irene. La nieta de Encarna, a día de hoy, es su ojito derecho, ya que juntas comparten muchos momentos del día.

Encarna en la actualidad está muy feliz con la vida que lleva, aunque a veces se queje del trato que sus hijos y nietos le dan; al fin y al cabo, sabe que la quieren y que ella es muy importante en sus vidas. Las mañanas de Encarna son muy entretenidas. Sale a andar un rato, luego va al supermercado a realizar alguna compra, recoge el pan, hace la comida para la familia... Los fines de semana se reúne con sus amigas y hermanas para jugar a las cartas en alguna casa.

Económicamente no se queja, ya que no tiene dificultades para vivir y se puede permitir de vez en cuando algún capricho. Lo que más desea es salud para ella y su familia; es lo único que en realidad le importa... ■

Vida de una mujer trabajadora

Adrián Cascales Martínez

3º ESO



Adrián Cascales Martínez | 3º de ESO

Vida de una mujer trabajadora

Acababa de comenzar el otoño de 1929 cuando Juana dio a luz a su segunda hija. Francisco, el marido, ganadero de profesión, no estuvo presente en el parto; fue la comadrona doña Teresa quien ayudó a Juana a dar a luz a Isabel López García. La alegría de su nacimiento se combinó con un buen susto: antes de que la bautizaran, advirtieron a los padres de que Isabel se iba a morir. Afortunadamente eso no ocurrió y fue una falsa alarma. Isabel, llamada así por su abuela, se crió junto a su hermano Pedro y después con su otro hermano Alfonso en una casa en la calle Tropel, hasta que a los cinco años se mudó a otra situada en la que era entonces la carretera de Barqueros; delante de la puerta había un eucalipto al que muchas personas acudían a coger hojas, porque resultaban medicinales. Ahí fue donde vivió Isabel el nacimiento de Encarna, su penúltima hermana y la guerra civil durante la que, algunas veces, cuando había bombardeos, huía a los cabezos a esconderse o también al hoyo de la basura de los animales de la casa hasta que, en 1939, la guerra terminó e Isabel y su hermano mayor pudieron hacer la primera comunión, ya que durante la contienda no había iglesias en uso.

Isabel vistió un vestido rosa y llevó el pelo negro y, como era normal entonces, no hubo banquete ni celebración. Luego nació su última hermana, Paquita. Durante la niñez, Isabel se crió con su abuela junto a todos sus hermanos, ya que su madre sufrió una enfermedad y durante un tiempo no pudo cuidar de ellos. Compartía habitación con sus dos hermanas y,

cuando ya fue algo mayor, ayudaba a su madre en las tareas domésticas y en las compras. Después comenzará la dura vida de trabajo, porque en la escuela Isabel no hacía nada, era una malísima estudiante, aunque probó en las Monjas, en la escuela de don Joaquín, en la de doña Carmen..., pero en ninguna aprendía. Por este motivo fue por el que Juana sacó a su hija de la escuela.

Mientras pasaba el tiempo, aumentaban las responsabilidades de Isabel en su casa, ya que era la hermana mayor. Cada vez tenía más tareas: hacer la comida y la cena, dar de comer a sus hermanas pequeñas, fregar, lavar,



ayudar a su padre con el ganado... También, cuando fue algo mayor, trabajó en la lechería que abrieron sus padres, negocio que cobró mucha fama en Alcantarilla. Sus hermanos estaban en la mili y después trabajando. Encarna se dedicaba a coser y Paquita también se iba a trabajar. En una vida con tanta faena, había poco tiempo para salir con los amigos o a ir a las fiestas; por eso Isabel no salía mucho y, si lo hacía, la recogida era bien temprano. Le encantaba ir a las fiestas de la huerta, donde vivía Mateo, su futuro novio y marido. Una noche Isabel recibió la única paliza que le dio su padre; fue con una correa y por llegar tarde a casa. Esta fue la única vez que Francisco o Juana pusieron la mano encima a sus hijos. No obstante, Juana les daba algún "repizco" que otro algunas veces.

En una de esas pocas salidas que hizo, Isabel conoció a Mateo, con el que mantuvo once años de relación hasta que se casaron. Durante todo ese tiempo, Isabel salía con su novio cuando podía pero, otras veces, era Mateo quien acudía a la puerta de la casa de su novia y estaba con ella hasta que Francisco tosía irónicamente y Mateo cogía su bicicleta y se iba. Esto siguió hasta que el padre de Isabel murió inesperadamente el día 16 de noviembre de 1952. Aunque ya estaba enfermo, su muerte vino por sorpresa. Murió justo después de que Encarna le sirviera un vaso de coñac. El entierro fue en la iglesia de Campoamor y acudió muchísima gente. Isabel guardó muchos años de luto.

Después, el 27 de marzo de 1958, Isabel se casó con Mateo Cascales, también en la iglesia de Campoamor, después de haberle "tomado el dicho". La muchacha vestía un traje largo blanco; a la boda acudieron unos cien invitados, todos de estreno. El banquete se celebró en el Casino Viejo y la comida fue a base de bocadillos y pasteles de carne. Con esto comenzó la nueva vida de Isabel, en la que ya no estaba controlada por nadie. Vivió en una casa de la calle Tropel junto a su marido, aunque muy frecuentemente iba a la casa de la huerta, donde él trabajaba diez tahú-

llas. Más tarde, Isabel se tuvo que poner a trabajar en las conservas Hero para ganar más dinero, porque el trabajo de Mateo en la huerta era de tipo familiar y, con frecuencia, venían contratiempos como las heladas o las granizadas y la tierra no daba todos los beneficios que se quería, además de que les había nacido un hijo.

Cuando Isabel tenía veintiocho años, y después de veinte meses casada tomó, junto a su marido, la decisión de tenerlo; y así fue, pues el día 1 de julio de 1959 Isabel dio a luz a su primer y único hijo Paco, llamado así por tradición. La mujer lo crió lo mejor que pudo hasta que, a los cinco años del niño, se tuvo que poner a trabajar de nuevo en la empresa Hero; entonces sus hermanas eran quienes cuidaban al pequeño y, cuando ya tuvo la edad, su madre lo llevaba a la escuela en la calle Mula. Isabel lo mimaba mucho y siempre lo llevaba cogido de la mano a todos sitios.

Cuando Paco tenía unos trece años murió su abuela Juana. Isabel lo pasó bastante mal, al igual que sus hermanas, y su hijo no quería volver a casa pues estaba muy triste. Tiempo después, Isabel siguió cuidando de Paco mientras estudió Magisterio. Luego el chico se marchó a la "mili", manteniendo así un largo periodo de distanciamiento de su madre. Años más tarde conoció a Antonia, con la que vivió la muerte de su padre.

En 1987, Isabel fue la madrina en la boda de su hijo con Antonia Martínez. Dos años después, cuando Antonia estaba embarazada de su primer hijo, murió Mateo el 6 de julio de 1989. Isabel lo pasó muy mal y guardó mucho tiempo de luto. Fue una época dura, pues dos meses después murió también el hermano mayor de Isabel, Pedro, a los sesenta y dos años de edad. El sufrimiento fue doble hasta que, a principios de octubre, nació su primer nieto, llamado también Paco, hecho que la animó y le ayudó a superar las recientes muertes vividas. La mujer comenzó así su nueva vida como viuda. Ya estaba retirada, vivía sola y podía pasar más tiempo con sus hermanas y con su hijo. En 1991, el día 7 de abril, falleció repentinamente

de un infarto Alfonso, el otro hermano de Isabel. Dos años después nació Adrián, su segundo nieto. Luego se cambió a vivir a un piso en la calle de la Cruz, su actual residencia.

En la actualidad, a Isabel le encanta estar con su familia; de hecho pasa casi todo el tiempo en casa de su hijo o visitando a su hermana Paquita. Le gusta poco salir o irse de viaje. Acude frecuentemente a misa y es bastante religiosa. Le gusta también ir a la huerta y allí cuidar de sus plantas y sus macetas o tomar el fresco en la puerta. De salud anda bien pues, a pesar de su avanzada edad, no tiene muchos problemas.

Esta es la historia de la vida de una mujer como Isabel, marcada por el trabajo. Una vida en la que ha sabido salir adelante ella sola, sin más ayuda que la de su coraje y esfuerzo, sin pronunciar nunca reproche alguno. Gente como Isabel abunda en todas las familias; personas que han estado atrapadas en una larga vida de duro trabajo y que, en la mayoría de los casos, no han recibido ningún reconocimiento ni por parte de los más cercanos ni de la sociedad. Por ello creo que debemos reflexionar y tratar a estas personas como de verdad se merecen: como a heroínas... ■

Recuerdos de una vida

Alfonso Hellín Peñalver

3º ESO



Alfonso Hellín Peñalver | 3º de ESO

Recuerdos de una vida

Carmen nunca tuvo demasiada suerte en la vida. Mientras hablaba con su nieto, iba recordando la vida que había llevado y no parecía estar muy contenta de ella... Nació el día 4 de diciembre de 1926. Su casa se encontraba en Javalí Viejo, en la calle Corredera, número 23. Era una casa de "atobas", de dos plantas.

Cuando nació ya tenía otras dos hermanas, Anita y Vicenta y era su madre la que cuidaba de ella. Su padre era tratante y su madre ama de casa. En su casa tenían cerdos, conejos, un caballo, una mula y un burro, de los que sacaban comida o los criaban para venderlos.

Cuando Carmen creció, su padre enseguida la puso a trabajar con él, cuidando a los animales y poco más tarde la llevó al Soto Planes. El soto era un huerto de su padre donde plantaban ajos, cebollas, pimientos, berenjenas... Carmen pasó los años trabajando mientras sus hermanas mayores no hacían nada.

Salía bastante a jugar con sus amigas a la calle. Recordaba un juego que le gustaba mucho; se llamaba las 4 esquinas. Decían:

- ¿Hay lumbre?
- A la otra casa huyen.

Y tenía que cambiar de casa –de esquina– antes de que otra te quitara el puesto. También recordaba otros juegos, como el escondite y saltar a la comba.

A los ocho años, Carmen decidió ir a la escuela. Cuando su padre se enteró se lo prohibió enseguida. Su señorita, Ángeles, fue a verlo muchas veces a casa intentando convencerlo, pero no había manera. Se acordaba de una noche en la que, cuando terminó de cenar, le dijo a su padre:

- Papá...
- ¡Shhh, a callar! ¿Tú en misa hablas? Pues aquí, igual.
- Pero, papá, quiero hablar con usted...
- ¿Qué me vas a decir? ¡Venga, habla!



- Pues que he pensado ir yo por la mañana a la escuela y por la tarde a la huerta...
- ¡He dicho que no y no!

No había nada que hacer. Carmen se llevaba el libro a la huerta y, cuando su padre no la veía, se aprendía la lección. Acudió varias veces a la escuela engañando a su padre y, en una de esas, su señorita le enseñó una poesía que dice así:

*"¡Qué linda en la rama,
la fruta se ve!
Si lanzo una piedra
tendrá que caer.
No es mío este huerto,
no es mío, lo sé:
mas yo de esa fruta
quisiera comer.
Mi padre está lejos,
mamá no me ve,
ni hay otros niños...
¿quién lo ha de saber?
Mas yo no me atrevo
y no sé por qué;
parece que siempre
sus ojos me ven...
Papá no querría
besarme otra vez,
mamá lloraría
de pena también.
Mis buenos maestros
dirían tal vez:*

*¡Qué niño tan malo,
no jueguen con él!
¡No quiero, no quiero,
no lo voy a hacer!
Llegado a mi casa
caricias tendré,
abrazos y besos
y frutas también.”*

Tendría unos ocho años cuando nació su hermano Diego; poco después Carmen se hartó de esa vida y, al cumplir los dieciséis años, le dijo a su madre:

– ¡Mamá, dígame usted al papá que me voy de casa!

Y así fue. Se fue a vivir a la casa de una prima hermana de su madre y enseguida se puso a trabajar de criada en Murcia, con un sueldo mísero de cuatro duros al mes. Poco después de irse nació su hermana Fina.

Al poco tiempo conoció a Diego Hellín, quien muy pronto se encaprichó de ella. Como a ella le gustaba un chico que era de La Ñora llamado Zacarías y Diego tenía 10 años más que ella, a Carmen no le gustaba nada Diego; le gustaba tan poco que, cuando lo conoció, le dijo:

- Mira, haz el favor de irte a criar a tus hijos...
- Mira tú, lo único que yo haría sería casarme contigo, ¡pero ya!
- ¿Casarte tú conmigo? ¡Ja!, tú cría a tus hijos...
- ¿Yo hijos?
- ¡Pues claro que sí! ¡Contigo me voy a casar yo, espérate! Mira, nene, a reírte de tu madre...
- Mira tú, haz el favor de a mi madre dejarla quieta, que yo vengo con muy buenas intenciones y no me he reído de nadie y menos de una del pueblo.

- Pero, bueno, a mí no me gustas y, si no me gustas, pues ya está. Yo quiero uno que sea de mi edad, un año o dos más o menos pero, ¿diez años? ¡Venga ya!

Después de correr tras ella muchísimo, el chico consiguió que le diera una oportunidad. Al poco tiempo se enfadaron por culpa de la chica porque, a la hora de salir, a Carmen le gustaba ir arreglada y él arreglado iba, pero en cambio llevaba zapatillas y, como a ella no le gustaba mucho, le dijo que hasta que no se pusiera zapatos con ella no salía. Y así estuvieron un tiempo hasta que Diego le escribió una poesía:

*"Señor, Señor:
¿Es mi deber olvidarla?,
Quiero olvidarla y no puedo,
pues parece que a mi vida
la unen argollas de hierro.*

*Y en tanto que vida tenga,
ha de existir su recuerdo,
teniendo en mi ser culto,
altar, sitio y templo.*

*A la Virgen del Pilar
le he pedido que me quieras;
ya que no lo haces por mí,
¡hazlo por ella siquiera!"*

Así que Carmen le perdonó y a sus veintitrés años se casó con él. La boda se celebró por todo lo alto en Javalí Viejo, con todos los familiares y con banquete. Cuando se casaron, a Carmen no le gustaba del todo el hombre, pero aun así lo hizo; por ello pudo dejar de trabajar de criada y se mudaron a casa de Diego, en Javalí Viejo.

Al año de casarse tuvieron a su primer hijo Pepe y, a los dieciocho meses, a su segundo hijo Juan. Carmen recuerda cómo les hacía las papillas caseras con trigo. Unos años más tarde nació su hija Francisca, más conocida como Paquita, y después Mari Carmen. Todos fueron criados y educados por ella, mientras su marido trabajaba en la fábrica de la pólvora. Recuerda un viaje que hicieron con su hermano Diego y la mujer de éste a Barcelona durante una semana. Fue posiblemente el mejor de los pocos que disfrutaron.

Años después se casó su hijo Pepe con una chica llamada Josita y, al poco tiempo, su otro hijo Juan se casó con Nieves. José tuvo dos hijos, llamados Diego y Alfonso y una hija, Carmen. Juan tuvo también dos, Iván y Aída.

A Diego, el hermano de Carmen, le habían diagnosticado una enfermedad que hacía que produjese más sangre de la que debía y le provocaba dolores muy fuertes y mareos así que, un día de verano, sucedió algo que nadie se esperaba... La hija y la nieta de Diego habían quedado en cenar en su casa. Al llegar y ver que no estaba, la hija le preguntó a la madre:

- ¿Dónde está el papá?
- Me ha dicho que se iba a dar un paseo, pero tendría que haber vuelto ya. Vamos a cenar enseguida. Hija, ve a buscarlo, mientras yo ayudo a tu abuela con la cena.

La nieta salió de la casa a buscar a su abuelo y cuál fue su horror, cuando lo vio que se había ahorcado en un olivo. El hermano de Carmen se había suicidado y aún nadie tiene muy claro por qué... Años más tarde de aquello, su hija Mari Carmen se casó y tuvo un hijo. Carmen no recordaba o no quería recordar mucho más de su vida.

Con setenta y ocho años, su marido se rompió la cadera, debido a una osteoporosis y se quedó en silla de ruedas. Unos diez años más tarde, Diego murió y Carmen se quedó viuda. Tiró para adelante hasta que un infarto

intestinal casi acabó con su vida. Tuvieron que hacerle dos intervenciones y extirparle varios metros de intestino. Desde entonces se quedó muy débil y sus hijos tuvieron que contratar a una cuidadora. Ahora, a sus 81 años, Carmen se ha recuperado y sus aficiones son la lectura y el ganchillo.

Y esto es todo lo que ha recordado de su vida mientras se la contaba a su nieto pequeño, Alfonso ■

Historia de Sebastiana Ortuño Martínez

Nuria Martínez Ortuño

3º ESO



Nuria Martínez Ortuño | 3º de ESO

Historia de Sebastiana Ortuño Martínez

Bueno, para empezar, yo nací en Alcantarilla, calle del Beato, creo que número 2, no estoy segura. Mi fecha de nacimiento es el día 14 de noviembre de 1931. Recuerdos de mis abuelos tengo pocos. Habían muerto antes de cuando puedo recordar; tenía yo creo que cinco años, pero a esa edad no podía darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

Entonces mi madre nos llevaba a la huerta por la mañana y volvíamos por la noche. Mi padre trabajaba en la huerta: cultivaba la tierra, hacía de albañil y también de "matacerdos"; hacía de todo. Hermanos somos cinco: Paco, Salvador, yo, María y Josefa; los dos primeros, como eran hombres, pudieron ir a la escuela.

A mi madre se le murieron dos hijos; uno era mayor que yo y se llamaba Fulgencio, por el padrino, y el otro fue Ángel, que nació después de la guerra. Fallecieron a los tres meses de nacer, así que siempre se acordaba de ellos a todas horas. Ángel se llamó así porque nació el día 2 de agosto, el día de la Reina de los Ángeles.

Mi madre no tenía leche para criarnos y tuvo que buscar una nodriza para que nos diera leche. Al mayor le dio mi tía Isabel y a mi Salvador ya no recuerdo quién. Creo que, como en mi casa había cabras, lo criaron con leche de cabra; a mí me dio María la Botona; a mi María, la María la Perjuicios; a mi Fina, mi hermana pequeña, la criaron también con leche de cabra. Luego mi madre nos decía quién era nuestra madre de leche.

Cuando tenía cinco años fue cuando empezó la guerra y vinieron los aviones dando vueltas por encima de la fábrica de la pólvora. La gente creyó que venían a bombardear y todo el pueblo salió corriendo hacia la huerta y claro, nosotros también; ya no dormimos más en el pueblo, a pesar de que no pasó nada. Sólo veníamos al pueblo para ir a la iglesia, a la escuela y con la burra a coger agua del grifo de la casa de una prima de mi abuela, con cuatro cántaros, ya que agua potable sólo había en pocas casas del pueblo; pero enseguida de vuelta a la huerta.

Como mi madre recogía a toda la familia en su casa, en el barracón, cuando llegaron los aviones, la casa se llenó de gente. Pasaron en ella unos días y luego fueron volviendo a las suyas del pueblo poco a poco.



Mi tío, hermano de mi madre, tenía dos hijas y un hijo; la mayor tenía mucha fiebre y la acostaron en el barracón. Con tanta gente se despistaron y la cría se levantó y se fue detrás, por donde pasaba una "cequeta" llena de agua. Se cayó dentro y se le bajó la fiebre. Como antes no sabían que el agua fría bajaba la fiebre, todos creían que se iba a morir de una pulmonía, pero se recuperó y todos creían que era un milagro.

De mi abuela Sebastiana me acuerdo de que vivía enfrente de la calle del Beato, en la orilla de un brazal que había junto a la carretera y de que iba corriendo detrás de mi hermano Salvador, que no sé lo que habría hecho, porque siempre estaba tramando alguna travesura.

Como decía, todos acabamos en la huerta porque mi padre trabajaba en ella, mientras nosotros cuidábamos de los animales que estaban detrás en el corral. Éramos tantos que mi padre tuvo que hacer el barracón más grande así que, el que podía más como el que podía menos, todos trabajábamos. Ayudábamos a amasar el barro; mi padre tenía un molde para fabricar "atobas", hecho por él. Cuando ya estaban secas, con ellas levantaba las paredes como si fueran ladrillos. Hizo dos habitaciones pero, como no cabía más de una cama y éramos tres niñas pequeñas, nos metieron a las tres en la misma cama, dos con la cabeza en la cabecera y la otra en medio con la cabeza hacia la parte de los pies.

La huerta, en el verano, parecía un barrio en pequeño; allí venían a veranear, bajo las higueras, Francisquicho, el Espantalluecas y su mujer, que se llamaba Joseficha, con sus dos hijos y una niña de acogida que no tenía padres porque habían muerto; también Salvoré, su mujer Micaela y sus hijos; José el Mazo, Carmen su mujer, sus cuatro hijos y una hija. Todos eran hermanos y los padres eran primos del mío; ellos tenían sus propios barracones y a los animales también los tenían debajo de las higueras.

A la escuela fui con seis años porque no nos admitían antes; entré en una que estaba encima del Ayuntamiento. Había dos aulas, una para

niños y otra para niñas. Yo era de parvulitos, así que había en la orilla de la pared un banco que tenía tres palos en medio para sentarnos, fíjate lo cómodos que estábamos. Los mayores tenían unas mesas cuadradas y sillas alrededor. En cuanto a la manera de aprender, todos leíamos en la pizarra. Mi profesora se llamaba doña Inés Pérez. En cuanto a mis compañeras, me acuerdo de algunas: Rosita, María, Cari, Isabel, Catalina, Mariana, Salud...

Me pasó una cosa en la escuela, una anécdota, pues mi maestra se puso enferma y mandaron a una suplente. La suplente nos puso a todos una muestra para que la escribiéramos; yo la hice y, cuando fui a que la corrigiera, sin más me dio un tirón de la trenza, porque entonces se llevaba trenza hasta los dieciocho años. Bueno, pues como me dio el tirón, pues yo le respondí dándole con la libreta en la cara, me fui corriendo hasta mi casa y sólo volví cuando vino la otra maestra.

Para que yo fuera a la escuela, mi madre se trajo a una sobrina que estuvo cuidando a mis hermanos pequeños, porque si no yo no podía ir a clase. Mi padre trabajaba día y noche, plantaba patatas, pepinos, tomates, cebollas, berenjenas, etc... Mi madre vendía en la plaza; entonces yo no podía ir a la escuela y, como he dicho antes, mi madre se trajo a su sobrina para que me sustituyera.

Antes de la guerra, mi padre era de la Hermandad de la Aurora y cantaba por las calles de madrugada. Cuando empezó la guerra tiraron las campanas de San Pedro. Los auroros quisieron sacar de noche la imagen de la Virgen de la Aurora para esconderla, pero alguien se enteró y les dijeron que serían fusilados si se la llevaban. Entonces hicieron un tabique para que no la vieran, pero no sirvió de nada porque la encontraron y la quemaron con el resto de imágenes de la iglesia.

Cuando terminó la guerra, los acusaron de entregar la Virgen para que la quemaran y los encerraron ocho días en la casa que hace esquina con el Jardín de los Mártires, ahora llamado de la Constitución o de las Palomas.

Les preguntaron si ellos sabían quiénes eran los culpables y ellos contestaron que sí que lo sabían, que habían sido el alcalde y el juez. Entonces a ellos los dejaron libres por decir la verdad. Se decía que la antigua imagen era de Salzillo.

Mi padre ya no volvió más a la Hermandad pero, cuando eran las fiestas, nos mandaba a nosotros a las novenas y a las procesiones y cuando volvíamos nos preguntaba si la habían arreglado bien y si estaba hermosa, aunque no era su Virgen, porque hicieron una nueva, que es la que se encuentra actualmente en San Pedro.

Bueno, y ahora os voy a hablar un poco de los juegos, aunque tampoco teníamos muchos. Jugábamos a la comba, a la gallina ciega, al escondite, etc. Como éramos tres hermanas, pues mi madre nos compraba un muñeco del Tío Hilero. Se trataba de un hombre que venía con un carretón y cambiaba trapos y alpargatas viejas por muñecas de barro, hilos, agujas, platos y más cosas. Al muñeco le hacíamos trajes; tenía veinte centímetros de alto y los brazos de dos centímetros; lo compartíamos entre todas. Pero, como no teníamos tiempo para jugar, no nos hacía falta nada más.

De mi abuela me acuerdo poco. Se llamaba María y vivía en la calle Montoya. Mi madre iba mucho a verla, porque estaba enferma. Cuando se murió, vendieron la casa y se repartieron el dinero entre los cuatro hermanos. Mi madre, con lo que le tocó del dinero, compró la tierra que llevaba arrendada y otra vez a hacer masa con barro para fabricar "atobas" para la casa nueva.

Mi padre tenía que trabajar de sol a sol y cogía otros trabajos cuando llegaba el invierno; iba a las casas a hacer matanzas y, como no tenían dinero para pagarle, le daban carne del cerdo, que él guardaba en un cajón de madera con sal; allí metía la carne y la salaba; así teníamos siempre comida.

Además, como teníamos la huerta, plantaba trigo, maíz y cebada y lo que recogía lo llevaba al molino y hacían harina; como mi padre había construido un horno, en él mi madre amasaba el pan y lo cocía.

Ahora vamos hacia atrás; empezamos la obra primero por el corral. Hizo un corral de cañas en el que metió las gallinas; después hizo la marranera. Era como una habitación y arriba tenía como un armario; en él metíamos las gallinas de noche y también los conejos. También había una habitación al lado de los cerdos, donde estaba una burra y pegada a la burra estaba nuestra habitación. Ésta tenía el techo de cañas; mi padre hacía manojos con las panochas para colgarlas y secarlas en el techo de la habitación. La puerta de separación tenía muchos agujeros y, en cuanto se hacía de noche, entraban las ratas sin ruido y enseguida se ponían a comer. Nosotros estábamos pendientes y, cuando oíamos algún sonido, nos levantábamos y tapábamos los agujeros, cogíamos las alpargatas y las matábamos. ¡Fíjate la juerga que teníamos por las noches hasta que caían todas las ratas!

Como vivíamos en la calle del Beato, mi madre siempre arreglaba al santo y le ponía flores. Tenía en la huerta un trozo para jardín y, cuando había flores, se las ponía y limpiaba el nicho del Beato. En el jardín tenía varas de San José, violetas, claveles y también azafrán para la comida.

Seguimos con la casa. En vez de unir las "atobas" con barro, ahora ya ponían cal y yeso. Entonces, cuando estábamos en el corral, nos construyó un retrete; era una caseta con unas paredes bajas para poder poner una tabla con un agujero en medio y con una tapadera para que no saliera el olor.

Teníamos, como ya he dicho antes, una burra que era la que más ayudaba: lo mismo la poníamos a labrar que a sacar agua de la noria. También íbamos con las "aguaeras" con cuatro cántaros y traíamos agua para beber y hacer la comida; también la utilizábamos para llevar la basura al bancal. Así que la burra se ganaba lo que comía.

Siguió la casa; entonces venían los sobrinos de mi padre; ellos, albañiles de profesión, también ayudaban. Se levantaron tres habitaciones y la cocina. La cocina estaba en bajo; había un salón grande en el que hacíamos la vida en invierno. Allí mi madre ponía un cubo con agua cerca de la lum-

bre y, cuando se calentaba, nos iba metiendo de uno en uno y, enseguida, a la cama. Entonces ella se ponía a lavar la ropa, la secaba alrededor de la lumbre y, al otro día, todos limpios.

Me acuerdo de una vez que fuimos a los baños de Mula en el carro. Llevábamos una silla para cada uno, leña, bolsas con ropa, las sartenes y los platos. Recuerdo que iba María Antonia, María la Cartagenera, María Silla, Carmen, mi padre y mi primo José y en el lote me metieron a mí. Yo, como era una cría, puse una manta en el suelo y la Cartagenera me estuvo paseando y, como no protestaba, se reía con muchas ganas. Al terminar, cuando lo recogimos todo y lo pusimos en el carro, la mula nos vio a todos subidos y no quiso andar. Entonces José, que llevaba la bicicleta, se fue a Alcantarilla a por la otra mula y nosotros echamos a andar. El animal también andaba pero, en cuanto nos subíamos, ya no daba un paso. Cuando llegamos al cementerio, apareció José con la otra mula, la puso delante, todos nos subimos al carro y, por fin, llegamos al final del viaje. A pesar de la pasada de andar que nos pegamos, nos lo pasamos bien.

Mi madre tenía tres hermanos, Benito, Josefa y Pepe. Se llamaba María Antonia Pastora y tenía dos nombres: María por su abuela y Pastora porque nació en Nochebuena, a las 12 de la noche. Padecía de una piedra en la vesícula, según decía el médico, porque le daban unos cólicos de miedo. A veces teníamos que salir corriendo en busca del doctor, a las dos o a las tres de la mañana. Al final, éste nos enseñó a ponerle todas las inyecciones nosotros mismos.

En el invierno teníamos higos secos porque, durante la cosecha, mi padre hacía zarzos con cañas y allí los poníamos a secar; cuando estaban secos, hacíamos pan de higo y arropé.

Para la comunión, primero nos preparaban en la doctrina, a la que íbamos dos veces a la semana, pero además mi madre, por la noche, en la cocina nos enseñaba a rezar. Ella hacía de padre y de madre, porque mi

padre siempre estaba trabajando; si no le hacíamos caso a ella, agarraba la alpargata y en un minuto nos ponía en el sitio.

Llegaron las comuniones; mi hermano mayor comulgó antes de la guerra con un traje azul. Luego el traje también lo utilizó Salvador. Poco después me tocaba a mí. Bueno, yo no tuve traje de comunión; mi madre me compró una tela azul de paño y me hizo un traje para Navidad y, como la guerra estaba recién terminada, cuando llegó el día de la Ascensión, me lo puso para comulgar. ¡Fíjate lo calentita que iba! Mi vecina me regaló un velo negro que parecía una red de pescar. Cuando salimos de la iglesia, nos llevaron a la casa del cura, nos dieron una mona y una onza de chocolate y ahí se terminó la fiesta. Dijeron que todos los niños éramos iguales pero luego, a las que llevaban traje blanco las pusieron a un lado y a los demás en otro, a pesar de que los trajes de ellas no eran suyos, sino que se los habían dejado. Mi hermana María sí tuvo traje blanco y, al año siguiente, mi otra hermana hizo la comunión con el mismo vestido.

Cuando tenía doce años, mis primas me llevaron a la conserva y fui a la fábrica de Jesús Caride. A la siguiente semana cobré nueve duros y mi madre compró con ellos una pila de lavar. Luego me fui a la casa de la prima de mi madre a coser. Ella era modista; estuve poco tiempo aprendiendo y, después, mi madre me mandó al sastre. Así que ya no fui más a la escuela porque tenía que ir mi hermano; de esta forma pasábamos los días. Llevábamos a mi madre a la plaza con todo lo que tenía que vender, dejábamos a los animales preparados de comida, yo me iba a coser y mi padre a la huerta.

No podíamos ir a ninguna fiesta porque éstas eran de noche y nosotros estábamos en la huerta. A lo único que podíamos ir era a misas o a procesiones por la mañana. El invierno lo pasábamos en la cocina. Yo leía alguna novela que un tío mío nos dejaba. Me acuerdo de una, se llamaba Gorriones sin nido. Una leía y los demás escuchaban. Lo pasábamos bien.

Mi primera foto me la hice a los 18 años; se la regalé a un chico porque su madre y la mía querían que saliéramos juntos, pero nosotros no estábamos por la labor. Él venía a verme porque su madre lo mandaba y yo, cuando lo veía se me iba la alegría, pues no podía soportarlo. Me dio una foto suya y de su familia. Vivía en el cuartel de la Guardia Civil que estaba en la calle Eras, porque su padre era guardia. Al final le mandé una carta con todas sus fotos, él hizo lo mismo y ahí terminó todo.

Al que luego fue mi marido lo conocía desde niña. Éramos casi familia pero un día, cuando iba por la calle Mayor, compró caramelos, se acercó hacia mí y, a partir de entonces, venía a buscarme siempre. Mi madre no estaba muy de acuerdo porque decía que iba a tener que estar toda la vida de enfermera, ya que el muchacho tenía úlcera de estómago. Y así fue. Antonio le dijo a mi padre que le diera un trozo de tierra para construir una casa para nosotros y mi padre nos lo dio. Como Antonio era albañil, empezó a construir una habitación con ayuda de algunos amigos.

Nos casamos el día 28 de Junio de 1956, a las nueve de la mañana, porque por la tarde no se hacían misas. Así empezamos el camino juntos. Él trabajaba de albañil, hizo las chimeneas de muchas fábricas de conserva y después de cobrador de autobuses; yo me traía pantalones y chalecos del sastre para coser y así ayudaba. Entre los dos salíamos adelante.

Compramos una máquina de coser y cada uno a lo suyo, como las hormigas. A los dos meses me quedé embarazada. Entonces no hacía otra cosa nada más que vomitar. A los cinco meses me hicieron el primer análisis y tenía azúcar; por ese motivo estuvieron poniéndome insulina dos veces al día y un régimen severo. El crío nació para tirarlo, así que no podía venirme del médico. Con Antonio, el médico no sabía qué hacer: le daba la baja y al tiempo se recuperaba; luego le daba el alta y a los pocos días se volvía a poner malo. Y así todo el tiempo.

Luego otra vez a empezar, con otro embarazo y de nuevo a vomitar. Esta vez me hicieron el análisis al principio y dio que no tenía nada; de

todas formas me mandó unas inyecciones que me dolían a rabiar; pero ya vomitaba menos. El bebé nació a los catorce meses de Antonio. Fue el segundo y se llamó Paco porque tenía que llamarse como los abuelos y, si no, menudo lío: se enfadaban de por vida.

Cuando Paco tenía seis meses, operaron del estómago a mi marido y entonces me trajeron al crío para que le diera leche estando toda la mañana en la puerta del quirófano. Así que le di "veneno". Ya no quiso más pecho y, más aún, "antes se moría que engancharse". Le dio diarrea y no sabía cómo cortarla. Le daba harina de algarrobas; la papilla le sirvió de poco, pues se la hacía con agua. Luego empezaron con la garganta, los acostaba por la noche en la cuna y por la mañana tenían 39 ó 40 de fiebre; luego se ponían bien y otra vez les volvía a dar. Cuando Paco tenía dos años, tuvieron que operar a mi marido de apendicitis; lo operaron de urgencia pero salió bien.

Mi hermano Salvador se llevó a la novia. Como antiguamente eso estaba mal visto, se la llevó a vivir con nosotros a la huerta para casarse y, claro, él estaba sin trabajo y eran otras bocas para comer. Fue un golpe para mi madre, porque al poco tiempo la chica se quedó embarazada. Mi padre tenía preparada una escopeta, por si él decía que no se quería casar, pegarle un tiro.

Mi madre se fue encontrando cada vez peor y la tuvimos que ingresar en el Hospital General porque se puso amarilla. Entonces la tuvieron allí unos quince días, hasta que hicieron todas las pruebas. Nos dijeron que no había nada que hacer. Ella nos pidió que no nos la lleváramos a la huerta. Entonces mi marido le dijo: Usted se viene a nuestra casa. La acomodé en mi cama y allí estuvo hasta que le llegó la muerte el día 1 de enero de 1961. Tenía sesenta y cinco años. Se llamaba María Antonia Pastora, pero todos la conocían como la Pastora.

A los cinco años de Paco, otro nuevo embarazo. El bebé nació el 28 de mayo de 1963. Le pusimos María de los Ángeles, por la abuela. A ésta le

salió un bulto extraño y tuvimos que llevarla a Guadalajara para que se lo quitaran. Mis dos hijos comulgaron juntos con unos trajes que les compré; fue el día de San Antonio. Al final, como no conseguía que se pusieran bien de la garganta, el médico decidió quitarles las anginas, con lo que se pusieron mejor. Luego también hubo que quitarle las anginas a mi hija. A mí también me tuvieron que operar de la vesícula y la hermana de mi marido se vino a mi casa con sus dos hijas para ayudarme. Yo también le ayudaba a ella porque su marido estaba en Alemania.

A los cinco años, otro embarazo y a vomitar de nuevo. Pero entonces pasó el tiempo, llegó el parto y me nació un hijo en buen estado. Fue el 14 de septiembre de 1968. Le puse Ángel Fulgencio, por los dos hijos que se le murieron a mi madre. Cuando tenía quince meses nos cambiamos de casa, la otra la vendimos y nos vinimos al Camino de la Piedra.

Allí me traían gallinas recién nacidas y a los quince días se las llevaban. Yo las cuidaba en una habitación con una estufa. También tenía marranos para engorde y una cerda para criar. Así estuve criando a todos mis hijos y cuidando de mi marido, al que le dijeron que tenía colon irritable y por eso le daban cólicos. Le dieron el retiro por enfermedad.

A mi segundo hijo, Paco, lo mandamos a estudiar a Valencia, pero le encontraron desviación de columna y nos lo volvieron a mandar. Él sacaba los cursos limpios, ya que yo lo mandaba a clases particulares y su padre, los domingos, lo llevaba con su hermano a la playa en un Renault 4L que compró de segunda mano.

Antonio fue a Sanje e hizo Contabilidad. Empezó a trabajar pero, como no tenía Bachiller, por las noches se lo iba sacando. Paco hizo el Bachiller y, como su padre era jubilado y además sacaba buenas notas, le concedieron una beca; se fue a Cartagena a estudiar y se sacó el título de Ingeniero Industrial. Ángeles obtuvo el título de Auxiliar de Enfermería y Ángel el de Administración.

Así cada uno siguió con su vida. Mientras tanto, mi marido y yo seguimos viviendo en el mismo lugar. Él estaba siempre trabajando en la huerta hasta que le hicieron una radiografía y le encontraron una mancha de cáncer en el pulmón derecho. El médico le dijo que dejara de fumar, aunque ya poco se podía hacer, ya que el mal estaba muy avanzado. Así pasó tres años poniéndose cada vez peor, hasta que terminó en la cama sin poder moverse, con el oxígeno puesto; un día entró en coma y ya no se pudo hacer nada; a la noche siguiente murió. Ocurrió el 21 de marzo del 2004. Ahora dedico mi vida entera a mis nietos, a pasar el máximo tiempo posible con ellos y a disfrutar.

Ésta es mi historia; es muy triste, pero me alegro de que haya sido ésta y no otra, por haber tenido a esta familia como mi familia... ■

Un mundo lejos de casa

Inmaculada Pérez Hernández

4º ESO



Inmaculada Pérez Hernández | 4º de ESO

Un mundo lejos de casa

El día en que decidí que ir a trabajar a Holanda sería lo mejor para mi familia, ni por asomo pensaba que aquel viaje llegaría a ser algo inolvidable, tanto en lo bueno como en lo malo.

Salimos de Murcia y, en el tren, llegamos a Holanda. En la estación había cientos de hombres, con sus respectivos contratos de trabajo, que venían de todas partes de España, esperando conseguir algo mejor para los suyos. Era una mañana de invierno. Hacía frío. Yo iba metido en mi viejo abrigo gris, sin rumbo, aburrido y cansado por el viaje. Rondamos, otros y yo, algunas horas por allí, hasta que encontramos un hotel. Aquel sitio no tenía nada que ver con el cálido ambiente español y su aroma a azahar. Aquellas calles eran frías, grises y solitarias.

Cuando empezamos a trabajar, el único pensamiento que me mantenía allí era que, gracias a mi trabajo, mis hijos podrían comer y vivir. Estaba trabajando en un taller de madera, fabricando vigas para sostener las galerías de la mina de carbón que teníamos bajo nuestros pies.

1. El hombre de la cueva

Un día, trabajando en el taller, llegó un hombre con una larga barba gris, de aspecto anciano y que, casualmente, era español. Decía llamarse Santiago. Era de Guadalajara y en España trabajaba en los campos de cultivo. El destino lo había obligado, por unas razones o por otras que nunca nos

contó, a emigrar a Holanda, al igual que nosotros, buscando trabajo. El jefe de taller, un hombre rubio de unos 40 años, estropeado por el duro trabajo que toda su vida había dedicado a la mina, que a la vez era una persona corpulenta, fuerte y con músculos de acero, pero de carácter simpático y agradable, no dudó en darle trabajo junto a mí en el taller.

Días enteros nos pasábamos allí trabajando juntos. Él cada vez conocía más detalles de mi vida, pero yo, por el contrario, lo único que sabía de él era que se llamaba Santiago y que vivía en Guadalajara. Como por la noche dormíamos en un hotel, mi equipaje y parte del dinero se quedaban allí. Santiago no se hospedaba en el mismo sitio que yo. Un buen día, Santiago dijo que tenía que ausentarse un par de horas del trabajo. Yo, aprovechando



la hora del almuerzo, lo seguí, y cuál fue mi sorpresa cuando lo vi adentrarse en un oscuro callejón sin salida, en el que al final había un pequeño agujero, lo suficientemente grande como para pasar; en la lejanía, se veía una montaña con una pequeña caverna, en la que él habitaba junto con su familia. Me acerqué, y al entrar, la cara que pusieron todos al verme fue de sorpresa, ya que nadie esperaba visitas. Pero aún más sorprendido quedé yo cuando encontré a una niña que rondaba los ocho años, tumbada sobre un montón de trapos, pálida, enferma, a punto de morir; nadie sabía qué le pasaba a esa chiquilla cuyo corazón, en un último suspiro, se paró.

Ahora entiendo por qué no me contaba nada sobre su vida. Más tarde me confesó que estaba avergonzado de no poder ofrecer a su familia algo mejor.

2. El San Pancracio de chocolate

Una de las veces que vine a España a ver a mi familia, por el camino compré un San Pancracio de chocolate para mis hijos. Cuando llegué a casa mi mujer, Ángeles, lo encontró tan bonito que quiso guardarlo en la despensa como recuerdo. Con el transcurrir del tiempo llegó el verano y, cuando fueron mis hijos a comer el San Pancracio de chocolate, cuál fue su sorpresa al ver que se les habían adelantado las hormigas.

3. De vuelta a casa

Tras cuatro años de duro trabajo en la mina de carbón, una mañana de primavera cogí el tren desde la estación de Holanda donde, de nuevo, varios centenares de hombres, al igual que yo, esperaban el tren de vuelta a casa. En aquellos momentos sólo pensaba en cómo estarían mis hijos después de haberles visto solamente dos veces al año durante cuatro años. Muchas preguntas rondaban entonces por mi cabeza: ¿Cómo estará mi mujer? ¿Y mis hijos? ¿Habrá cambiado mucho el pueblo? ¿Seguirán los niños bañándose en

el río?... Tras largas horas de viaje el tren, en su recorrido por Murcia, fue dejando a cada trabajador en sus respectivas poblaciones y a mí, como vivía en Javalí Nuevo, me dejó en la estación más cercana, que era la de Alcantarilla.

Andando por el Camino de los Arcos y ansioso por verlos a todos, pensaba en qué sería de mi vida de ahí en adelante. Había pensado en trabajar como agricultor en la huerta, o tal vez el hermano de mi mujer, que trabajaba junto a "la fileta" me ayudaría a encontrar algo. Pero lo principal ahora era ver a mi familia.

4. Cuando no todo va bien

Al volver de Holanda creía que todo iba a ser más fácil, pero las cosas seguían como antes de emigrar. No había trabajo en el pueblo y, si no se trabajaba, no se comía. Mi hermano Antonio trabajaba en la RENFE de Alcantarilla, junto con él José *del Libretes* y más hombres del pueblo, pero yo prefería trabajar en la huerta, así que, como las cosas no iban todo lo bien que yo esperaba, me enteré de que en Corvera había un hombre, dueño de una hacienda, que buscaba trabajadores, y nada más saberlo, me puse en marcha. Cuando nos fuimos, el mayor de mis hijos –que tiempo después murió en un accidente de moto– tenía 18 años.

Cuando llegamos a la hacienda, allí estaba el dueño esperándonos; nos enseñó la casa donde viviríamos los próximos cinco años. Aquellos años fueron de los más felices de mi vida. Allí conocimos a mucha gente, gente buena que nos echó una mano en todo momento y que, a pesar de los años, siempre estuvo ahí para ayudar. Recuerdo que en la finca teníamos un caquintero. Sus frutos se comen muy maduros o, de lo contrario, la boca queda áspera. Pues algunos de los trabajadores, que no conocían ese tipo de árbol, se comieron los frutos sin madurar y mis hijos, que estaban allí mirando, comenzaron a reír de tal manera que, cuando podían parar y ver las caras que ponían los trabajadores, comenzaban a reírse de nuevo.

5. El hombre devorado por los lobos

Son casi infinitos mis recuerdos sobre aquellos años que estuve en Corvera, pero no todos son todo lo buenos que a mí me gustaría. En una ocasión, llegaron unos cuantos hombres del pueblo pidiendo ayuda, debido a que la noche anterior alguien había desaparecido en la montaña. Tras largas horas de búsqueda, y después de dividirnos en grupos para hacer más eficaz nuestro trabajo, encontramos restos humanos con signos de haber sido devorados por una manada de lobos. Aquel hombre era una de aquellas personas con las que daba gusto tener una conversación civilizada y ser su amigo.

6. Una dulce despedida

Mis días en Corvera como trabajador del campo se acababan. Por una parte tenía ganas de volver, porque añoraba el ambiente de Javalí Nuevo, ese pueblo tan pequeño que tanto me había dado: una familia, unos amigos y el placer de vivir en él y de sentirme bien; pero por otra, ahora que me iba de Corvera, sentía que dejaba atrás un importante periodo de mi vida, en el que había conocido a buena gente y que me acompañaría en el lecho de muerte. Pero la realidad se imponía y, tras una cálida despedida, regresábamos a Javalí Nuevo...

7. Una vida tranquila

Cuando nos vinimos de Corvera, empecé a trabajar como agricultor asalariado en la huerta, de sol a sol, porque eso era lo único que había. Vi casarse a tres hijos y a una hija, e incluso enterré a uno cuando aún era joven. Ahora estoy aquí, sentado en mi mecedora, frente a una televisión que tengo en mi cocina, esperando a que la vejez me depare una vida tranquila hasta el fin de mis días... ■

Cara y alma resplandecientes: la abuelita Antonia

Francisco J. Martínez Navarro

4º ESO



Francisco J. Martínez Navarro | 4º de ESO

Cara y alma resplandecientes: la abuelita Antonia

1. La infancia (1925-1940)

Una florida mañana de mayo, concretamente el día 13 de 1925, nació Antonia en una enorme casa del Puerto de Mazarrón, con unas vistas traseras al Mar Mediterráneo desde arriba y a la derecha unos jardines llamados El Huerto, con unos pinos altísimos, algunos de ellos centenarios.

Antonia era un bebé muy muy chiquitito, tanto que, al envolverla en los pañales, su madre se quedó con la ropa y ella se resbaló desnudita y cayó al suelo; siempre ha tenido mucha suerte y afortunadamente no le pasó nada

En otra ocasión, con sólo 2 años, siempre se sentaba junto a su madre mientras ella le daba el pecho a su hermano. Un día su madre salió un momento al patio y unos niños que jugaban en la calle lanzaron una piedra que rompió el cristal y rebotó en la cuna, justo en el lugar en el que la niña solía estar sentada junto a su hermano.

Creció entre sueños y juegos, reales e inventados. Pronto cogió un lustre considerable y nunca más estuvo delgada. Le encantaba la leche espumosa y blanca de cabra recién ordeñada. A su madre le preguntaban qué le daba de comer a su hija para que fuese tan guapa, hermosa y esclarecida. No parecía familia de sus hermanos, que eran delgadísimos.

La escuela le interesaba mucho y aprovechaba cada minuto; aun así no podía asistir todos los días, ya que su madre le ponía otras tareas en casa.

Desde muy pequeña sabía lo que quería. Se interesó por la vida y milagros del Señor y se apuntó por su cuenta a clases de Catequesis para prepararse a hacer la comunión. El día de ésta no fue muy afortunado, ya que el grupo de niños con los que había comulgado fueron juntos a saludar por las casas del pueblo más próximas a su casa y la gente, al verlos tan alegres e ilusionados, les daba dulces y monedas de los que se apropió la más espabilada y de corazón menos tocado por el Señor, al que acababan de recibir, dejando a Antonia y a los demás niños y niñas sin dulces y sin monedas. Para colmo, al llegar a su casa, su madre la regañó por haber ido a casa de desconocidos.



Recibió una educación muy severa por parte de su madre, mujer dura, fría, distante y excesivamente rigurosa para con sus hijos. En cambio, su padre era la misma dulzura, el aplomo y la tolerancia.

Después de terminar la guerra, recibió clases de corte y confección. Las aprovechó bastante bien, ya que confeccionaba la ropa de sus hermanos y la suya propia con mucho cuidado y primor. También comenzó a elaborar su ajuar, pues desde muy joven había iniciado un noviazgo que duraría seis años.

2. Su vida con Juan (1940-1959)

El 29 de diciembre de 1940 se celebraba en la plaza de la iglesia del Puerto de Mazarrón, tras haberse celebrado el día 28 en Los Lorentes, la festividad de los Inocentes, con los Rebuzzos, fiesta popular que consistía en despeinar, poner herraduras y hacer rebuznar a los jóvenes que rondaban a las chicas. Si intentaban zafarse de tales bromas debían pagar al "burro", que era un señor adornado con un montón de cintas de colores alrededor de un sombrero. Antonia estaba sentada en primera fila cuando "el burro" se dirigió a la parte posterior de su sitio, pretendiendo despeinar a un muchacho. Antonia se dio la vuelta y se encontró con unos ojos verdes maravillosos que la cautivaron al instante. Era Juan quien, dirigiéndose a ella, le dijo: ya le he dado bastante.

Esa tarde fueron, Antonia con su madre y Juan con sus amigos, a los adagios. Aprovechando la ocasión, el chico estuvo hablando con ella toda la noche. Al día siguiente, aunque Antonia no lo vio, Juan estuvo rondando la puerta de su casa, ya que una vecina llamada María la Mediamoja le dijo al oscurecer: ¿A quién rondaría un chico con un traje oscuro y unos guantes negros que ha estado calle arriba calle abajo toda la tarde? Pronto lo supo ya que, desde entonces, Antonia recibió todos los días una carta de su amado Juan, mandándole incluso un sello dentro para que le contestase.

La muchacha empezó a ver la vida color de rosa y vivía con impaciencia cada vez que llegaba el fin de semana y venía Juan de estudiar, primero el Bachiller Superior y después la carrera de piloto de aviación.

Vivió un amor con un hombre que la respetaba, la hacía reír, la enseñaba y corregía en sus cartas, con lo que mejoró notablemente su ortografía. Sólo sufrió un tormento el 9 de Febrero de 1944, cuando Juan sufrió un accidente de aviación: el avión se destrozó totalmente pero él, aunque muy accidentado y con varias fracturas, sobrevivió. El susto que llevó Antonia cuando Francisco, el hermano de Juan tres años mayor que él, le dio la noticia de este accidente, le hizo perder el apetito y su sistema nervioso se resintió, llegando a estar muy enferma. Cuando lo visitaba en el hospital, él no dejaba de hacer bromas para hacerla reír y restar gravedad a la situación. En una de las visitas, Juan le dijo a su madre, la señora Catalina: Madre, cómprele unos zapatos a Antonia, que yo quiero regalárselos. Antonia los estrenó pronto con unas medias de seda que le había dado su tía María de Valencia, hermana de su madre. Era tan grande su amor que, después de tres meses de hospital, una Semana Santa en que Antonia se había trasladado a casa de su tía para estar cerca de su novio, éste fue a verla andando con la escayola, por lo que ésta se partió.

Cuando llevaban ya seis años de noviazgo, Juan habló con su suegro, el señor Paco, y le pidió permiso para casarse con su hija. Antonia, pegando la oreja a la puerta, apenas oía nada, pero sí entendió: Muchacho, y tú, ¿con qué cuentas para sostener una familia?, a lo que Juan respondió, poniendo un gran énfasis en sus palabras: Con un sueldo fijo y mucho amor.

Le hicieron el traje de novia en Mazarrón, blanco, largo, rizado, con el cuello en forma de V, rematado por una gola de gasa; Antonia estaba tan delgada que parecía una comulgante.

El día de la "toma de dichos" iba con su pelo rubio recién lavado, con unas ondas y un brillo increíbles. En cambio, el día de la boda vino una chica

entre las invitadas, se presentó voluntaria para peinar a la novia y no la dejó muy favorecida. Hizo un día soleado para ser finales de octubre –el 23– y, cuando iba a entrar a la iglesia, empezó a levantarse un aire que hacía que el velo se moviera.

El tapacubos del coche de novios salió disparado en la carretera de San Javier. No tuvieron viaje de novios; sólo partieron en un taxi hacia San Javier, donde Juan había preparado la casa y Carmelina, una señora del lugar, había hecho la cama, dejando encendidas las lamparillas. Allí estaba el cofre lleno con el ajuar de Antonia, porque Juan lo había traído con anterioridad.

En San Javier vivió mi abuela los mejores años de su vida. A los trece meses de haberse casado tuvo su primer hijo, su Pepe, un primor de niño rubio, blanco y precioso.

Antonia vivía para su marido y su hijo. El sueldo era pequeño, pero ella se amoldaba y, con la cartilla de racionamiento y lo poco que compraban, eran muy felices. Se desplazaban en moto, los tres juntos, e iban a Cartagena muy a menudo en el autobús de la Ciudad del Aire. También frecuentaban, en vacaciones y cuando las ocupaciones de Juan lo permitían, a los padres de Antonia y a la madre de Juan. A esta última le llevaban suministros y ella los incorporaba a su negocio, que era la Venta Navarro.

Antonia vivía con intensidad cada momento. Cuando matricularon a su hijo en las monjas de San Javier, se angustiaba ante la severidad de éstas. Un día la hermana superiora, indiferente a las súplicas de que permitiese al niño que no buscara más una goma perdida, ya que el chico se quería ir con su madre y ella se lo quería llevar, dijo a la profesora en un tono altanero y bastante serio: Deje al niño, hermana, ¿no ve que la madre es más niña que el niño? La mujer era contraria a cualquier riña o sombra de maltrato y sólo quería darle amor a su hijo, sin ninguna severidad.

Su Pepe hizo la comunión y, como estaba previsto, ella se quedó embarazada de nuevo. Un 9 de febrero, pasados ya varios años desde el accidente de aviación de Juan, esta vez hubo una gran noticia: nació una hija, tal y como el padre quería, morena, al menos de pelo, pero de piel muy clara. La llamaron María Ángeles; eligieron el nombre después de haber escuchado los cohetes el pasado 2 de agosto, en la fiesta de Los Alcázares. A los siete meses destinaron a Juan a Alcantarilla. Antonia se dejó parte de su corazón en San Javier, en donde había vivido en dos casas distintas, hecho grandes amigas y pasado ratos inolvidables, como cuando se juntaban a preparar obras de teatro organizadas por el director de correos, que contaba con actores noveles, mezclando la cultura y la diversión sólo por el gusto de difundirlas y sólo por amor al teatro.

Cuando el coche que les traía enfiló la calle Montoya, una calle empinada, a Antonia le invadía una zozobra interior que no se atrevía a explicar. Se instalaron primero en una casa y, a los pocos meses, en el número 6: ésta fue la definitiva durante algunos años. Era una casa preciosa, con azulejos de estilo andaluz en tonos negros en la entrada, rematada por un arco y dos columnas; en ella colocaron unos sillones de mimbre muy señoriales y dos maceteros altos negros. En el salón, lo más notable era el techo rematado con una especie de escayola rodeando el lugar idóneo para la gran lámpara de cristal que colgaba elegante; al lado derecho se dejaba caer una majestuosa escalera de mármol blanco que potenciaba las dimensiones de la casa. La cocina era lo suficientemente amplia como para poder comer en ella, pero sólo lo hacían en el desayuno. El patio era alargado, con una pila al fondo y un cuarto de aseo. En la entrada había una sala con un gran ventanal de forja verde que daba a la calle. En la parte superior de la vivienda tenían dos habitaciones, una la de matrimonio con dos balcones a la calle y la del chico, con una ventana que daba al patio. Junto a las habitaciones había un cuarto de baño, blanco y con detalles de escayola muy originales en el techo. Y una enorme terraza con una balaustrada preciosa.

Los vecinos eran gente muy buena y enseguida lo pudo comprobar toda la familia. María, Vicente y sus hijas Pacita, Aurorín y su hijo Paco, tenían un abuelo que había luchado en la Guerra de Cuba y aún contaba las penalidades que había tenido que pasar allí, hasta llegar a tener que beber su propio orín. También estaban Pepita Clares y su padre, el señor Clares, que tocaban el piano; su marido Amaro Torres, que tenía una bodega de los vinos Torres, procedente de Villarrobledo y el hijo de ambos, Benito, que se hizo muy amigo de Pepe. También estaban Lola, Sebastián, Loli y Miki, a los que les encantaban los animales y tenían un gallo al que llamaban Nene y una gallina a la que llamaban Mi miga. O la señora Caridad, el señor Luis, Paca, Pepe el Guirao, Carmen del Boquerón y su marido, Pacuchi, sus hermanas, sus padres y la hija de la peluquería de Venancio. Además, la familia de Quinita y Lita, Josefa y el señor Justo. Y, el principio de la calle, era característica la farmacia de la escalera que, aunque reformada y con otros dueños, aún persiste en el mismo lugar.

La vida en Alcantarilla transcurría normalmente; el hijo empezó a ir al instituto a Murcia y los fines de semana iba al Cine Mercantil. Muchas tardes, toda la familia se acercaba a la Base a ver volar al padre, a montar en bici el chico, a corretear la niña y, en general, a disfrutar de aquel enorme espacio. Cuando estaba embarazada de su hija compraron un terreno de 2.500 m² en El Alamillo, frente a la venta de la madre de Juan. Allí se empezaron a construir una casa y Juan se propuso invertir en un negocio, instalando una cerámica para cocer ladrillos y tejas. Esta empresa, al no poder ser vigilada de cerca por Juan ni por Antonia, ya que ellos estaban en Alcantarilla y se acercaban sólo cada dos o tres días, les trajo problemas y tuvieron que cerrarla. Cuando estaban decididos a terminar la casa y ya habían ahorrado lo suficiente para pasar un verano desahogados y felices los cuatro, el marido sufrió otro accidente de avión, esta vez mortal, el 7 de junio de 1959 y Antonia se quedó con sus dos hijos, Pepe de once años y M^a Ángeles de cuatro, pero muy sola.

3. La vida sin él (1959–2008)

Se quedó sola, sin su amor, sin su amigo, sin su apoyo, sin nada y no tenía ganas de vivir, pero tenía dos hijos. Para colmo de males, el sueldo se retrasó durante año y medio y Antonia tuvo que recurrir a los ahorros para terminar la casa y poder sobrevivir. Fueron años sin ilusión y la fuerza sólo la encontraba en el Señor que, pese a todo, no le falló. Cuando la paga no venía y no podía más, miraba un cuadro con una imagen que tenía del Corazón de Jesús y pedía un consuelo que al final vino. Con el sueldo del marido llegó, al menos, la estabilidad económica; lo echaba de menos a cada paso que daba y le preocupaba sobremanera una cosa: ver a sus hijos bien situados.

Con sólo 16 años, su hijo terminó una "mili" que a ella casi le cuesta la vida, por las noches en vela a causa de las guardias de su hijo tan pequeño; era todo muy difícil, no tenía fuerzas pero, cuando a su hijo le dieron una ropa muy usada, sucia y en mal estado, fue a ver al responsable del reparto de la ropa y le dijo: Si fuera tu hijo, seguro que hubieras tenido un poco más de cuidado. Le cambiaron la ropa por una en condiciones pero, en lo demás, no podía hacer nada más que rezar. No obstante, luchó porque sus hijos estudiaran y no les dejó trabajar ni siquiera en verano, sólo estudiar y sacar una carrera. Ésta era su máxima aspiración y lo consiguió: su hijo Pepe hizo Magisterio y Filosofía y Letras; en la actualidad es Director de un instituto. Su hija Ángeles hizo tres especialidades de Magisterio, Filosofía y Letras y Ciencias de la Educación, sección Psicología. También hizo el Doctorado y, en la actualidad, ejerce como profesora.

Antonia estuvo sumida en una depresión muy grande; antes se decía simplemente que estaba mala de los nervios. Ella seguía haciendo perfectamente todas las cosas de la casa, sus labores y primores de ganchillo, pero durante 20 años no pudo salir a la calle porque le daba terror. Todo eso lo fue superando poco a poco, a medida que sus hijos crecían. Y lo superó to-

talmente cuando sus hijos sacaron las oposiciones, los dos en el mismo año, el mayor de Agregaduría de Geografía e Historia y la menor como profesora de matemáticas, con 23 años. ¡Ya pueden sobrevivir solos! –se dijo.

En esos veinte años se dedicó en cuerpo y alma a sus hijos, a encauzarlos y a que no se desanimaran en los estudios. Los guió muy bien, haciendo de ellos un hombre y una mujer de bien, comprometidos con el trabajo, la verdad, la responsabilidad y el amor. Su hijo se casó muy joven con una buena chica de Alcantarilla llamada Mari, hija de un médico que era muy buena persona y que conocía a la familia desde que llegó. Le dieron dos nietos cuando Antonia aún era muy joven –tenía sólo 45 años–, una niña rubia muy parecida a su Pepe, llamada también M^a Ángeles y un niño llamado Juan, precioso desde que nació, muy vivo y alegre; desde pequeños se notaba lo listos que eran.

Los nietos por parte de Ángeles tardaron más en llegar ya que la hija, además de ser bastante menor que su hermano, no se casó tan joven como éste. Lo hizo con un buen chico de Archena, con características muy parecidas a su padre, llamado Francisco José. Tuvieron dos hijos, Francisco Juan y José Daniel, buenos y nobles; el primero de pelo castaño claro y piel muy clara y el otro moreno, ambos con unas pestañas larguísimas. Como su hija trabajaba de profesora, Antonia los cuidaba mientras eran unos bebés, los disfrutó y los crió como a sus propios hijos; ellos la adoran.

Su vida actual transcurre en su pequeño apartamento, encima del Estanco de Rafael, entre sus flores, su ganchillo y sus recuerdos. Revisa sus fotos, lee la Biblia y se dedica a cosas del Señor y de la Iglesia. A sus 83 años, su aspecto es muy agradable; su cara y su sonrisa están siempre resplandecientes; no cuenta penas; cuando éstas aparecen canta, hace palmas, se pinta los labios y se cambia de pendientes. Estos trucos los ha aprendido de su hija que, ante las dificultades, siempre se dice: Ángeles, mira hacia adelante, píntate los labios, ponte unos aros muy grandes y sonríe a la vida.

En su corazón siempre está él, su amor, siempre tiene flores frescas ante su foto, y siempre tiene un recuerdo para él, esté donde esté.

4. Epílogo: Cosas del alma

La casa de la playa, aunque no la disfrutó con Juan, la habitó durante muchos años con el cariño con el que la había fraguado, junto con él. Tenía unas vistas maravillosas a la Playa Negra, un camino rodeado de álamos, palmeras, con unas lagunas llenas de nenúfares y rodeadas de margaritas, amapolas y lilas. Por la mañana se olía a mar, a romero y a hinojo. Hace ya cuatro años que la derribaron para hacer una urbanización de alto nivel pero Antonia aún sueña que está en la casa, con su Pepe, sus nietos o sus queridísimos cuñados, Diego y María, que eran como hermanos para ella y sus hijos. A veces sus recuerdos la alegran, como cuando hacían tertulia sus cuñados, ella y su hija, y contaban anécdotas del pasado. Por ejemplo cuando Fernando, hijo de la prima Emilia, quería ser torero y a Diego no se le ocurrió otra cosa que disfrazar a su hijo Pepe de toro, con "perfollas" de las panchas y unos cuernos muy elaborados. Al ver al supuesto animal, Fernando salió corriendo y dijo: ¡Yo no toreo eso! ¡No, no es un toro, eso es una "fiela"!

¡Qué momentos tan inolvidables! Las plantas de María y la vista preciosa desde el porche de su casa, muy cercana a la de Antonia en El Alamillo. Se pasaban las horas viendo corretear a los niños bajo las palmeras, ante un fondo de mar azul; la casa "colorá", a la derecha, parecía que nadaba en el mojón de la Playa Negra.

¡Habían puesto tantas ilusiones al planear su casa, con detalles inigualables...! Las esquinas interiores eran redondeadas, obra de la mano de Pepe de los Llanos, maestro albañil de la zona. Las estanterías de la despensa, con

sus cajones para los alimentos, totalmente alicatados y rematados de aluminio, todo realizado totalmente por Juan. El sabor de los pimientos fritos con huevos que, unidos al olor de campo y mar, sabían exquisitos junto al hogar de la cocina, que tenía unos azulejos blancos preciosos con una mesa de piedra roja muy original.

Recordaba las primeras palabras de su hijo Pepe y su carita sonrosada, poniendo un dedito sobre sus labios y emitiendo un sonido de silencio –¡ssshhhhh! ¡Qué risas y gracias hacía delante de sus tíos y de su abuela!

Cada alhaja, cada botón o cada detalle que le traía su marido era un mundo para ella. Era su corazón, su amor, su vida ■

Historia de mi abuela

Francisco J. Camps Cabellos de Oropesa

4º ESO



Francisco J. Camps Cabellos de Oropesa | 4º de ESO

Historia de mi abuela

Mi abuela nació en 1926, en Valdecarpinteros (Salamanca), en una época turbulenta a nivel político. Gobernaba Primo de Rivera. Para cuando mi abuela tenía cinco años, ya había habido tres cambios de gobierno y en 1931 abdicó el rey y se proclamó la República. A nivel económico había una gran euforia, con un notable desarrollo de infraestructuras, entre las que destacan la creación de las cuencas hidrográficas, CAMPSA y Telefónica. La población española creció en el primer tercio de siglo, pasando de 18,6 millones de personas en 1900 a 23,5 en 1930. Hubo gran emigración de la gente a las ciudades, con el 50% de población urbana en 1930.

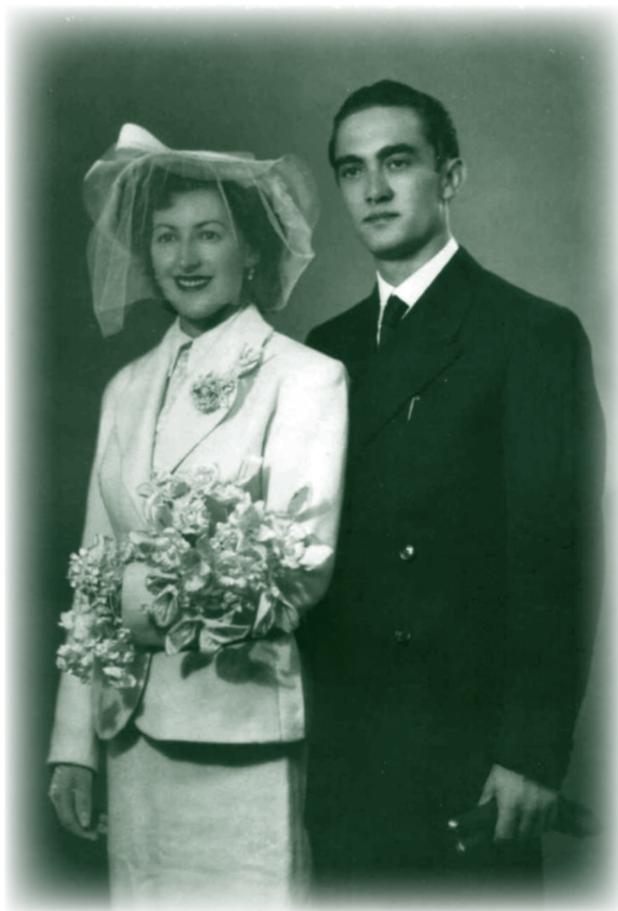
Pero mi abuela se crió en el campo, ya que su padre tenía muchas tierras para el ganado y también tierras cultivables. Mi bisabuelo se dedicó siempre al campo pero, como no tenía hijos, un hombre le ayudaba, aunque mi abuela y sus hermanas también le echaban una mano en determinadas tareas, como echar de comer a algunos animales, regar las plantas, sembrar, recoger fruta de los huertos; pero todo esto pasaría un poco más tarde...

De momento mi abuela era una niña de cinco años a la que le gustaba jugar con las pocas cosas que había y con la imaginación que una cría de esa edad podía tener. Con esa edad, mi abuela comenzó la escuela, a la que le gustaba mucho ir a aprender cosas.

Sus abuelos vivían en la ciudad y, de vez en cuando, le compraban y regalaban cuentos. Ya desde pequeña despuntó en la lectura y cuenta que,

desde entonces, no ha dejado de leer. También le gusta mucho escribir y, sobre todo, dibujar. Con el tiempo leerá a todos esos autores contemporáneos de la Edad de Plata de la Literatura Española, concretamente a los de la Generación del 98 y del 27.

Mi abuela tenía diez años cuando, por motivos políticos, comenzó un nuevo periodo turbulento que acabaría con la guerra civil española en 1936 y la división del país en dos zonas. Como mi abuela vivía en Salamanca, pertenecía a la parte nacional, pero la guerra trajo además muchas consecuencias nefastas: demográficas, con la pérdida de gran parte de la



población joven; económicas, ya que se destruyó la industria del país, lo que llevó a una economía básicamente agraria, al hambre y a las enfermedades de la posguerra.

Mi abuela vivió la guerra, pero tuvo la suerte de que en esa zona no hubo mucho conflicto, pero sí que escuchó el ruido de las bombas y vio pasar los aviones; por ello se vivía con cierto miedo. En los años siguientes a la guerra, mi abuela me cuenta que no pasó muchas penurias, ya que su padre tenía tierras en las que cultivaba todo lo necesario.

La guerra terminó en 1939 y se impuso el régimen franquista. Hasta bien entrados los años cincuenta, España sufrió las consecuencias de la guerra y de la posguerra. Mi abuela seguía viviendo en su pueblo y continuaba en la escuela. Disfrutó mucho en el campo. Me cuenta que le gustaba mucho subirse a los árboles y coger moras, colgar cuerdas y hacerse columpios, ir al huerto a coger frutas y verduras, también salir a coger higos, ir a la era con su padre para subirse en el trillo mientras se trillaba la paja y acercarse al apeadero del tren y ver pasar los trenes. También le gustaba bastante ir a la pradera y sentarse a leer.

Así pasaron los años hasta que, en 1945, su padre fue requerido por un marqués para que llevara la administración de sus tierras. Toda la familia se desplazó hasta Extremadura, a una finca llamada El Fresno, donde predominaban las encinas y que muy cerquita tenía un pantano llamado El Borbollón, que todavía existe. Mi abuela asistió a su inauguración; fue construido por el régimen franquista.

Una escuela adosada a una iglesia cambiaría la actividad de mi abuela. La maestra se puso enferma y mi abuela la sustituyó. Al principio fue por poco tiempo, pero luego resultaron ser cinco años. En estos años mi abuela fue muy feliz, porque le gustaba estudiar Magisterio.

En El Fresno conoció a mi abuelo, militar destinado en esa zona. Después de un tiempo, a la edad de 26 años, se casó y comenzó su andadura

por diversas zonas de España. Primero estuvieron en un pueblo de Cáceres llamado Villanueva de la Sierra. Allí nació su primer hijo; el segundo nació en El Borbollón. Los años en Villanueva no fueron fáciles para mis abuelos. El cuartel donde vivían era muy viejo, lleno de humedades y compartían con otros vecinos algunas dependencias.

En cuanto pudo, mi abuelo pidió otro traslado y se fueron a vivir a Montehermoso. Las cosas allí fueron mejor, aunque hay que recordar que se estaba saliendo de la posguerra y la vida no era fácil para nadie: se carecía de bastantes cosas. En este pueblo nació mi madre. Mis abuelos me han contado que ese día fue un día de nieve, de mucha nieve. Las compañeras de mi abuela le dijeron que la llamase María de las Nieves, pero a mi abuela siempre le había gustado Pilar y así es como se llama.

En este pueblo mi abuela hizo muy buenas amigas; además estaba muy cerca de la casa de sus padres, a los que visitaba con frecuencia. También vivían cerca sus hermanas. Los militares, según mi abuela, tienen un inconveniente o una ventaja, según se mire. Para ella era una ventaja que mi abuelo ascendiera, y el vivir en diversos pueblos o ciudades, lo que ha hecho que conozca a mucha gente, la cultura de otros pueblos..., pero siempre le ha dolido estar lejos de la familia, tanto de la suya como de la de mi abuelo.

Un nuevo ascenso les lleva esta vez hasta Valladolid. Primero sería un pueblo, a 40 kilómetros de la capital, y después a la misma capital. Allí estuvieron unos once años. Mi abuela recuerda el tiempo allí vivido como muy bueno. Valladolid es una ciudad cultural y artísticamente impresionante y a mi abuela el arte siempre le ha gustado. No quedó monumento ni museo sin visitar. Además tenía buenos colegios, buenos cuarteles e hicieron muy buenos amigos. Allí se casó su hijo mayor y allí viven sus nietos, por lo que siempre se sentirá ligada a esta tierra.

Entre los años 1960 y 1975 se dio una gran evolución política en España. Este periodo corresponde con la historia de mi abuela, desde que nació

hasta que mis abuelos se trasladan a Valladolid. Franco, debido a su edad, tiene que designar un sucesor y éste será Juan Carlos de Borbón, nieto del rey Alfonso XIII. Este hecho ocurrió en 1969.

A partir de entonces, en España se inicia un periodo de acelerado crecimiento económico que propicia la aparición de la sociedad del consumo, la extensión del uso de los electrodomésticos; dos tercios de los hogares tenían televisor en 1969 y una cuarta parte de las familias tenían automóvil.

Referente a esto, mi abuela me contó que hasta que no llegaron a Valladolid no tuvieron televisor y apenas tenían electrodomésticos, sólo una lavadora que había que vaciar mediante una goma, una radio para oír las noticias y poco más.

Fueron de los primeros en comprarse una televisión en blanco y negro –porque en color no existían– y fue todo un acontecimiento para los familiares y vecinos, que se dejaban caer por allí para ver los partidos y los niños los dibujos animados. Mi abuelo también se compró un coche. Me han dicho que hacían muchos viajes con él y, a pesar de ser un SEAT 850, lo llamaban "todoterreno".

En 1975 mis abuelos dejan Valladolid y se van a Murcia, concretamente a Molina de Segura. Este traslado coincidió con la muerte de Franco. Juan Carlos I fue proclamado rey. Se inicia un proceso de transformación que llevará de una dictadura a una democracia. El gobierno de Suárez hizo frente a dos desafíos: elaborar una Constitución y hacer frente al terrorismo de ETA.

Desde el principio mi abuela, persona abierta, encontró buenas amigas y, como ya tenía los hijos mayores, comenzó a asistir a los centros de promoción de la mujer, donde daban charlas y hacían algunos trabajos de artesanía, Más tarde asistió a cursos de dibujo y pintura, algo que desde pequeña le había gustado hacer.

Así van transcurriendo los años en Molina de Segura hasta que, en 1980, otro ascenso –y esta vez el último– de mi abuelo les lleva a la provincia de Huelva, donde están aproximadamente un año y medio, hasta que regresan de nuevo a Molina.

En este pueblo, llamado Encinasola, mi abuela estuvo muy a gusto. Aparte de que estaba con familiares de mi abuelo, que es de Huelva, al ser un pueblo de escasa contaminación, rodeado de encinas, a mi abuela le recordaba mucho a su pueblo natal. Estando en Encinasola y debido al deterioro político que se inicia en 1980 por el brutal terrorismo de ETA y el malestar de muchos militares de extrema derecha, se iniciaron los contactos para la preparación de un golpe. Un grupo de guardias civiles, al mando del Coronel Tejero, entraron en las Cortes y decretaron el estado de guerra. Afortunadamente el rey actuó rápidamente.

En el 83, mis abuelos regresaron a Molina. En este año nació su primera nieta y en el 85 su primer nieto. En el 90 se casaron mis padres y en el 92 nací yo. Como mis padres trabajaban, mis abuelos se encargaron de mí hasta que tuve la edad de ir al colegio a los 4 años.

Los dos primeros años mi abuela me sacaba de paseo, me llevaba a ver los patos, me daba la comida, hasta que regresaba mi madre del trabajo. Ya con dos años, mi abuela me llevaba a la guardería y me recogía, porque estaba muy cerca.

Siempre que mi madre ha necesitado que cuidara de mí o de mi hermano lo ha hecho con agrado. No le ha costado contarme a grandes rasgos su historia y, aunque dice que necesitaría un libro para contarle todo, sí me he hecho una idea de lo que ha sido su vida ■

Lo que de verdad importa

Raquel Morales Dato

4º ESO



Raquel Morales Dato | 4º de ESO

Lo que de verdad importa

Yo nací cuando faltaban siete meses para que se terminara la guerra. Viví en el franquismo; era la menor de cuatro hermanos. Nací en mi casa y, desde pequeños, mis hermanos y hermanas cuidaban de mí; cuando era chica estuve a punto de quedarme ciega por culpa de algunas medicinas.

De pequeña, mi madre me contó que en el tiempo de guerra se llevaron a mi padre y mi madre me tuvo un día sin mamar. Se la llevaron para que declarara dónde estaba mi padre y ella dijo que no sabía nada. Lo querían coger porque había vendido la uva de su jefe y querían que le diera el dinero, pero no lo tenía, lo tenía su jefe. Montaron a mi madre en un coche para llevarla a la Puebla de Mula, para interrogarla, pero no le decían nada y a las 3 de la mañana la dejaron libre en el camino.

No tuve ninguna comodidad, excepto una radio de pilas. Nos alumbrábamos con un candil; la luz era de carburo y aceite. Fui al colegio público; era de monjas; allí jugábamos a las crucetas y a la comba. El colegio estaba dividido en parvulitos y "señoritas" aparte. Las "señoritas" llevaban siempre algo para comer y el trozo que les sobraba se lo daban a la monja para que lo fuera repartiendo poco a poco. Un día me castigaron y me metieron en el armario donde tenían los trozos de bocadillo. Tenía que estar rezando en voz alta, pero aun así me comí varios trozos; cuando me sacaron, la monja miró el armario y me preguntó:

– ¿Te has comido los trozos de bocadillo, María?

A lo que yo repliqué:

– Sí, porque tenía mucha hambre y no me pude resistir a coger algunos.

Y ella me contestó:

– Pues mañana volverás a meterte en el armario.

En el colegio también nos daban palmetazos con la regla cuando nos portábamos mal, o copiábamos, o no nos sabíamos la lección; nosotros nos callábamos o llorábamos.

El pueblo, al igual que el colegio, también estaba dividido en "señoritos" y pueblo llano, siendo los "señoritos" los ciudadanos de primera que gozaban de privilegios. Como ejemplo de esta separación, valga el hecho de que



el casino estuviera dividido en distintos ambientes, siendo el mobiliario de la parte de los "señoritos" de buena calidad y con asientos de piel, mientras que el de los criados tenía tableros por mesas y asientos de madera.

Mis padres me mandaban a por el pan y me daban seis chuscos. Se compraba con cartilla; yo me ponía de nuevo en la cola, pedía más pan y me lo comía antes de llegar a mi casa, porque tenía mucha hambre.

Nosotros lo que hemos comido ha sido naranjas y limones que se pelaban, se escurrían y se les echaba pimienta molida. En Nochebuena y Nochevieja cenábamos cabrito. Cuando estábamos más desahogados de dinero, mi padre echaba cuatro pavas de cría y dos pavos; los huevos se guardaban y se sacaban pollos y pavos y nos los íbamos comiendo. Cuando había gallinas, los huevos se vendían. Los sábados mi madre iba al mercado, los vendía y compraba tres kilos de sardinas, las metía en una olla de barro, les ponía papel y las trabajaba. Llegada la hora de las migas, cocía los pimientos secos y las hacía; a las doce o trece horas bebían caldo y, si no, asaba en la lumbre tres sardinas y nos daba la cabeza a uno, a otro cola y nos íbamos turnando; les quitábamos la raspa, derretíamos el pringue, se le añadía un chorro de aceite y nos las comíamos con las gachas migas. Por la noche comíamos potaje de hierbas, acelgas o hinojos y a veces patatas; también hemos comido harina de panizo en tortas, hierbas silvestres y "cerrajas" en ensalada.

A los nueve años dejé el colegio y me tuve que ir a trabajar cuidando pavos, cobrando tres pesetas a la semana. Después de criar los pavos trabajé en la fábrica de conservas, ganando ocho pesetas, cuando mis hermanas ganaban dieciséis y, si venía alguien que parecía un inspector, me tenía que esconder porque no tenía la edad para trabajar. Cuando no había trabajo en la fábrica, me iba con mi padre a cuidar las "borregas", cortando hierba para ellas y pastoreándolas.

No usábamos zapatos, calzábamos sandalias de goma; las lavábamos con polvos y las restregábamos para blanquearlas y así poder tenerlas al día

siguiente para irnos a trabajar. Y de ropa sólo teníamos lo que llevábamos puesto; también lo teníamos que lavar por la noche y secarlo con "panizo", que así se llamaba al maíz.

Como tenía que trabajar mucho no me dejaban salir, sólo a oír misa de noche. Yo calentaba el agua en la lumbre y me lavaba pero, cuando ya estaba lista para salir, mi padre no me dejaba; por eso no tenía muchas amigas, pero con las pocas que tenía nos contábamos todas las cosas.

Un día, cuando eran las fiestas del Niño de Mula, salí y, paseándome, conocí a José. Al principio mis padres no lo querían, pero yo empecé a salir con él; por eso mis padres y mis hermanos no me hablaban, menos una, mi hermana Serafina, que sí me seguía hablando. Así estuvimos durante cuatro o cinco años.

Mis padres me empezaron a hablar cuando nació mi primer hijo, Sebastián. Cuando se lo llevé para que lo conocieran, mi padre me dijo: Es tan guapo como tú. Y me empezaron a hablar poco a poco. Pero no fueron al entierro de mi hijo y mis hermanos tampoco; al menos me hablaban y día a día me fueron hablando todos menos un hermano, Pedro, que aún sigue sin dirigirme la palabra.

Mi padre se murió cuando yo tenía 26 años, por enfermedad de bronquios. Mi madre se murió a los 70 años, de cáncer de pecho; murieron los dos en casa, cuando yo ya me había ido con José.

Al principio vivimos en un "casón" –una cueva–, porque no teníamos otro sitio. José trabajaba en la huerta cuando le salía. Nos casamos en la sacristía de Los Evangelistas. Él tenía 27 años y yo 24. Asistieron a la boda mi suegra Amparo, el monaguillo y el cura.

Luego nos casaron por el Juzgado. El vestido de novia era rojo y no hubo banquete; mi marido iba vestido normal. A los tres meses de estar con él, le operaron de una úlcera y no sabía firmar. Contratamos a un hombre

para que nos enseñara porque, para irnos a Francia a trabajar a la vendimia, necesitábamos saber firmar.

Tuvimos tres hijos: Sebastián, que murió al poco tiempo de nacer; Pedro, a los treinta y cuatro años y Amparo, a los veintiséis. Cuando ella tenía quince días nos mudamos de Mula a La Puebla de Soto.

Después de tener a nuestros hijos vivíamos mejor, porque mis suegros se quedaban con ellos y nosotros nos íbamos a trabajar a la fábrica de conservas Pedrito Orenes. Por la noche, yo lavaba la ropa y atendía la casa. Nos fuimos a la vendimia de Francia siete meses y nuestros hijos se quedaron con mi suegra.

No teníamos comodidades; la ropa se lavaba en la "cieca" y comprábamos el agua para guisar. Tuvimos la primera televisión en blanco y negro cuando mi hija Amparo ya había cumplido ocho años, y la televisión en color, cuando tenía 15 años; los muebles nos los dieron viejos.

Yo trabajaba en la huerta ocho horas: cogía huesos de albaricoque, pimientos, tomates. De noche iba a buscar cosas a la huerta para comer; de día no podía porque estaban los guardias y me denunciaban o me pegaban. Cuando iban los guardias, cada 15 días, no cenaba nada porque no había cena para todos.

En la huerta me pilló un guardia una vez, y me preguntó que qué hacía y yo le dije que estaba cogiendo hierba. Me dijo que vaciara el bolso donde llevaba la hierba para ver lo que contenía y yo le contesté diciendo que lo que me pudiera haber comido ya me lo había comido, porque tenía hambre. El guardia me denunció y mi marido tuvo que pagar una multa de tres pesetas.

Nunca les pegué a mis hijos, excepto una vez a Amparo, porque le mandé algo y ella no lo quiso hacer y le tiré un plato a la cabeza; y otra vez a mi crío porque descubrí que fumaba cuando tan sólo tenía 14 años. Y lo descubrí porque, cuando venía del colegio, se iba –según él– a la "cieca", a

coger ranas pero, en realidad, se iba a fumar. Se puso de monaguillo; le daban un duro; sus amigos y él juntaban el dinero e iban a comprar tabaco y ese duro ya no se lo daba a mi abuela. Esas fueron algunas evidencias, pero lo que me lo confirmó de verdad fue que la madre de un amigo suyo me dijo que se le había perdido un paquete de tabaco o se lo habían quitado. Un amigo mío, Jesús, fue a coger hojas de morera al bancal; cuando se iba a ir le pregunté por mi hijo y me dijo que estaba fumando, cogí la correa y me fui. Lo vi y me dijo que no le pegara; yo le contesté que se callara. Se vino conmigo y nos fuimos a casa de la mujer a la que le habían robado el paquete de tabaco y la llamé. Salió su marido, llamó a su hijo y le preguntó por el paquete de tabaco; él contestó que lo tenía otro amigo que se había ido; yo le insistí para que dijera dónde estaba el paquete y al final lo confesó. Yo me fui a mi casa con mi hijo y, mientras tanto, le dieron al hombre el paquete de tabaco con otra funda, ya empezado, porque ya se habían fumado algunos cigarros. El hombre dijo que ése no era su paquete de tabaco; ellos contestaron que se les había caído y se les había roto la funda. Cuando llegué a nuestra casa, le pegué a mi hijo; mi marido también se enteró, pero no le pegó; sólo le dijo que, si venían sus amigos a por él, que no se fuera.

También estuve a punto de pegarle otra vez a mi hija Amparo, porque su maestra le pidió que llevara hojas de limonero; se fue a cogerlas y no venía, no venía y la estuve buscando mucho tiempo. Cuando llegó, le dije que se lavara las manos, que se arreglara y que se fuera al colegio sin comer, y que cuando saliera me avisara; pero al final no le pegué.

Yo metía el dinero que ganaba mi hija Amparo en el banco y lo mismo hice con Pedro, para que se comprara una moto. En los Reyes le regalaba una muñeca a mi hija y a los tres días se la quitaba y la guardaba para que no la rompiera, porque no teníamos dinero para comprarle otra al año siguiente.

Cuando mi hija se echó su primer novio, no quería que estuviera en el camino hablando con él, para que no la criticara la gente y le dije que se

quedara con él dentro de la casa. El chico tuvo un accidente de tráfico el 13 de febrero y falleció; sucedió cuando regresaba a su casa, porque el del otro coche iba bebido. Mi hija, desde entonces, no quería salir y tampoco quería echarse un nuevo novio, y me tuve que acostar con ella en la misma cama durante algún tiempo. Yo le decía que saliera y que se echara novio pero, cuando hablábamos de él, lloraba.

Más tarde conoció a otro chico, Manolo. Cuando empezó con él no lo aceptábamos, porque no lo conocíamos ni a él ni a su familia; era cuatro años mayor que ella; no la dejábamos salir más tarde de las 10 y media. Fuimos a una reunión del colegio y él estaba allí. Mi marido empezó a renegar y mi hija y él se fueron juntos. Cuando se iba a fugar con él, llamó a nuestra casa y me lo contó y yo le dije que tuviera buen viaje; ella después entró a trabajar a la peluquería Delfi.

Cuando se querían casar, fueron a vernos mis consuegros Antonio y Carmen, porque querían que fuera yo la madrina. Yo no quise, porque siempre había tenido la ilusión de que mi hija se iba a ir de mi casa después de casarse, pero al final sí fui la madrina, porque me convencieron. La modista me dejó la falda y el arreglo del pelo, me compré una blusa e hice de madrina junto con mi consuegro Antonio, que fue el padrino. El día de la boda, 12 de abril de 1987, lloré mucho porque no quería que se casaran.

Seis años más tarde llegó mi nieta Raquel. Cuando ella era chica, yo no podía ir a estar con ella todos los días así que, como mi hijo Pedro no tenía trabajo, él se quedaba con ella pero, cuando Raquel se quedaba durmiendo, yo mandaba a mi hijo a comprar. Cuando empezó a ir al colegio, los viernes yo la llevaba, la recogía, comía con ella y me quedaba hasta que llegaba su padre. Luego, los sábados, en cuanto se levantaba, hacíamos las cosas y nos íbamos a mi casa y tenía que ir su padre a recogerla. Yo, por entonces, trabajaba vendiendo cupones de la O.N.C.E y estuve haciéndolo hasta el 2006.

Con mi hijo Pedro pasó lo mismo que con mi hija Amparo, porque él también se fue con su novia Rosmari antes de casarse; hicieron la boda el día 20 de octubre del 2007. Yo tampoco quería que se la llevara.

Después de los años me operaron de las dos piernas, de una hernia, de los pechos y de cataratas.

En conclusión, las dos cosas más felices de mi vida son mis hijos porque, aunque no hicieron con las suyas lo que yo esperaba, ahora son felices y eso es lo que de verdad importa ■

Mi abuelo Ceferino

Éric Pérez Torá

4º ESO



Éric Pérez Torá | 4º de ESO

Mi abuelo Ceferino

1. El inicio de todas las cosas

Entonces pasó lo que tenía que pasar... Este inicio es imposible de escribir en una historia normal, pero resulta que esta historia no es como las normales, sino una historia diferente; esta es la historia de un hombre cuya importancia en el aspecto familiar ha podido ser incluso vital. Este hombre se llama Ceferino Pérez Tortosa, para los amigos Cefe, y tuvo, como ya he dicho, una gran influencia.

Se podría decir que todo empieza un día como hoy, un 7 de enero de 1935, aparentemente normal en todo el mundo. Pero en esta fecha se aproximaba en España el inicio de la guerra civil, Alfred Hitchcock estrena 39 escalones y, en un pequeño pueblo de Alicante, llamado Hondón de los Frailes, en una pequeña casa, está naciendo Ceferino, el gran protagonista de nuestro relato.

Se complica el parto, pero al final sale, ya que Ceferino parece tener ganas de nacer. Todo se desarrolla perfectamente y Ceferino empieza a llorar, habiendo respirado por primera vez el aire y provocando, aunque sin quererlo, en su madre una pequeña sonrisa que la hace recuperarse totalmente, dejando a su padre boquiabierto y alegre de ver sonreír a su pequeño y recién nacido retoño.

Pero tres años le duraría a la madre de Ceferino la alegría de ver a su hijo, ya que murió a causa del parto, que le había provocado una enferme-

dad. Ceferino, que aún no tiene constancia de lo que está pasando, empieza a andar y a desarrollarse poco a poco a lo largo de sus primeros años.

Al poco tiempo su padre se casa con su cuñada, que ya tenía un hijo. Ceferino tiene que afrontar el hecho de que, en cierto modo, se le va a discriminar por parte de su madrastra, aunque sea lo más mínimo, frente a su primo y hermano. Al principio fue todo muy bien, ya que Ceferino estaba siendo criado por su abuela, que le protegía y le cuidaba. Tanto es así, que su madrastra ni siquiera se preocupa por él. En este momento va todo prácticamente bien pero, debido a la escasez económica, el niño no puede llegar



casi a las cuatro tomas de alimento al día, por más que su abuela procura que esto no suceda.

Pero vuelve a suceder algo terrorífico, en cierto modo, para Ceferino: su abuela acaba de morir. Sin poder tener apenas poder de decisión, se tiene que quedar en la casa familiar junto a su madrastra, su primo y hermano y su padre.

Lógicamente, el que lo recibe con los brazos abiertos no es otro que su padre que, a pesar de no poder dedicarle mucho tiempo, se alegra enormemente de tenerlo con él en su casa. Aunque no todo sería felicidad para él, ya que una noche como tantas otras, su padre y su madrastra están discutiendo sobre el tema de casi todos los días: el problema económico que sufren a diario. Pero, al final, los que se llevan las culpas son él y su hermanastro, aunque en mayor medida él, al que su madrastra culpa de lo sucedido; pero no sólo en esta ocasión, sino en todas, todos los días, continuamente...

2. Grandes noticias para Cefe

Demos un pequeño salto en la historia de este genuino hombre. Saltemos desde su niñez, que es el tema más duro, a su juventud.

Ceferino, recuperado de todos los problemas que había tenido en su niñez, se echa a la vida ya con 21 años. Está sentado viendo moverse las hojas de un pequeño árbol que hay al final de la calle y oye el susurro del viento. Acaba de terminar la carrera de practicante ATS y está disfrutando de unos días de descanso en el hogar familiar. Aún recuerda lo difíciles que habían sido las tres pruebas finales de la carrera, la prueba escrita, la oral y la práctica, y la alegría que se llevó cuando vio su 5,5 en la nota final...

Por el otro lado de la calle ve que viene el cartero. Poco a poco, aproximándose, le saluda y le entrega a Ceferino las cartas que habían enviado a su casa. Las ojea por encima y descubre una en la que pone Ceferino Pérez Tortosa, con el sello de España. Se apresura a abrirla y lee detenidamente:

Usted ha sido convocado para realizar la mili... Al leer esta frase, sale corriendo hacia la barbería de su padre. Cruza rápido el pequeño pueblo y entra. Se lo cuenta a su padre y le da un abrazo.

A las pocas semanas se fue hacia Alicante. Allí pasaban los días irremisiblemente, unos más rápidos y otros más lentos. Los ejercicios físicos llegaban a desgastarle a veces la piel, pero Ceferino seguía luchando. Una mañana, antes de que todos sus compañeros se despertaran, escribe una carta presentándose a las oposiciones de ATS.

Después de dos semanas, ya habiendo jurado bandera, está con sus compañeros celebrándolo en un pequeño bar del Hondón. Al llegar a su casa por la tarde, saluda a toda su familia alegrándose de volver a verlos y dando un fuerte abrazo a su padre.

Tras echar un vistazo a la casa, descubre en su habitación la carta de las oposiciones y se apresura a leerla... ¡HA SIDO ADMITIDO EN ARÉVALO (Ávila)! Le han concedido un puesto en esa localidad pero, a la vez, también había otra carta destinándole al desierto del Sáhara... Sin saber en qué pensar, se sienta en la cama y reflexiona. No le mandaban a ninguna guerra, sino a un campamento en el África Occidental Española, pero resulta que eran seis meses.

Cuando le llaman a cenar, Ceferino sale de su habitación con cara entristecida. Al sentarse, todos le preguntan si se encontraba bien, a lo que responde contándoles lo que había escrito en las dos cartas.

Todos se alegraron al oír la noticia de sus oposiciones, pero a todos les cambió la cara al escuchar la segunda.

3. ¡Sahara y olé!

Todo se mueve. El barco acaba de encender las hélices. Ceferino alza la mano para despedirse de su familia que está en el puerto. Poco a poco se

va alejando el buque y el puerto se va haciendo diminuto. Ceferino, junto a sus compañeros, se dirige a su camarote, donde debe pasar varios días antes de llegar al Sahara.

A altas horas de la madrugada, el barco empieza a pitar; como consecuencia, todos los marineros y soldados salen a cubierta y divisan, por primera vez en bastantes días, tierra: el Sáhara.

Un temblor indica que el barco acaba de atracar y se empiezan a formar colas para desembarcar, mientras otros soldados abajo en el puerto piden toda la documentación a los pasajeros. Tras identificarse, Ceferino recoge todo su equipaje y se dirige a un pequeño edificio donde debe dejar todo y salir afuera a empezar su misión.

El primer mes se pasó muy lento: recorrió prácticamente toda la zona de alrededor y realizó numerosas intervenciones con un fusil, entrenándose. Mandaba postales a su familia y fotos en las que se le veía con otros elementos locales, como los camellos, a los que nunca había visto antes.

La espera le proporcionó una gran recompensa: después de seis meses de duros esfuerzos había llegado el día de partir de regreso a casa.

Ceferino se despide de todos sus compañeros del barracón y se pone en la cola de subida al barco. Presenta toda su documentación y entra deprisa a su camarote, donde deja el macuto, saliendo después a la cubierta, en la que nota el ligero aire que rozaba su cara, mientras contempla lo que durante seis meses ha sido su "hogar"; no se arrepentía para nada de haber estado allí, ya que había conocido a numerosos soldados que se convirtieron en amigos y un lugar que no olvidaría nunca, el Sáhara.

Poco a poco va divisando el puerto de Valencia, con cada uno de los barcos que había atracados y con un grupo de personas esperando la llegada de éste. En pocos minutos reconoce a su familia, que también le reconoce y empiezan a saludarse. Una vez que el barco se ha parado, baja deprisa

y da un fortísimo abrazo a su padre y al resto de su familia y, mientras van a su coche, empieza a contarles todo lo que ha pasado, aprendido y visto. Volvían a estar todos juntos.

4. De Arévalo al altar

Metió la última maleta en el maletero del coche de su padre y se despidió: se iba a Nava de Arévalo, donde le habían concedido plaza en las oposiciones. Durante el viaje pasan por muchos lugares, como Albacete, donde se detienen a almorzar. A Ceferino le gusta la zona, parece alegre y con bastante comercio. Hacía tiempo que no veía una ciudad así, pero tenían que continuar su marcha hacia Nava de Arévalo.

Ya aproximándose a Madrid deciden parar para visitar algún lugar importante, ya que ninguno de los dos había estado nunca en la capital. En coche pasan por la Cibeles y por la Puerta de Alcalá; visitan también el Santiago Bernabéu, en cuyos alrededores comen. Comiendo, su padre le desea mucha suerte, ya que va a estar solo durante largo tiempo.

Y así fue; dos años estuvo trabajando en Nava de Arévalo hasta que, un día como otro cualquiera, recibe una carta comunicándole que habían aceptado su solicitud de plaza en Aspe, que estaba a 30 kilómetros de Hondón de los Frailes, su pueblo natal. En cuanto la lee, lo único en lo que piensa es en llamar a su padre para comunicárselo. Éste se alegra enormemente, ya que lleva prácticamente dos años sin ver a su único hijo.

Ceferino, a los pocos días, se despide de todos sus compañeros de la consulta y esa misma semana recoge todas sus cosas, va a la estación de ferrocarril y compra un billete para Alicante. Una vez en Alicante, y de camino a Hondón, su padre le va contando todo lo que había pasado en el pueblo y en la familia; no había habido grandes cambios, pero él escuchaba porque había deseado estar otra vez con su padre desde hacía mucho tiempo.

Sólo se podía quedar una semana en Hondón, ya que a la siguiente se iba a Aspe porque tenía que empezar a trabajar. La noche después de su llegada decide salir con sus amigos por el pueblo. Mientras están en la salida de un bar, se percata de que hay un grupo de chicas al otro lado de la calle y mira con entusiasmo a Carmen, una muchacha de la que había estado enamorado desde hacía años, y con todas sus fuerzas; con un poco de miedo decide acercarse a ella, invitarla a una copa y pedirle salir, todo precipitadamente, a lo que ella responde que sí.

Así que, gracias a esa valerosa acción, al año estaban los dos en el altar de la iglesia de Hondón dándose el sí quiero delante de las dos familias. La consecuencia fue que, a los 9 meses, nace una pequeña criaturita llamada Ceferino –en este caso junior– que, por desgracias de la vida, murió a los pocos días. Ese fue un golpe muy fuerte para todos, ya que era el primer hijo que tenía la feliz pareja.

Pero al poco tiempo nace otro Ceferino, un segundo hijo, al que llaman como a su difunto hermano.

5. La descendencia se multiplica

Mientras el pequeño Ceferino ya había aprendido a andar, empezaba a hablar y cumplía exactamente dos años, dos meses y dos días, nace en un hospital –el de Alicante–, por primera vez en la familia, José Carlos, que se duerme al poco tiempo de nacer. El padre, la madre Carmen y el pequeño Ceferino observan las caritas que pone el pequeño José Carlos.

Ceferino se siente muy orgulloso de su descendencia, de sus dos retoños que en este preciso momento empiezan a crecer y a ver el mundo a través de los ojos por los que su padre quiere que lo vean, que posiblemente sean los mejores que puede haber.

El pequeño Ceferino enseña a José Carlos a andar y le intenta enseñar a hablar, mientras su padre se va a trabajar como ATS en Aspe, donde viven los

cuatro. En Aspe el trabajo es más duro que en Nava de Arévalo, ya que tiene que atender a unos cien pacientes prácticamente cada día, mientras que en Nava eran sólo unos diez o veinte diarios. Pero, llegado a su casa, recupera totalmente la energía al ver a sus dos pequeños y jugar un rato con ellos.

Sólo han pasado tres años desde el nacimiento del segundo hijo, cuando viene a este mundo Inmaculada, el tercer retoño y la primera chica que tienen. Aunque son pequeños, los dos hijos varones se alegran de la llegada de la pequeña Inmaculada. El que más se alegra es el padre que decide, por primera vez, llevarlos a todos de vacaciones a Madrid, donde estuvo con su padre cuando viajó a Nava de Arévalo.

Así se cumplió su promesa; los llevó a todos a visitar Madrid, aunque de paso pararon en Calasparra (Murcia), donde pudieron hacer una visita a la Virgen. Pero el viaje no sólo se centró en Madrid; Ceferino también los llevó a Segovia, donde vieron el acueducto.

6. Sitio nuevo, vida nueva

Estando ya crecidos todos los hijos, Ceferino junto a su familia se trasladada a La Romana, población que se encuentra a unos 10 kilómetros de Hondón de los Frailes. Allí recibe a diario a algunos pacientes menos que en Aspe, pero aún siguen siendo bastantes. La ventaja que tiene aquí es que cobra por cada inyección que pone, así que su situación económica se ve notablemente mejorada.

Un día como otro cualquiera regresa a su casa. Mientras cena, habla con todos sobre lo que había pasado ese día. De repente suena el teléfono, lo coge el pequeño José Carlos y, tras preguntar quién es, enseguida se lo da a su padre. Ceferino escucha todo y le comunica a su mujer que ha habido un incidente en el barrio de los gitanos. Apresuradamente coge su maletín con todo lo necesario y se dirige al poblado chabolista.

Conforme se va acercando, ve a cerca de cuarenta gitanos en la puerta de una cueva y oye murmullos como ¡Ahí viene el payo! Al entrar ve a una gitana llorando y a dos gitanos adultos que señalan a un anciano que estaba tumbado en la cama pidiéndole que le ayudara. Una vez reconocido el anciano, Ceferino empieza a colocarle el suero y lo único que le pasa por la cabeza es rezar para que aquel hombre no se muera. Por suerte, al poco de ponerle el suero y de suministrarle un tranquilizante, el anciano se duerme y todos los gitanos le dan las gracias al salir.

Mientras va hacia su casa le tiemblan las piernas y, al llegar, se lo cuenta todo a Carmen y sus hijos se quedan con la boca abierta. Una mala noche que no quiere repetir.

Después de todo esto, y pasados siete años, el pequeño Ceferino ya tiene doce, José Carlos diez, Inmaculada siete y Javier apenas unos minutos, ya que acaba de incorporarse a la familia en el Hospital de la Seguridad Social de Alicante. En el horario de visitas entra toda la familia a ver al bebé. Los tres primeros hijos de la familia miran con detenimiento todos los gestos que hace su recién llegado hermano.

7. De La Romana a... ¿la Moncloa?

A los meses de nacer Javier, Ceferino va a la Casa del Pueblo del PSOE de La Romana, donde le invitan a que se una a ellos como militante. La decisión no le preocupa demasiado, la debate con su mujer y llega a la conclusión de que es una opción muy interesante, por lo que al día siguiente se presenta y se afilia al partido.

Al cabo de un mes le proponen desde la Casa del Pueblo presentarse en la lista electoral como primer representante, a lo que no puede decir que no. A consecuencia de su decisión empieza a hacer mítines por el pueblo, hablando de su seriedad y de las soluciones que plantea para arreglar todo lo que el partido actual está haciendo mal.

Una vez llegado el día de las elecciones, Ceferino está nervioso, ya que desde que se afilió había perdido muchos amigos y había gente que le miraba mal. Tenía un mal presentimiento, pero aun así cogió su papeleta electoral y fue hacia el colegio. Con bastante tranquilidad y saludando a sus compañeros, Ceferino vota a favor del PSOE.

Lo malo fue que su presentimiento era en cierto modo verdad, ya que el PP ganó las elecciones. Aunque, por otro lado, Ceferino salió elegido concejal y, durante las cuatro legislaturas siguientes, siguió ejerciendo ese cargo.

Un día, estando en las oficinas del PSOE, se entera por los periódicos de los Grupos Antiterroristas de Liberación –GAL–, supuestamente organizados por el PSOE, de los que en las oficinas no se conocía nada. Día tras día, Ceferino se va enterando, únicamente por los periódicos, de las actividades de estos grupos, con los que está en total desacuerdo.

8. Vidas separadas

Un día, hablando con su mujer, llegan ambos al acuerdo de que los dos deben trabajar para llevar a la familia a un mejor nivel económico, por lo que Carmen decide aceptar un traspaso de una pastelería en Albacete. Pero Carmen no se va sola, ya que se lleva a sus tres hijos a trabajar en el negocio.

Mientras tanto, Ceferino sigue viviendo en el pueblo de siempre, trabajando de ATS en la consulta rural. Llama casi a diario a Albacete para saber cómo están y cómo pasan el día. Por lo que le cuentan, se encuentran bastante bien pero es muy duro, ya que no pueden descansar casi ningún día.

De vez en cuando, Ceferino se acerca a la capital para hacerles una visita y ayudarles en todo lo que puede. Mientras está allí, se aloja en la casa que ambos se habían comprado. Llegado el lunes, Ceferino tiene que volver a La Romana para atender a los pacientes que le necesitan. Así estuvieron diez larguísimos años.

9. Con 65, estás en la flor de la vida

Una vez cerrada la pastelería en 1992, el mismo año en el que nace su tercer nieto Éric, Ceferino decide instalarse junto con su mujer en La Romana, para pasar los últimos ocho años de su vida como trabajador antes de jubilarse.

Mientras está allí construye, poco a poco y a lo largo de varios años, una casa en unos terrenos de Hondón que había heredado su mujer de sus padres. Pero el tiempo pasa rápidamente y, ya en el 2000, recibe la jubilación del Estado y decide irse a vivir junto con su mujer a Hondón de los Frailes, a la casa que estaban construyendo.

Una vez allí, tranquilo, con toda su vida a las espaldas pero con bastante vida por delante, sigue siendo militante del PSOE y, gracias a eso, puede ver al Rey de España y hablar con él durante una visita que hace a Elche. Ceferino no está nada nervioso; aunque sea republicano, le gusta en cierto modo este rey, ya que salvó, por ejemplo, a España de otra dictadura.

Aunque ésta no sería la única vez que Ceferino ve o habla con un político importante porque, estando ya jubilado, va a numerosos mítines de Felipe González, aunque nunca consigue hablar con él directamente. Con el que sí consigue hablar, o mejor dicho saludar, es a José Luis Rodríguez Zapatero, al que le estrecha la mano y le saluda antes de que entre a un mitin en Alicante.

Pero no acaba todo aquí ya que un día, estando sentado leyendo el periódico, recibe una llamada de su nieto Éric diciéndole que quiere escribir sus memorias, a lo que no se puede negar.

Estas son las hazañas que ha vivido este personaje tan ilustre para mi familia, pero ha habido muchísimas otras que no tienen por qué ser menos interesantes, aunque no se hayan contado aquí... ■

Zenón, mi abuelo

Fabiola García Albarracín

3º ESO



Fabiola García Albarracín | 3º de ESO

Zenón, mi abuelo

Mi abuelo, Zenón Albarracín Valera, nació un 25 de marzo de 1924, en primavera, en una casa de Arroyo Hurtado, en la pedanía de Cehegín. Su madre tuvo gemelos, él y su hermano que falleció nada más nacer. Mi abuelo era hijo de Jesús Albarracín de Maya, un mulero de Bullas, una persona noble y graciosa. Su madre era Juana Valera Puerta, un ama de casa de Arroyo Hurtado que amaba a sus hijos, una mujer amable. Zenón fue el tercero de ocho hermanos: Ascensión, José, Zenón, su gemelo, Jesús, Juana, María y Alfonso. De niño, Zenón era muy travieso; junto con sus amigos se metían en líos, pero sólo eran diabluras infantiles.

Era el periodo anterior a la guerra civil española. Mi abuelo no fue a la escuela, pero otros hombres que residían en el pueblo le enseñaron a él y a otros niños a leer y a escribir. Pero para vivir se necesitaba dinero, por lo que su padre tenía dos trabajos, mulero y agricultor. Aun así eran muchos de familia, por lo que su hermano mayor José y él tuvieron que ponerse a trabajar.

Mi abuelo tendría alrededor de diez años y ya trabajaba de pastor de ovejas. Cuentan que al principio era un desastre, todas las ovejas se escapaban y tardaba su tiempo en volver a reunir las a todas, pero pronto le pilló el "tranquillo". También ayudaba a su padre a cultivar en los huertos tomates, almendros u olivos.

En su adolescencia conoció a Antonia Reales Guirado, una alegre muchacha de Bullas. Se enamoraron y se hicieron novios. Salían a pasear por

las calles del pueblo e iban con los amigos al baile, hasta que mi abuelo se fue a la mili.

El 20 de febrero, se concentró en la Caja de Reclutas y, días después de ello, concretamente el 7 de marzo, supo que había sido destinado al Regimiento de Carros de Combate número 63 de Ceuta. Al día siguiente, 8 de marzo, fue un día señalado para él, porque prestó juramento de fidelidad a la bandera.

En Marruecos, donde hizo la mili, tuvo que adaptarse a otro clima, a otra cultura y a otro idioma, pero supo integrarse. Hizo muchos amigos de todas partes de España, como Andrés de Sevilla, Pepe de Valencia o Alfonso de Barinas. En ese tiempo escribía muchas cartas a su novia, Antonia, y esperaba con impaciencia el momento de volver. Siempre decía que los días que pasó en la mili se le hacían muy largos.

El 30 de septiembre de 1947 terminó de hacer el servicio militar, pero contrajo el paludismo. Él y sus familiares pasaron unos momentos muy difíciles durante unos cuantos meses, aunque al final pudo recuperarse y seguir con su vida.



Después de esto siguió trabajando en Arroyo Hurtado como mulero. Según me contó mi abuelo, una noche le robaron dos mulas y un macho que se llamaba Montesino. Tuvo que ir a la mañana siguiente a denunciar el robo a la Guardia Civil con otros dos vecinos de El Chaparral, a los que también les habían robado los animales. Siguieron el rastro de los ladrones durante tres días y, por fin, los atraparon en la carretera de Orihuela, en Alicante.

El 30 de septiembre de 1951 fue uno de los días más felices de su vida, ya que se casó con Antonia. Lo hicieron en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, en Bullas, con asistencia sólo de sus parientes más allegados, hermanos, tíos y primos. Después de ello se fue a trabajar a La Mancha, a segar trigo y más tarde al reino de Valencia a recolectar arroz.

El 6 de enero de 1953 nació su primera hija, Juana, llamada así por la madre de Zenón. Pero lo pasaron mal, ya que el parto se prolongó y Juana nació con la cabeza alargada. Todos creían que la niña había nacido con problemas pero, según cuentan, Juana –abuela de Zenón– le daba todos los días masajitos en la cabeza y así la curó. A mi abuelo no se le daba nada mal ser padre, quería a su hija con locura.

Mientras, en las tierras que tienen en el Llano Rubio y en el Llano de los Billares, Zenón cultivaba almendros y vides. También en La Hoya tenía tierras en las que cultivaba diversos tipos de hortalizas que después se comían en su casa. En cambio, cuando era la temporada de las almendras y de la vid y, si el año era propicio, llevaba la cosecha a la Cooperativa para venderla y sacar algo de dinerillo. Además de cultivar sus tierras, también trabajaba de molinero.

En 5 de enero de 1957 nació su segundo hijo, Jesús. Sus dos hijos mayores nacieron en la casa que fue de sus suegros. Y el 21 de enero de 1963 nació su hija Antonia, que ella sí nació en la actual casa de Arroyo Hurtado.

A finales del 67, a Zenón le ofrecieron un trabajo en la fábrica de productos químicos llamada La Furfural. Residió en Alcantarilla, en la casa de su

cuñado Juan, durante un año. Todo ese tiempo iba y venía desde Alcantarilla al Rollo con su apreciada moto Ducati, que todavía se conserva en buen estado después de cuarenta años, hasta que pudo reunir suficiente dinero para comprar una casa en el Cabezo Verde y traer a vivir allí a su familia. El 26 de diciembre de 1968 se hizo oficial el traslado y pasaron las Navidades en su casa nueva, celebrándolas con su cuñado, su esposa y su familia.

En la empresa estuvo veintitrés años trabajando. Cuando se jubiló, empezó a criar animales, conejos, pollos y gallinas. En el huerto también tenían plantadas algunas flores, rosas, alhelies, geranios y alguna que otra más. También plantó una higuera que se ha hecho muy grande y da unas brevas buenísimas. Allí contaba con un perro guardián que se llamaba Privo y algún que otro gato.

A todos sus nietos nos gustaba mucho estar allí jugando y ayudar a nuestro abuelo a plantar rosas. En total, mi abuelo tuvo ocho nietos: Avelino y Lorena (hijos de Juana), Jesús, Inmaculada, Adrián y Almudena (hijos de Jesús), Adolfo y yo, Fabiola, (hijos de Antonia).

En los años 80, mi abuelo y mi abuela decidieron viajar a Ceuta. Primero tomaron un autobús con destino a Cádiz; desde allí cogieron un barco hacia Ceuta. En aquella ciudad estuvieron durante dos días, en los que su idea principal era comprar cosas, relojes, radiocassettes, ropa..., ya que todo estaba más barato que en la península. Aunque también visitaron esa hermosa ciudad y regresaron con bellos recuerdos y con nuevas amistades.

En junio de 1998 decidieron arreglar el tejado de la casa de Arroyo Hurtado, la casa donde vivían antes, que ya tenía más de cien años, porque se había roto un madero, por lo que el tejado quedó en muy mal estado y entre toda la familia ayudaron a arreglarlo. Mi abuelo, a pesar de la edad que tenía en ese momento, cogió una pala y empezó a hacer masa, motivado por la alegría al ver que, si arreglaban el tejado, sus nietos podrían seguir visitando esa casa durante muchos años más.

Años después diagnosticaron a mi abuelo una insuficiencia cardíaca, por la que tuvieron que intervenirlo quirúrgicamente y colocarle una válvula. Aun así, mi abuelillo no perdía la sonrisa y, cuando me veía, me cantaba esa canción de Manolo Escobar, Mi carro, con su gorra puesta, porque sabía que me encantaba, y nos contaba a mis primos y a mí el cuento de El hermano listo y el hermano tonto y jugábamos con él y con mi abuela en su cocina a "el puñete", con el que nos reíamos mucho. También nos sentábamos en su sofá y veíamos sus películas favoritas del cine del oeste; en casi todas ellas actuaba su actor preferido, John Wayne.

Meses después le diagnosticaron pólipos en la vejiga y tuvieron que intervenirlo varias veces. El 17 de mayo de 2005, mi abuelo, Zenón Albarracín Valera, falleció a consecuencia de una insuficiencia respiratoria.

Dejó una huella profunda en nuestros corazones, porque era una persona amable, divertida y cariñosa. Aún conservamos su gorra, que no se quitaba en ningún momento. Cuando miramos la cocina de su casa y echamos un vistazo al rincón donde él se sentaba, siempre nos viene su imagen, su recuerdo, porque eso es lo que nos queda de ese gran hombre: su recuerdo... ■



La cárcel del tiempo

“En realidad, la historia está compuesta por tantos fragmentos como fotos existen. Pues bien, cada fragmento es la instantánea, que se ve y se consume en un instante para luego morir o ser archivada, lo que viene a ser lo mismo. De ahí que la imagen fotográfica sea una imagen espectral, crepuscular, funeraria...”

Susan Sontag, *Sobre la fotografía*

El tiempo no actúa por igual sobre todas las imágenes. A unas las respeta más que a otras y, a algunas determinadas, incluso las revaloriza. En el caso de las fotografías, por su misma naturaleza química, el paso del tiempo las va desgastando y consumiendo, dándoles un aspecto mortuario. Por eso una fotografía realizada hace ya varios años, nos transmite –sobre todo si es en blanco y negro– la sensación de que estamos viendo algo que fue, pero que ya no es, algo que vivió y ya no vive. La misma Susan Sontag incide con precisión en este concepto: *“Las fotografías son memento mori; seleccionan un momento y lo congelan, atestiguando así el paso despiadado del tiempo”*.

Una foto antigua es, pues, una cárcel del tiempo. El golpe del disparador atrapó en su momento un jirón de la vida de los retratados, dejándolo preso para siempre bajo la emulsión de nitrato. El devenir continúa inexorable, la vida evoluciona y se adapta a los nuevos usos y a los más recientes descubrimientos, pero en el escenario de la fotografía el tiempo se para. Es presente sólo el instante que dura el clic, pasando automáticamente a engrosar el acervo del pasado, de lo inamovible, de la “intrahistoria”. Pero ese pasado no es intocable y se convierte de nuevo en presente cada vez que alguien coge en sus manos esa foto, posa su mirada sobre ella y rememora con afán el hecho o a las personas representadas.



"...Una foto antigua es, pues, una cárcel del tiempo.
El golpe del disparador atrapó en su momento
un jirón de la vida de los retratados..."

Esta es la labor que –además de la ímproba tarea de documentación– han realizado los alumnos autores de estos relatos. Durante un tiempo más o menos largo, su vida ha estado temporal y afectivamente ligada a la de los personajes de las fotografías –en este caso los abuelos–, que en numerosas ocasiones han tenido la gozosa oportunidad de abandonar su mundo congelado, incorporándose al trabajo diario de sus nietos, dulce adolescencia en ebullición y crecimiento.

En la mente de muchas familias se ha ido definiendo la imagen –puede que borrosa en ocasiones– de los antecesores, de los que precedieron y fueron capaces de abrir camino en épocas de dificultad. Y con ellos ha ido desfilando todo lo que les rodeaba –las calles del pueblo, los vehículos, las modas en el vestir, las festividades–, como una interminable procesión de recuerdos irisados por la nostalgia.

La familia entera ha tenido la oportunidad de aunar sus vidas en torno a unas fotos en las que el pasado ha ido tomando rostro, luchando por hacerse presente. Y ese rostro tiene, en cada caso, los rasgos de alguien especialmente querido... ■

Ignacio García García

Coordinador artístico

"...Vidas que cuentan es periodismo, literatura, historia, filosofía. Es humanidad. Es esa enciclopedia que mi abuela Teresa me regaló para salvarme los estudios y la vida..."

José López de Ochoa



Este libro fue compuesto en tipografías Rotis Sans Serif, Stone Sans Y Trade Gothic, sobre papel couché semimate de 150 gr. Se terminó de imprimir, en la ciudad de Murcia, el día 16 de noviembre de 2010, Año Santo Compostelano y Año Jubilar de Caravaca de la Cruz, festividad de Santa Margarita de Escocia, Santa Gertrudis y San Edmundo.



**“Siento resonar con fuerza en mi
corazón una palabra: ¡gracias!”**

Benedicto XVI

VIDAS QUE CUENTAN

Este libro surge del camino recorrido por un equipo de profesores del IES Francisco Salzillo de Alcantarilla, a partir del proyecto generador original (Cuento lo que sé. Literatura en familia) entre 2004 y 2008; en él cientos de alumnos fueron facturando el valiosísimo equipaje que nos acompañó durante tanto tiempo: las historias familiares, las memorias de sus abuelos o abuelas creadas a partir de sus tareas de investigación genealógica e histórica, documental y literaria, a las que se dedicaron con apasionado interés.

De todo ese equipaje nacen estas historias de vida entrañables, intensas y emocionantes, escritas por jóvenes que recrean un tiempo, una vida, costumbres y lugares que forman parte de su pasado familiar y, por tanto, de sus propias vidas.

Los profesores de Lengua y Literatura tienen en sus manos un instrumento potentísimo y la garantía de que, con su puesta en marcha, podrán conseguir ese desiderátum educativo que todo profesor anhela: la implicación directa y el compromiso de las familias con las actividades de aprendizaje de sus hijos.



CAIXA CATALUNYA
OBRA SOCIAL



FUNDACIÓN I CONVIURE



I.E.S. FRANCISCO SALZILLO

